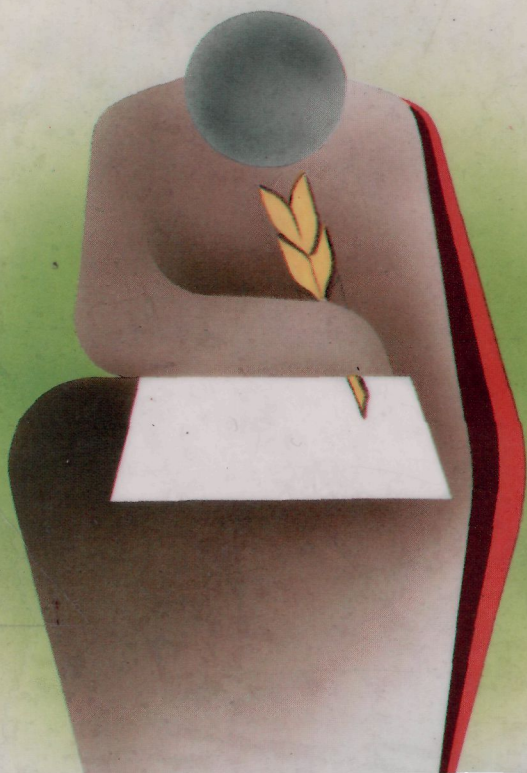


RELECTURA DE LAS CARTAS DE SAN PABLO

Javier Garrido



JAVIER GARRIDO

**RELECTURA DE LAS CARTAS
DE SAN PABLO**

2.^a edición

EDICIONES PAULINAS

DE

Prólogo

La idea de una relectura de las cartas de san Pablo nació de una constatación: Que en las épocas críticas de la historia de la Iglesia (apertura al mundo pagano, Agustín, Lutero, el Vaticano II), Pablo vuelve a ser referencia esencial. A él perteneció «romper las fronteras» sin perder la identidad cristiana.

Por otra parte, sus cartas no son de fácil lectura para los no especializados. Sin embargo, cuando comienzan a ser gustadas, dan una nueva dimensión a todo, incluso a la lectura evangélica.

No se trataba, por supuesto, de abordar una traducción más «moderna». Ni de ofrecer un comentario, que los hay excelentes. Este libro iba a ser un instrumento de lectura actualizada. No es fácil medirse con un gigante. Pero siempre merece la pena que un creyente, en una época distinta, se haga eco de esa voz poderosa que fue y es Pablo de Tarso.

He seguido el orden cronológico en que escribió sus cartas. Ayuda a comprender el proceso de reflexión teológica que culmina en la carta a los Romanos. He dejado de lado no sólo las llamadas «cartas pastorales» (a Tito y Timoteo), sino incluso las que comienzan a ser denominadas «déutero-paulinas» (la 2.^a a los Tesalonicenses, a los Colosenses y a los Efesios), porque es muy probable que no sean del mismo Pablo.

© Ediciones Paulinas 1987 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
© Javier Garrido 1987

Fotocomposición: Grafilia, S. L. García Noblejas, 41. 28037 Madrid
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. Humanes (Madrid)
ISBN: 84-285-1198-5
Depósito legal: M. 39.425-1988
Impreso en España. Printed in Spain

Lo difícil era ser fiel a Pablo sin atarse a su letra. Que no fuese un mero pretexto para mis ideas. Era necesario también incorporar cierta exégesis a la redacción, de modo que aclarase los pasajes oscuros. Había que hacer la aventura de leer a la luz del contexto actual. El empeño principal debía centrarse en una redacción fluida; que el lector tuviese la sensación de leer a Pablo mismo.

La verdad es que ha sido una experiencia apasionante: esa mezcla dialéctica de biografía y teología, problemática del cristianismo naciente y lucidez de lo eterno cristiano, casuística y mística...

HUARTE, 1987

Entre el año 5 y el 10, nace Pablo en Tarso, costa sur del Asia Menor.

Primavera del 30: PASCUA DE JESÚS Y PENTECOSTÉS.

El 36-37, conversión de Pablo, después del martirio de Esteban.

Primeros tanteos de evangelización: Arabia y Damasco.

Perseguido por los judíos, huye a Jerusalén, donde visita a Pedro (año 40).

Se retira a Tarso. Bernabé se lo lleva a Antioquía, centro de los cristianos convertidos del paganismo.

A partir del 46 comienza Pablo sus grandes viajes misioneros. En el primero recorre varias regiones de Asia Menor. Se le oponen los judíos.

Problema crucial debatido en el Concilio de Jerusalén sobre la justificación por la fe y la caducidad de la ley. Triunfa la posición de Pablo (año 50).

En el viaje segundo una visión lo incita a pasar a Europa, y funda en Filipos la primera comunidad cristiana. Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto, donde se queda año y medio. Primera *Carta a los Tesalonicenses*. Vuelve a Antioquía (año 52).

Año 54: tercer viaje, con centro de operaciones en Éfeso.

Conflictos con la comunidad de Corinto: 1.^a y 2.^a *Cartas a los Corintios*.

Conflictos con los judeo-cristianos: *Cartas a los Filipenses y Gálatas*.

Llega a Corinto a fines del 57, donde se detiene durante el invierno. Aquí escribe la *Carta a los Romanos*, la síntesis de su Evangelio, y expresa su intención de nuevos viajes, hasta Roma y España.

Primavera del 58: Vuelve a Jerusalén para entregar la colecta de las comunidades pagano-cristianas a los po-

bres. Detención de Pablo y apelación al tribunal del emperador. Después de un naufragio, llega a Roma el 61. O bien en Cesarea o bien en Roma, *Carta a Filemón*, desde la cárcel.

Su muerte tuvo lugar en Roma en la persecución de Nerón.

I PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

II PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

III SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

IV CARTA A LOS FILIPENSES

V CARTA A LOS GÁLATAS

VI CARTA A LOS ROMANOS

VII CARTA A FILEMÓN

I

Primera carta a los Tesalonicenses

Me atengo sólo a la primera, pues es probable que la segunda no sea estrictamente paulina.

Pablo escribe a la comunidad cristiana recién fundada. Nació ésta entre dificultades, pero con empuje. El Apóstol ha tenido que abandonarla hace poco tiempo. Leer los Hechos 16-17.

Le inquieta su futuro. Pero acaba de recibir buenas noticias de Timoteo, que se hace lenguas de su fervor y fidelidad. Pablo les expresa su alegría, les recuerda la experiencia fundacional y apunta algunas de sus principales preocupaciones. No hay cuestiones dogmáticas. La fe vive del primer entusiasmo. Necesita clarificar algunas nociones básicas y, sobre todo, consolidarse a nivel de conducta.

Estamos en los comienzos de la Iglesia, hacia el año 50-51. La Primera a los Tesalonicenses es el primer documento escrito del Nuevo Testamento.

Para transponer su contenido habría que alejarse, lógicamente, de la vieja cristiandad europea. Imaginemos una pequeña comunidad cristiana del Tercer Mundo, rodeada de ambiente hostil, en la que su líder ha tenido que huir acosado. Acaba de encontrarse con uno de los agentes de pastoral de la primera comunidad. Las noticias son reconfortantes.

Hay algunos temas que necesitan puntualización; pero el espíritu general es animoso, a pesar de todo. ¿Qué les diría hoy san Pablo?

Queridos hermanos de Tesalónica: Gracia y paz.

Después de múltiples y dolorosas vicisitudes, que ya conocéis, estamos ahora en Corinto. Acabo de recibir buenas noticias de vosotros por medio de Timoteo. Tanto él como Silvano y servidor, nos apresuramos a escribiros. En medio de vuestra ciudad, rodeados de paganos y mal vistos por los judíos, formáis la comunidad de Jesús, nuestro Mesías y Señor, fundada por Dios Padre.

No podemos menos de recordar, llenos de gratitud, los meses que hemos vivido juntos. Al ponernos a orar, en la acción de gracias a Dios nuestro Padre, os nombramos siempre. ¡Cómo olvidar la actividad de vuestra fe y el coraje de vuestro amor! No nos extraña que vuestra esperanza en Jesucristo siga paciente y fiel. La habéis acreditado en la prueba. Ahí está, hermanos, la señal de haber sido elegidos por Dios.

La fe de los Tesalonicenses (1,5-10)

Cuando la fe se reduce a una adhesión superficial, a contenidos ideológicos, no da los frutos del Espíritu Santo. Pero desde que os proclamamos la Buena Noticia, pudimos constatar cómo actuaba poderosamente en vosotros. Fuimos el instrumento de la gracia salvadora, desplegada para vuestro bien. Lo que en un principio fue entrega gozosa, no suficientemente aquilatada, ahora ha llegado a ser certeza vivida.

No nacisteis a la fe en circunstancias fáciles. Por

el contrario, estáis marcados desde el comienzo por la experiencia de la Cruz. Acogisteis el Mensaje con la alegría propia del Espíritu Santo: la que comparte la condición del Señor crucificado y de sus discípulos perseguidos, entre los cuales estamos. Esa alegría misteriosa, más fuerte que todos nuestros miedos y dificultades...

No es extraño que os hayáis convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y Grecia. Porque desde vuestra comunidad resuena y se extiende el Evangelio. Vuestra fe en Dios corre de boca en boca. Ya, ni necesitamos hablar para nada. Hablan de nosotros, y cuentan qué acogida nos hicisteis. Es admirable, conocen el Mensaje por lo que saben de vosotros:

- Cómo abandonasteis los ídolos (¡hay tantas formas de idolatría!) y servís al Dios vivo y verdadero. Pues cuando uno se convierte a la fe, estrena luz, libertad y adoración.
- Cómo aguardáis la vuelta de su Hijo al final de los tiempos, el mismo que fue resucitado de entre los muertos, el mismo que nos libra del juicio condenatorio de Dios. Porque, desde Jesús, todo es diferente: la victoria definitiva sobre la muerte da nuevo sentido al quehacer diario y el tiempo ha adquirido carga de eternidad; vivimos en la presencia del Dios que viene.

La evangelización: misión y respuesta (2,1-16)

Os remito, hermanos, una vez más, a vuestra experiencia primera de comunidad cristiana. En momentos de desamparo, como el presente, la esperanza se vuelve a los acontecimientos que han fundamentado el sentido de nuestra vida.

A pesar de los sufrimientos e injurias padecidos en Filipos, confiamos en nuestro Dios; y a pesar de violenta oposición, nos atrevimos a predicaros la Buena Noticia. ¿Recordáis la acogida que nos dispensasteis? Ella es el testimonio de que nuestra palabra no tenía segundas intenciones. Hablaba Dios por nosotros, el mismo que nos confió el Mensaje, y vosotros habéis conocido su fuerza liberadora.

Nuestra palabra es revelación de Dios. ¿Cómo podríamos contaminarla con teorías humanas o manipularla en función de sucios intereses? Sabéis muy bien que nunca os hemos halagado, ni hemos buscado poder o prestigio, y mucho menos provecho económico; bien lo sabe Dios. La verdad es que, por ser enviados de Cristo, podíamos reclamar autoridad; pero preferimos amor y ternura, como una madre para con sus hijos. Tanto llegamos a querer que os habríamos entregado con gusto nuestra propia vida. Mientras os comunicábamos la Buena Noticia, os dimos también el cariño de nuestro corazón. Recordad, hermanos, la delicadeza con que os tratamos en la cuestión económica: hemos trabajado día y noche para no ser una carga para nadie; hemos sembrado el Evangelio con sudores y fatigas; nadie podrá tacharnos de interés. Sabéis perfectamente que hemos sido como un padre: os hemos dedicado atención personal; os hemos exhortado con tono suave o enérgico, según los casos. Estaba en juego la autenticidad de vuestra vida ante Dios, que os ha llamado a su reino y gloria. De aquí nacía, en última instancia, la honestidad de nuestro proceder con todos y cada uno; vosotros sois testigos, y Dios también.

Resultado: que, al oírnos predicar el mensaje de Dios, no lo acogisteis como palabra humana, sino como lo que es realmente, palabra de Dios que ac-

túa eficazmente en vosotros los creyentes. Esa es precisamente la razón por la que damos gracias a Dios sin cesar.

De hecho, hermanos, es así como os asociasteis a las comunidades cristianas de Judea, las primeras fundaciones de la fe. A vosotros os han hecho sufrir vuestros compatriotas, como a ellos los judíos... Ahora que les recuerdo, permitidme un desahogo: ¡He sufrido tanto por su causa! Esos que mataron a los profetas y al Señor Jesús, y nos persiguieron a nosotros; enemigos de los hombres e incapaces de agradar a Dios; esos que, obcecados por su orgullo, nos impiden a toda costa la salvación de los paganos. ¿Hasta cuándo va a durar su pecado y ceguera? Lo digo con dolor y amargura.

Continuidad de la misión (2,17 - 3,13)

Podéis comprender, hermanos, lo que supuso para nosotros el vernos privados de vosotros. Forzados a la separación física, estábamos presentes con el corazón. Una y otra vez intentamos ir a veros personalmente, en particular yo, Pablo; pero fuerzas mayores nos cortaron el paso. Sufrimos mucho por ello. Al fin y al cabo, cuando llegue la parusía del Señor Jesús, ¿quién sino vosotros seréis nuestro orgullo ante Él y nuestra corona? Sí, nuestra esperanza, nuestra alegría, nuestra gloria, sois vosotros.

Así que, no pudiendo aguantar más, preferí quedarme solo en Atenas y os mandé a Timoteo, nuestro hermano. Le conocéis bien a este compañero de evangelización. Él ha afianzado y alentado vuestra fe. No podemos permitirnos triunfalismos falsos. Nuestro destino de cristianos en este mundo es la tribulación en cualquiera de sus formas. ¡Y es tan

fácil vacilar cuando el camino escogido apenas ha sido iniciado! Cuando estábamos con vosotros, os predecíamos ya la dificultad, y así ocurrió. Por esa razón os lo envié. Necesitaba informarme de cómo andaba vuestra fe. Temía por vosotros y que nuestras fatigas hubieran resultado inútiles.

Ahora estoy consolado. Acabo de recibir de Timoteo información cumplida: que, en medio de todos los aprietos, os mantenéis fieles al Señor, que permanecéis unidos y, además, que nos recordáis mucho, con gran deseo de vernos. Me siento revivir, hermanos. ¿Cómo agradeceréselo bastante al Señor? Desbordamos de gozo ante nuestro Dios por causa vuestra, mientras le pedimos día y noche, con toda el alma, veros cara a cara.

Habéis acreditado vuestra fe; pero nos gustaría ayudaros a su desarrollo y profundización. Que estas líneas sirvan, al menos, para expresaros nuestra alegría y ofrecer os algunos puntos de reflexión, que en este momento parecen útiles.

Mientras tanto, os acompaña nuestra oración. Os deseamos, en primer lugar, un amor siempre creciente de unos a otros y a todos, como el que nosotros os tenemos, me atrevo a decir; sin él no hay comunidad cristiana. Que Dios nuestro Padre os afiance en lo profundo de vuestro ser con una santidad sin tacha. ¡Cuando vuelva el Señor Jesús, quiero contemplaros con sus ángeles y con todos sus elegidos en la gloria del Dios vivo!

Principios de conducta cristiana (4,1-12)

Paso ahora, hermanos, a recordaros algunos principios de conducta cristiana. Sé que vivís agradando a Dios, tal como os lo enseñamos; pero es necesario

insistir y progresar en el mismo sentido. Os lo pido por el Señor Jesús.

La moral cristiana viene de Jesús, de su predicación y de su Espíritu, que actúa por medio de sus apóstoles y en la comunidad. Por Él conocéis el proyecto de Dios: en primer lugar, que os hagáis conscientes de vuestra consagración, de vivir en la luz de la santidad divina.

La primera consecuencia, la más visible en este mundo de libertinaje, dominado por la fiebre del placer, es vuestro modo de entender la sexualidad. En esta sociedad hedonista, ya no se considera como un valor el dominio de sí. Sin embargo, el conocer a Dios os ha posibilitado tratar al prójimo como persona, no como cosa. Cuando se hace de las relaciones sexuales una manera más de explotar al hombre, el Señor se venga, por así decirlo, a través de la degradación de las relaciones interpersonales. Vosotros mismos podéis comprobarlo observando el mundo pagano que os rodea.

Comprendemos la dificultad que tenéis de encontrar mujer o marido con quien compartir vuestro proyecto de vida; pero se trata de una opción importantísima. Procurad que sea una persona con quien podáis vivir vuestra vocación, la nueva sensibilidad que, en cuestión de matrimonio, ha suscitado en vosotros el Evangelio.

Cuidad, sobre todo, lo que atañe al amor fraterno. Me alegra mucho no tener que insistir en este punto, el más importante, ya que lo practicáis en vuestra comunidad y con todos los hermanos de Macedonia. Lo aprendisteis de Dios mismo cuando creisteis en el Mensaje. Ahora es cuestión de renovarlo cada día y de seguir progresando, hermanos.

El amor fraterno se expresa en el cariño y en la

calidad de las relaciones; pero conviene tener en cuenta algunos aspectos de orden social. Para comenzar, el trabajo. Que vuestro anhelo del cielo no os separe de vuestras responsabilidades terrenas. Hay que esperar la venida del Señor con calma, seriamente comprometidos en la transformación de las condiciones inhumanas de este mundo. Así os lo anunciábamos, y se trata, por lo tanto, de fidelidad a vuestra condición de creyentes. Pero añadid: ¿Qué dirían los no creyentes, si hacéis de vuestra fe un motivo de alienación? Todo parasitismo, sea entre vosotros, dentro de la comunidad, o por referencia a la sociedad en general, se opone a los verdaderos principios de la conducta cristiana.

Aclaración de dudas (4,13 - 5,11)

Es característica de vuestra comunidad una experiencia de la fe polarizada por las cuestiones últimas: ¿Qué pasa con los muertos? ¿Cuándo y cómo será la parusía? Cuestiones importantes, pero que fácilmente pierden el auténtico horizonte de la Revelación cristiana cuando domina cierta curiosidad ansiosa por el futuro o el clima de las celebraciones fomenta ciertos excesos. Mirad; lo que voy a decir os nace del discernimiento que nos da la Palabra de Dios.

¿No creemos que Jesús murió y resucitó? Pues Dios se llevará con él, igualmente, por mediación de Jesús, a los que han muerto. Os extraña que la venida de Jesús se retrase, y, en consecuencia, cuando veis que el cristiano sigue sometido, como todos, a las contradicciones de la condición humana y a la muerte misma, os preguntáis por la eficacia histórica de la resurrección. Pero olvidáis que, a partir de Jesús, el poder de la muerte ha sido des-

truido asumiendo la muerte misma. Así pues, ¿qué más da que el Señor se retrase?, ¿que unos contemplen su gloria permaneciendo vivos o después de muertos? Cuando ocurra la consumación de la historia, por iniciativa del Señor de los siglos, todos los que hemos creído en Él resucitaremos y permaneceremos con Él para siempre. Lo normal es que la resurrección final manifieste las fases de la historia de la salvación; pero lo decisivo es que unos y otros, los difuntos y los vivos, desde los primeros justos de la humanidad hasta los últimos creyentes de la historia, todos seremos arrebatados y glorificados.

Consolaos mutuamente, hermanos, con estas palabras. Los cristianos vivimos de la esperanza, a diferencia de los paganos, para quienes la muerte condena la vida humana al sin-sentido y la angustia.

Acerca de la fecha y las circunstancias del Día del Señor, sabéis perfectamente que llegará como un ladrón de noche. Nos lo dijo el mismo Señor; así que no necesitáis explicación especial. Los que no tienen esperanza hacen de la vida un sistema cerrado de seguridad; confunden la paz con sus propios miedos a la contingencia y al futuro. Pero los que hemos conocido al Dios de la historia, hemos experimentado su acción. Cuando todo parece más tranquilo, llega de improviso la situación límite, como a una mujer le llegan los dolores del parto. El hombre sin esperanza se crispa; la situación sin salida le hunde. Nosotros, en cambio, hemos aprendido a hacer de la noche día, y de las situaciones sin salida confianza vigilante. Por eso sabemos que pertenecemos a la luz. Los paganos no saben vivir el tiempo: lo llenan con la ilusión del placer. A nosotros se nos ha dado el secreto: la profundidad de lo cotidiano, la capacidad de iluminar con nuevo sentido los momentos oscuros y, sobre todo, el dinamismo de eter-

nidad que conduce el misterio de la existencia. Lo cual no quiere decir, hermanos, que lo vivamos sin tensión y sin conflictos. Por el contrario, nuestra actitud se compara a la del centinela en la noche: la fe y el amor fraterno nos exponen a pecho descubierto a las fuerzas del mal; pero la esperanza nos protege.

Nuestro consuelo es la certeza de que el Día del Señor será la manifestación esplendente del designio salvador de Dios. Será el día de la justicia del Mesías Jesús en favor de todos los oprimidos de la tierra. Para nosotros será el día de la fiesta inacabable. Si Él murió por nosotros, habrá llegado la hora de vivir con Él. Confortaos mutuamente, hermanos. No es momento de inquietud, sino de coraje. Sé que estáis en ello; pero espero que esta carta os ayude a renovar vuestro ánimo más y más.

Construir la comunidad (5,12-22)

Terminamos, hermanos, pidiéndoos un empeño renovado por construir la comunidad. En primer lugar, apreciad de corazón a los responsables. Se han hecho cargo de vosotros por el Señor, han de trabajar duro y les toca la ingrata tarea de mantener las exigencias de la conversión, corrigiendo abusos, si es necesario. Por razón de su ministerio mostradles gran estima y amor.

Entre vosotros cuidad con esmero vuestras relaciones; que sean de paz, evitando rivalidades. Por favor, llamad la atención a quienes pierden el control y viven desasosegados, aunque aparezcan con visos de intensa experiencia religiosa. Animad a los apocados; sostened a los débiles. El auténtico amor fraterno se muestra en la paciencia de unos con otros.

Sois bendecidos con abundancia de carismas, entre ellos, el que tienen algunos hermanos de hablar inspiradamente. Será necesario discernir; pero no apaguéis la acción del Espíritu. Todo consiste en quedarse con lo bueno, con lo que edifica a la comunidad.

El cristiano debe mantenerse lejos de toda clase de mal, estar siempre alegre, orar constantemente. Cualquier circunstancia es un motivo para dar gracias al Señor e intentar agradecerle en todo. Ahí se resume nuestro saber y obrar.

Saludos finales (5,23-28)

Saludad a todos los hermanos con el beso ritual. Y que esta carta sea leída en vuestra asamblea, a fin de que superéis algunas tensiones que os impiden vivir en la paz del Señor. Os la deseamos ardentemente. Nuestro Dios es el Dios de la paz y os consagrará con ella en todo vuestro ser, cuerpo, conciencia viva y alma interior. El que os llamó es fiel, y lo hará, conservándoos sin tacha hasta la parusía de nuestro Señor Jesucristo.

Rezad por nosotros. Que la gracia de Jesús os acompañe, hermanos.

II

Primera carta a los Corintios

La comunidad de Corinto había sido fundada por Pablo por los años 50-52. La mayoría de sus componentes eran paganos y de clase social baja, acostumbrados al cosmopolitismo de la gran metrópoli comercial: mezcla de razas y escuelas filosóficas; confrontación de culturas y de clases sociales; ambiente de disolución moral y de inquietud religiosa...

Cuando, después de un viaje a Jerusalén y Antioquía, Pablo vuelve a Éfeso, la comunidad de Corinto está en plena ebullición: divisiones internas, cuestiones dogmáticas, abusos en la liturgia, ambigüedad moral...

Pablo se dirige a su comunidad en un estilo directo. La carta no es un tratado, sino una serie de respuestas a diversos asuntos. El fin principal: restablecer la unión. Leer los Hechos 18-19; año 56.

Una relectura, como aquí nos proponemos, ha de hacer el esfuerzo de sobrepasar la casuística. Lo ideal sería encontrar para cada asunto corintio su correspondiente actual. No es difícil transponer la confusión de ideologías y costumbres a una urbe moderna. Más difícil es dar con la firmeza de estilo y el discernimiento de Pablo. Porque la cuestión de fondo permanece: cómo insertar la fe cristiana, a ni-

vel de pensamiento y de conducta, en una cultura ajena al cristianismo.

Llama la atención la lucidez de síntesis del Apóstol: en caso de incompatibilidad, mantener vigorosamente la identidad, aunque suponga ruptura; actitud dialogante siempre que sea posible.

Querida comunidad de Corinto: Gracia y paz.

Os escribimos yo, Pablo, a título de apóstol de Jesucristo, y el hermano Sóstenes, vuestro antiguo conciudadano, ex jefe de la sinagoga. A vosotros, convocados y consagrados por el Mesías Jesús en Corinto, y a cuantos invocan el nombre de nuestro Señor en el mundo entero, os deseamos el favor de Dios nuestro Padre.

Me preocupan las tensiones que desgarran vuestra unidad. No olvidéis que fuisteis reunidos y constituidos en Iglesia por la misión que recibí de Dios. A vuestra vocación primera de comunidad cristiana apelo. Pero antes de entrar en tema, dejadme dar gracias a Dios por vosotros.

En verdad, me sobran motivos para alabar a mi Dios por vosotros a todas horas. Porque habéis sido colmados del don de Dios en Cristo Jesús. Cuando os anunciamos el Evangelio, se confirmaron las promesas del Señor mediante los signos que testifican su acción salvadora, muy especialmente, vuestros carismas de palabra y conocimiento. El Dios que os llamó a la comunión de vida con su Hijo Jesús es fiel. El mismo que os enriquece con sus bienes os mantendrá firmes hasta el fin, para que el día definitivo, en que se manifieste la gloria de nuestro Señor Jesucristo, nadie pueda acusaros. A su gracia os confío; y, al tiempo que le doy gracias por tantos dones como habéis recibido, en Él abandono mi preocupación por vuestro futuro.

Sobre los partidos en la comunidad (1,10 - 4,21)

Es que he recibido informes, hermanos, por la gente de Cloe, de que hay discordias entre vosotros. En el nombre de nuestro Señor, poneos de acuerdo. Formad bloque, hermanos míos, sed unos en el sentir y en el pensar. ¿Cómo es posible que haya divisiones entre vosotros?

Estoy enterado de los partidos en que os debatís. Cada uno por su lado anda diciendo:

—Yo estoy con Pablo.

—Yo, con Apolo.

—Yo, con Pedro.

Es el colmo; terminaréis por hacer del mismo Cristo un partido más. ¿A quién pertenecéis en exclusiva? ¿O es que crucificaron a Pablo por vosotros? ¿En nombre de quién fuisteis bautizados?

Corréis el peligro de olvidar las vinculaciones que fundamentan la comunidad. En primer lugar, el bautismo en el único nombre de nuestro Señor Jesucristo. Precisamente, yo no acostumbro a bautizar para dedicarme a evangelizar. ¿De dónde nace, pues, la pretensión de algunos de vincularse a mi persona?

En segundo lugar, la fe en el único Evangelio, que yo os anuncié como apóstol de Jesús. Desde el momento en que hacéis de él ocasión de partido, demostráis reducirlo a una ideología entre otras, como si se tratase de una escuela filosófica más. ¿Es que no comprobasteis su novedad y la eficacia incomprendible de su mensaje esencial, el de la Cruz? ¡Si al menos yo os lo hubiese predicado con la elocuencia que os gusta! Pero no, quise evitar la técnica oratoria y la dialéctica argumental para dejar

patente la fuerza misteriosa de esta palabra que proclama al Mesías crucificado.

Os remito a lo dicho por Isaías: «Anularé el saber de los sabios y descartaré la cordura de los cuerdos». Tampoco entonces, cuando la invasión asiria, fueron los cálculos humanos los que salvaron a Israel. Del mismo modo, hoy, el mensaje de la Cruz resulta locura para los que se enredan en su propio saber; en cambio para nosotros, los llamados a la Salvación, es una demostración del poder de Dios.

Es normal que se produzcan diferencias dentro de la Iglesia; pero es intolerable que la unidad esté a merced de vuestras preferencias por un líder u otro. ¿No os dais cuenta de que ponéis en juego la misma fe? ¿Creísteis acaso por razones humanas? Lo que os une es infinitamente más fuerte que lo que os separa. Desde el momento en que dais más importancia a vuestro partido que a la comunión en la fe y el amor, comprometéis el fundamento que os hizo comunidad, el escándalo de la Cruz.

Vamos a ver; ¿no ha demostrado Dios que el saber de este mundo es locura? Ahí están los científicos, descifrando los secretos de la naturaleza; los pensadores, razonando sobre el misterio de las cosas; los maestros morales y religiosos, ofreciendo caminos de salvación; e incluso vuestros teólogos cristianos, con sus métodos de interpretación de la Revelación. Pero ¿no os dais cuenta de que Dios ha querido saltarse toda sabiduría humana para emplazar a los hombres ante la locura de su amor entregado hasta la muerte? No es que la razón sea condenable en sí misma; pero, de hecho, si analizáis la condición humana, reconoceréis la ceguera del hombre, incapaz de adorar al Dios vivo a través de sus obras. ¿Cómo podéis pensar que podamos imponer

condiciones a Dios antes de creer en Él? Ahí reside la mentira de la razón, en su autosuficiencia, en la pretensión de verificar la realidad de la Revelación como un objeto controlable. Por eso, nuestra predicación resulta locura. ¡Si al menos predicásemos un Dios razonable, a la medida de los torpes pero veraces tanteos de la sabiduría humana! Pero no, Dios nos ha encomendado anunciar a un Mesías crucificado. ¿No os dais cuenta de que os encontraréis con el Dios de la historia, de la libertad y del amor? ¿Cómo pretender saber de un corazón infinito lanzado libremente a compartir nuestra condición humana en la debilidad y el sufrimiento y el sinsentido? Nuestra razón está hecha para el cálculo, el orden y la explicación. Pero el corazón de Dios sólo puede ser entendido por el espíritu de Dios mismo.

En este punto, judíos y paganos coinciden. Los unos están acostumbrados a ver actuar a Dios en la historia; pero han sustituido la fe por los signos. ¡Es tan fácil apropiarse la salvación! Los otros se afanan en dominar el caos de este mundo desde la ciencia y la sabiduría, como si Dios fuese una abstracción impersonal. ¡Cuánta ansiedad y miedo! Para los judíos, el mensaje cristiano es escándalo. ¿Cómo aceptar la debilidad del Dios crucificado? Para los paganos, locura. ¿Cómo atreverse a poner en manos de un Dios apasionado la máquina del cosmos o los difíciles equilibrios que exige esta realidad extraña que es el hombre?

Sin embargo, os lo recuerdo en este momento de crisis: Cuando creísteis en mi predicación, más allá de vuestra razón, desde una actitud confiada, pudisteis comprobar que este Jesús crucificado, nuestro Mesías y Señor, es el signo máximo de la acción de Dios en la historia y la demostración más sabia de la presencia de Dios en el mundo. Lo que pasa

es que uno no lo percibe antes de creer, sino desde dentro de la fe misma. Resulta paradójico para nuestra razón humana; pero en cuanto uno se acostumbra al estilo de este Dios del amor hasta el extremo, todo cobra nuevo sentido, infinitamente más luminoso. Esto sí, sin anular la paradoja de la fe, que se expresa por contradicciones: fuerza en la debilidad; saber en la locura; vida en la muerte; signo en la fe desnuda...

¿Por qué ha querido Dios seguir esta lógica tan peculiar? La primera respuesta la tenéis en vosotros mismos. Fijaos, hermanos, a quiénes os llamó y eligió. No hay entre vosotros muchos intelectuales, ni ricos, ni poderosos, ni gente de buena familia, ni socialmente considerados. Por el contrario, al escogeros a vosotros, Dios ha trastocado los valores del sistema de este mundo y ha desbaratado todo criterio de racionalidad bien establecida. Dios ha preferido a los tontos, los débiles, los despreciados, en suma, a los últimos, los que no son. ¿Qué sabiduría es ésta que anula toda regla humana para afirmar la sabiduría de su amor? De ahora en adelante ningún mortal podrá enorgullecerse de su saber ante Dios, ni de sus derechos, ni de sus cualidades, ni siquiera de sus obras morales. Ha irrumpido la libertad del amor gratuito de Dios en la historia humana, y todo ha de ser fundamentado de nuevo: lo humanamente válido es reducido a conciencia de nada, y lo que no es, al gozo de la salvación en Cristo Jesús.

Como dice el profeta Jeremías: «El que está orgulloso, que esté orgulloso del Señor». ¿De qué y de quién podéis estar orgullosos, sino de aquel que se hizo para nosotros revelación y sabiduría? Vosotros sabéis, hermanos, mejor que nadie, que Jesús es el don máximo de Dios al mundo, frente al cual

todo saber queda reducido a necesidad, y toda consistencia humana a inconsistencia, y toda pretensión religiosa ante Dios a pecado de orgullo. En Él, Jesucristo, habéis sido justificados por gracia. Por Él pertenecéis al Dios santo. ¡Él es vuestra libertad!

Por otra parte, recordad cómo nacisteis a la fe. Llegué a vuestra ciudad después de la amarga experiencia de Atenas. Allí me dirigí a los intelectuales, partiendo de un diálogo franco con la filosofía. No se me escuchó; y, lo que es peor, tomaron a chacota el anuncio de la Resurrección. Por eso, al exponeros a vosotros el designio misterioso de Dios, tal como lo hemos conocido en Jesús, prescindí de toda elocuencia y argumentación filosófica. Decidí ignorarlo todo excepto a Jesús el Mesías, y a éste crucificado. Me presenté ante vosotros sin armas humanas, indefenso, sin otro recurso que mi impotencia y mis miedos. Preferí evangelizaros con medios pobres. ¿Por qué lo hice? Me hubiera sido fácil usar de razones hábiles y persuasivas. Pero era necesario que vuestra fe se basara en la fuerza de Dios, no en el saber de los hombres. Os anuncié a un Mesías sin poder, para que Él demostrase la fuerza de su Espíritu en vosotros. Sois vosotros, hermanos, la prueba de que ese crucificado es realmente el Mesías y Señor.

¿Os extraña, pues, que critique vuestro afán actual por formar partido en torno a un líder? Deberíais haber crecido en la sabiduría de la fe hasta la madurez; pero, de hecho, seguís estancados en el infantilismo, buscando la dependencia y seguridad del maestro. Hay una sabiduría propia de la fe, hermanos. Pero ésta no será dada a quienes se enzarzan en racionalizaciones humanas, y menos, a quienes manipulan el Evangelio en función de intereses partidistas.

La sabiduría de Dios está más allá de las posibilidades humanas. Por eso contrasta con el saber de tantos maestros que, de generación en generación, se erigen en autoridad sobre los demás. Éstos son los primeros en oponerse a Cristo y a la sabiduría del Evangelio, que pertenece a los pequeños, en quienes Dios se ha complacido. Si hubieran descubierto el designio de Dios, escondido antes de los siglos, manifestado ahora en favor nuestro, no habrían crucificado al Señor de la gloria. No pudieron los judíos aceptar un Mesías en la debilidad, que desbarataba sus pretensiones sobre Dios. ¿Cómo podrán aceptar ahora los paganos el plan de Dios actuando tan extrañamente en la historia?

Sin embargo, hemos de proclamar a todos los vientos, aunque nos tilden de fanáticos, aquello de la Escritura, que «lo que el ojo nunca vio, ni el oído oyó, ni el corazón pudo jamás soñar», a nosotros nos lo ha revelado Dios por medio del Espíritu Santo. ¿Cómo podía imaginar el hombre el sueño eterno del corazón de Dios, lo que él tenía preparado para los que lo aman?

Es lo propio del espíritu entender «desde dentro», por afinidad de ser, por identidad de vida. ¿Quién conoce a fondo la manera de ser del hombre, si no es el espíritu del hombre que lo vivifica por dentro? Pues lo mismo: la manera de ser y obrar de Dios sólo la conoce el Espíritu de Dios. Él lo sondea todo, lo discierne todo, lo vivifica todo. Ahora bien, nosotros, en cuanto cristianos, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios. Es así como conocemos los dones que Dios nos ha hecho, su modo de actuar, las razones íntimas de su corazón. A eso le llamamos la «sabiduría espiritual», el conocimiento de Dios desde Dios mismo.

La fe no es sólo adhesión a la Palabra escuchada, sino también vida, y, como tal, conocimiento de amor. No resulta fácil traducirlo a lenguaje humano-natural, pues es de otro orden; pero esa misma fe en acto de amor la experimentamos como luz que penetra en los misterios de Dios y los entiende. Es verdad que se trata de un conocimiento intransferible: no objetivable, sino percibido en acto de amor. Pero justamente de aquí brota nuestra conciencia de haber recibido el saber «espiritual».

Mi modo de predicar el Evangelio, relegando el saber humano, fue una opción intencionada por crear un lenguaje del Espíritu dirigido a corazones abiertos por el Espíritu. La explicación que en estos momentos os estoy dando sobre la contraposición entre la sabiduría humana y la sabiduría de la Cruz, supone igualmente hombres espirituales, acostumbrados a temas que exigen sabiduría sobrenatural. Al hombre abandonado a sus posibilidades, llámémosle «natural», lo que estoy explicando ha de parecerle locura. Quizá entienda las palabras; pero no los contenidos. No puede captarlos, porque hace falta el discernimiento propio del Espíritu Santo.

De ahí la libertad del verdadero hombre de espíritu: A él nadie puede juzgarle; pero él lo juzga todo con los ojos de Dios. Nadie puede quitarme la certeza de poseer el pensar de Cristo. Es gracia del Señor, dada a mí para vosotros. En virtud de ella os hablo, y en virtud de ella os exhorto a que no andéis detrás de maestros de sabiduría humana. Habéis sido llamados por la fe a conocer el modo de pensar del Señor, y ¿os atrevéis a darle lecciones?

Obviamente, cuando me conocisteis, hermanos, no podía explicaros estos temas, propios de hombres de espíritu. Os hablé como a gente inmadura: estoy refiriéndome a la inmadurez en cuanto al ser

cristiano. Os alimenté con leche, como a niños; no estabais para más. Pero es que tampoco ahora puedo consideraros como adultos en la fe. La prueba está en que vuestra conducta responde a un modo de ser instintivo, primario, demasiado humano. Mientras haya entre vosotros rivalidad y discordia, no os guía el Espíritu de Jesús. Cualquiera pagano hace lo mismo. Cuando uno dice: «yo estoy con Pablo», y otro: «yo, con Apolo», ¿qué os mueve, sino ese espíritu de partido, característica del poder del pecado en este mundo dividido?

A fin de cuentas, ¿qué es Apolo y qué es Pablo? Auxiliares que os llamaron a la fe, cada uno con lo que le dio el Señor. Yo planté, Apolo regó; pero era Dios quien hacía crecer. Ni el que planta es nada, ni el que riega tampoco; sólo Dios cuenta, es decir, es el que da la vida y hace crecer. Dejemos, pues, a Dios que juzgue sobre la calidad del trabajo y del trabajador, ya que, en última instancia, plantar y regar contribuyen a la misma obra. Labranza de Dios sois, hermanos.

La comunidad cristiana puede ser comparada también a un edificio que Dios construye. Los ministros del Evangelio trabajamos juntos en la misma tarea según diversidad de carismas. A mí se me dio colocar el cimiento, a título de arquitecto; me parece normal que otro levante el edificio. Lo hará con oro, madera o paja. Que cada cual vea con qué construye; pero que sepa que el cimiento está puesto, Cristo Jesús. Ya llegará el día en que el Señor examine su obra. Y lo hará a fuego, pues grande es nuestra responsabilidad. Sois templo de Dios, y el Espíritu habita en vosotros. Por eso, el que destruya la comunidad cristiana no puede quedar impune ante Dios. ¿Es que habéis olvidado que sois su templo santo?

No sé si me entendéis. Intento explicaros por qué es tan grave destruir la unidad de la Iglesia; pero me temo que algunos os paséis de listos. Ponéis vuestro orgullo en hombres. Os engaña el saber de este mundo, que ni conoce el fundamento de la unidad, Cristo Jesús, ni sabe juzgar sobre el verdadero pluralismo, confundiéndolo con la lucha por el poder ideológico y social. Ya dice la Escritura que Dios «coge a los listos en su propia astucia» y «conoce lo fútiles que son sus argucias». Pero vosotros, hermanos, os hicisteis necios a los ojos del mundo, aceptando como Mesías a un crucificado; y ¿todavía os empeñáis en identificaros con Pablo, Apolo o Pedro? Volved a fundamentar vuestra unión en su único punto de apoyo, Cristo Jesús. Por Él os sentís unidad, a pesar de las diferencias, más allá de los partidos. En Él todo es vuestro: el mundo, la vida, la muerte, el presente y el futuro. Sois de Cristo, hermanos, y Cristo, de Dios. ¡Maravilla del poder del Espíritu, que ha creado el milagro de la unidad de todas las cosas y de nosotros mismos con Cristo en Dios Padre! A esta sabiduría os quiero convertidos; a la del amor, que reúne lo disperso y vence a las fuerzas destructoras de la vida.

Lo peor de todo es que habéis hecho de mi persona un motivo de división. Pero tanto los que os decís de mi partido como los otros no tenéis excusa. Mi actitud es explícita: que tanto a Apolo como a mí se nos considere servidores de Cristo y encargados de anunciaros el designio salvador de Dios. Lo demás no cuenta, ya que, al fin y al cabo, para un encargado lo importante es la fidelidad a la misión recibida. Así que, como podéis comprender, me importa muy poco vuestro juicio. Tampoco os lo he pedido. Mi misión viene del Señor, y sólo ante Él he de dar cuentas; ni siquiera ante mi propia conciencia. Pero ¡vosotros os atribuí el juicio de

Dios, clasificando a buenos y malos según vuestras preferencias partidistas! No juzguéis antes de tiempo. Esperad a que llegue el Señor: Él sacará a luz las motivaciones que nos guían a unos y a otros, y cada uno recibirá su calificación de Dios.

He sentido cierto reparo en decir lo anterior, pues parecía comprometer a Apolo. No tenía por qué reivindicar mi derecho a ser juzgado sólo ante Dios. Lo propio hubiese sido una actitud de humildad. Pero lo he hecho por causa vuestra, pues, al tomar partido por Apolo o por mí, estáis de tal modo llenos de vanagloria que no me quedaba otro recurso más que apelar al juicio de Dios. Porque, vamos a ver, ¿quién te hace superior a ti? Ponte en la presencia de Dios: ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si de hecho lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado? En esa actitud partidista hay un pecado de apropiación, hermanos.

¿No os dais cuenta de que volvéis a anular el juicio de la Cruz sobre toda suficiencia humana? Pero no: queréis riqueza, saber y poder precisamente en la comunidad cristiana, en las cosas que atañen al Reino, por encima de los ministros de Dios. ¡Qué ironía! Os asociáis a Apolo o a mí por afán de dominio. Ahora nos toca a nosotros, los apóstoles de Dios, asociarnos a vosotros a fin de poder mandar con vosotros. ¿Qué más queréis?

Estáis equivocados, hermanos: No cabe hacer de un apóstol del Evangelio un motivo de lucha por el poder. Por el contrario, Dios nos asigna el último puesto, como a condenados a muerte, en medio del circo, a merced de las fieras. ¡Hemos sido constituidos en espectáculo para el mundo entero, lo mismo los ángeles que los hombres! Fijaos bien: somos unos locos por Cristo; pero vosotros, ¿qué

cristianos tan sabios! Nosotros, los débiles; vosotros, los fuertes. Nosotros, despreciados; vosotros, socialmente considerados. Así es: hasta el momento presente no hemos parado de pasar hambre, sed, frío y malos tratos; no tenemos domicilio fijo; nos agotamos trabajando con nuestras propias manos; nos insultan y les deseamos el bien; nos persiguen y aguantamos; nos difaman y respondemos con buenos modos; se diría que somos la basura del mundo, el desecho de la humanidad. ¿Es esto lo que buscáis? Las grandezas humanas para vosotros, y la ignominia para los apóstoles.

No os escribo para avergonzaros, sino para llamaros la atención como a hijos muy queridos. En cuanto comunidad cristiana, tenéis muchos guías y tutores; pero fui yo quien os engendré en Jesucristo por medio del Evangelio. Como padre vuestro que soy, os exhorto a que sigáis mi ejemplo. Y para ello os mando a Timoteo, mi hijo querido y cristiano fiel. Él os recordará los principios de la vida cristiana, los mismos que enseñé en todas partes, a cada comunidad.

Termino la exposición de este tema con una advertencia. Sé que algunos han empezado a engreírse pensando que no iré por ahí. Pues bien, pienso ir muy pronto, si el Señor lo quiere. He de hacer discernimiento de esos engréidos, y no me fijaré en sus palabras, por supuesto, sino en sus hechos. El poder de Dios se percibe en actos del Espíritu, no en saber hablar bien. Es que tengo noticias de que este asunto de los partidos va unido a la vanagloria de algunos por ciertos carismas...

¿Qué queréis, hermanos: voy con la vara o con cariño y suavidad?

En caso de escándalo (5,1-13)

Paso a tratar de algunos casos de escándalo. ¡Sí, vosotros, que os dais de comunidad carismática! Vuestra vanagloria os ciega para lo más elemental.

Me refiero, en primer lugar, a un asunto bochornoso. Es ya público que entre vosotros uno vive con su madrastra. Tal inmoralidad ni siquiera es digna de paganos.

Deberíais haber resuelto el caso hace tiempo, excluyendo al culpable de la comunidad. Si lo amaseis como a un hermano, lo habríais llorado como a un muerto. Y me obligáis a mí a ejercitar la autoridad del Señor Jesús. Pues bien, aunque esté ausente, os convoco en el espíritu. La decisión es clara: la comunidad ha de expulsar de su seno a tal individuo.

Ya sé que mi actitud os ha de chocar. Hay rabinos que permiten ciertas costumbres a los convertidos del paganismo. Pero nosotros somos cristianos. Pertenece al tiempo nuevo, al de la Pascua consumada en Cristo. De ahora en adelante, todo ha de ser nuevo, como el pan sin levadura con que celebramos nuestra Salvación. ¿No sabéis que una pizca de levadura fermenta toda la masa? La levadura es el pasado y sus costumbres inmorales, y su mentira y perversión. Nuestra vida, por el contrario, ha de ser como un pan nuevo, fresco y limpio, como la fiesta que inaugura una nueva existencia en pureza y verdad.

Vivís en medio de una sociedad altamente permisiva. Todo os parece normal. Y aunque no os lo parezca, pasáis por todo en virtud de cierto talante de tolerancia, que en vosotros es una especie de prurito. Si tuvieseis el espíritu del Señor, no tendríais miedo a corregir ese escándalo con dureza antes de que sea tarde. Más vale esa ruptura con el her-

mano, a fin de obligarle a reflexionar y a convertirse, que no una falsa condescendencia que de hecho lo deja a merced de su situación mortal.

Os da lo mismo una debilidad humana normal que semejante escándalo manifiesto, que ni siquiera es aceptado por el derecho romano. Francamente, vuestra autocomplacencia como comunidad cristiana no viene a cuento.

No hago más que aplicar un principio de mi enseñanza anterior: que no os juntéis con libertinos, borrachos o difamadores, ni con estafadores o codiciosos, ni con fanáticos de otras religiones. Pero distingamos. Me refería a evitar el escándalo dentro de la comunidad cristiana, que no es admisible ese tipo de gente entre nosotros. Ponemos en juego nuestra identidad. ¿Qué sentido tiene comer en la misma mesa como cristianos, si con nuestras vidas expresamos valores opuestos?

Otra cosa es que, a nivel social, nos relacionemos con todo tipo de gente. ¿Cómo no? No pretendo que viváis en gueto. Por el contrario, sois conscientes de vuestra vocación cristiana en la medida en que constatáis esa doble pertenencia: al mundo, en que estáis insertos, y a la comunidad de fe, a la que habéis sido convocados. De ahí también el criterio bien diferenciado: hacia dentro, máximo de identidad; hacia fuera, máximo de tolerancia. A los de fuera los juzga el Señor, no yo.

Sólo así podemos ser signo real, testimonio vivo de la novedad cristiana. En cuanto la comunidad no distinga entre la ambigüedad moral humana y el proyecto evangélico de vida, habremos perdido nuestro sitio en el mundo. E igualmente si, bajo razón de exigencia cristiana, queremos imponer a la sociedad entera lo que es don del Señor a su Iglesia.

Los «trapos sucios» (6,1-11)

En la misma línea de actuación tendríais que tratar vuestros problemas internos. ¿Por qué recurrir a los tribunales civiles si podéis y debéis llegar a un acuerdo pacífico entre vosotros? Vuestra vocación es de jueces del mundo; y, ¿no seréis competentes para pleitos de nada? Acepto, por supuesto, las instituciones; pero, en asuntos de vida ordinaria, ¿no es más normal que alguno de la comunidad sea árbitro entre hermanos? Vosotros, que os dais de sabios en lo divino y lo humano, ¿no sentís vergüenza?

¿Qué dirán los paganos? Nos llamamos hermanos, y nos ven enfrentados en procesos. Nos decimos herederos del Reino, y somos injustos y ladrones con nuestros mismos hermanos. Ya sé que la fe cristiana no nos transforma automáticamente en ángeles de perfección. Ni lo pretendo. Pero, al menos, lavemos los trapos sucios en casa, sin necesidad de airearlos en público.

¡Ay, hermanos queridos, es triste constatarlo, pero ese desajuste entre autocomplacencia e incoherencia de vida os delata! No os engaños: desorden moral y Reino de Dios no se compaginan. ¿Necesito recordaros algunos principios? En nuestras comunidades hay una lista de pecados que se consideran incompatibles con la conducta cristiana; por ejemplo: desenfreno sexual, idolatría, adulterio, pederastia, robo, codicia, estafa, embriaguez, consumo de droga, difamación, calumnia.

Algunos llevabais antes ese género de vida. Pero lo abandonasteis definitivamente con el bautismo. Éste no es un mero rito religioso. En su mismo signo de lavado, da a entender que fuisteis consagrados a Dios en todo vuestro ser y conducta. Por

la fe en Jesús, Mesías y Señor, fuisteis perdonados a fin de nacer a una nueva existencia; y por la acción del Espíritu Santo, transformados. Pero ya veo que no termináis de entrar en esta dinámica. Os queda todavía demasiada costumbre del antiguo paganismo. Yo esperaba que algunos, al menos, llegaseis a la sabiduría propia del Reino, que más vale dejarse robar o sufrir la injusticia que litigar entre hermanos. Un poco ingenuo, ¿verdad?

Vocación cristiana y sexualidad (6,12 - 7,40)

La casuística anterior me permite ahora empalmar con el tema de la sexualidad. Vivimos en una sociedad obsesionada por el sexo. Y aunque para nosotros, creyentes, no es más que una realidad intramundana entre otras, ocupa demasiada importancia en la conciencia humana, por desgracia.

De hecho, me habéis pedido que os hable del matrimonio y de los diferentes estados de vida en relación con él. Pero, antes, he de deciros dos palabras sobre el sentido cristiano de las relaciones sexuales, en general.

Algunos utilizan interesadamente mis principios. Como yo os he enseñado que, en Cristo, hemos sido liberados de la moral normativa, de lo lícito e ilícito, y que, en consecuencia, «todo está permitido», los tales justifican así su libertinaje. Que quede claro: la problemática moral no se centra en lo permitido o prohibido, sino en la vida nueva del cristiano transformado por el Espíritu; pero, por lo mismo, esta moral exige discernimiento. De acuerdo: «Todo me está permitido»; pero cualquier conducta no concuerda con la dignidad del hombre, y menos, del bautizado. «Todo me está permitido»,

sí; pero no todo libera. Por el contrario, ¿no os dais cuenta de que ciertas «libertades» son formas brutales de esclavitud? Es sorprendente. Nuestra sociedad se empeña en reivindicar la libertad sexual sin discernimiento alguno. No niego que ciertas conquistas de la revolución sexual no sean positivas. Pero éste es un tema con el que no se puede jugar. Los frutos son visibles: nuevas manipulaciones del hombre, especialmente de la mujer. Creo que, como creyentes, se os ha dado el discernimiento para valorar ciertos logros de emancipación sexual y, también, para no confundir la libertad con el desenfreno.

El sexo es, por encima de todo, cuestión de personalización. Otras realidades se refieren, más bien, al orden social. No niego su importancia; por ejemplo, la justicia en la distribución de los bienes. Pero el sexo toca tan directamente a la persona, que todo cambio de conducta moral suele referirse inmediatamente a él. No es una realidad cualquiera. Tiende a comprometer al hombre entero: su grado de libertad interior, la calidad de su afectividad, su capacidad de relaciones interpersonales, y, sobre todo, en nuestro caso, la autenticidad de nuestra experiencia cristiana.

Hay que comenzar por no reducir la sexualidad humana a instinto. Para algunos pertenece al mismo orden de las necesidades vitales elementales, como el comer o el dormir. Y dicen que, así como no hacemos problema de dar lo suyo al estómago, ¿por qué hemos de hacerlo al satisfacer las exigencias del apetito sexual? Curiosamente, suelen añadir algunas condiciones de carácter ético: «Con tal de no hacer daño a nadie». Y los que se consideran religiosos apelan, incluso, a una visión trascendente: «Si tanto la comida como el sexo son propiamente realidades

intramundanas, finitas y polivalentes, llamadas un día a desaparecer, ¿no es contradictorio darles semejante relieve moral?»

Mi argumento es sencillo: El cuerpo es la persona misma referida a un tú también personal. Por eso, en cuanto el cuerpo es puesto a merced de la lujuria, esa pasión ciega y destructora, las relaciones son cosificadas, y la persona reducida a objeto.

¿Tendré que recordaros algunos principios teológicos? Por el bautismo vuestros cuerpos, vosotros mismos, pertenecéis al Señor Jesús. Sois miembros de Cristo en un sentido tan real, que toda relación sexual que no corresponda a este amor de alianza interpersonal os separa de Cristo. Pensad, por ejemplo, en la prostitución: Os entregáis corporalmente, es decir, realizáis una alianza que, de hecho, no sólo no existe, sino que la destruye, ya que, por definición, la prostitución es una relación no vinculante. Pero pensad igualmente en ciertos lenguajes sexuales, cuya consistencia no pasa de ser un juego afectivo momentáneo o la atracción artificial del instante.

En nuestra tradición judeo-cristiana el sentido de la sexualidad ha sido condensado en aquella expresión del Génesis: *Serán los dos un solo ser*. Implica el cuerpo; pero es más que biología. Ha adquirido figura social en la institución del matrimonio; pero no se justifica sólo por los hijos. Significa al hombre mismo, en cuanto éste es hombre y mujer. Significa la dinámica del amor de pareja: la donación mutua, la vinculación interpersonal, la fidelidad. Significa la trascendencia misma del amor, que está más allá de los amantes y que encuentra su fundamento en la alianza indisoluble de Dios y el hombre.

Como veis, hace falta una sensibilidad especial, hermanos, para captar la moral sexual cristiana. Ha-

blamos del cuerpo; pero el cuerpo, para nosotros, cristianos, exige vida espiritual. Y no por actitud de sospecha ante él, sino por todo lo contrario: por la unidad que es la persona humana, biología y lenguaje, sexo y amor. Desde que hemos conocido a Cristo, nos ocurre igual con todo. Su amor ha sido tan corporal, que fuimos rescatados con precio de sangre; por eso decimos que pertenecemos corporalmente a Cristo. Y, sin embargo, nuestra unión con Él, evidentemente, es espiritual. Pero ¿qué quiere decir «espiritual»? Que somos un solo ser con Jesús resucitado, porque somos habitados por su Espíritu Santo. Por este don lo percibimos todo de modo diferente; en primer lugar, a nosotros mismos. De aquí nace, hermanos, nuestra conciencia de ser templos de Dios. ¡Dignidad de nuestro cuerpo llamado a la resurrección! ¡Dignidad de toda persona humana en la relación sexual!

Formuladas estas orientaciones básicas, pasemos a la casuística, siguiendo la consulta que me hicisteis por escrito.

Comencemos por el matrimonio. Algunos se apoyan en mi opinión de la conveniencia de no casarse. Es verdad, y así vivo yo. Es uno de los dones de la condición cristiana: poder asumir la soledad, superando las necesidades afectivo-sexuales. Pero no siempre se me entiende bien. Algunos casados llegan a pensar que lo mejor es abstenerse de las relaciones conyugales.

La ley de vuestras relaciones es la donación mutua. No os pertenecéis. Os debéis el uno al otro. Os lo he explicado más arriba: Para nosotros, cristianos, el sexo significa entrega y alianza; lo contrario de una búsqueda egoísta del propio placer. Por eso, no os privéis el uno del otro.

Acepto la posibilidad de que, de común acuerdo,

por cierto tiempo y por dedicaros en exclusiva a la relación con Dios, preferiréis abstenos. Pero quede claro que no es una orden. Más bien, obrad con discreción y volved a vuestras relaciones normales, no sea que lo mejor se torne enemigo de lo bueno. Discernid, pues, vuestra capacidad de libertad interior en esta materia.

En teoría, cabe desear el ideal del celibato para todos. Pero, en realidad, lo que cuenta es la vocación de cada uno. Y carisma es el matrimonio, como el celibato. Dentro de esta perspectiva, podría yo decirles a los solteros y a las viudas que no busquen otro estado de vida. Pero se trata de algo opcional, que exige discernimiento. ¿Os parece bien, por ejemplo, aconsejar el celibato a alguien que tiene dificultades de continencia sexual? Vivimos en un mundo que ni valora ni tiene capacidad para renuncias de este tipo. Más vale atenerse a lo normal: *a que cada varón tenga su mujer, y cada mujer, su marido.*

Lo que ya no es cuestión opcional es el divorcio. El Señor Jesús lo dijo: que marido y mujer no se separen; han sido unidos por Dios mismo. El principio es claro. La praxis de la convivencia no siempre resulta tan contundente. Veamos.

Cuando se trata de esposos cristianos separados, no cabe casarse de nuevo. O se reconcilian, o permanecen separados.

En caso de matrimonio entre creyente y no creyente, mi opinión es ésta: que por parte cristiana no busque el divorcio. De alguna manera, toda su familia pertenece a la comunidad de la Alianza. Pero si la parte no cristiana decide el divorcio, el creyente puede sentirse liberado de su compromiso. Dios nos ha llamado a una vida de paz, y sería un infierno mantener tal convivencia.

¿Habría que llevar el principio del Señor hasta el límite? Hay quien piensa que en dicho divorcio el cónyuge compromete su salvación. A mi juicio, toca al Señor juzgar las conciencias. ¿Quién te dice a ti, creyente, que la salvación del otro depende de ti?

Conocéis la normativa que establezco en las comunidades. Respecto al matrimonio, como estado de vida, soy estricto. Habéis de ser un signo del amor escatológico de Dios en esta sociedad, en que las relaciones humanas primordiales, como las de la pareja, se deshacen tan fácilmente. Soy más amplio respecto a otros estados de vida, por ejemplo, la división entre judíos y paganos o entre ciudadanos libres y esclavos. No porque esté de acuerdo, sino porque no es posible cambiar por decisión privada (como en el caso del matrimonio) lo que pertenece a la estructura general de la sociedad. Sin embargo, si algún esclavo tiene la posibilidad de acceder a liberto, sin dudarle aproveche la ocasión. Mientras tanto, las comunidades cristianas hemos de iniciar la transformación del mundo desde una dinámica más radical: la conciencia que Cristo nos da a cada uno, esclavo o libre, de haber sido rescatados para Él. Es por nuestra vocación cristiana por la que accedemos a la libertad definitiva. Llegar a vivirlo así permite a un esclavo sentirse más libre que su dueño, y a un amo cristiano saberse esclavo de Cristo y hermano de su esclavo. Esta igualdad fundamental ha de presidir nuestras relaciones comunitarias. Y un día todo habrá cambiado, transformado por el espíritu de Cristo. Mientras tanto, hermanos, que cada uno viva su vocación en la condición social en que está, sin crispaciones.

No es fácil tener conciencia de las consecuencias innovadoras que aporta el Evangelio a la sociedad y encontrar la praxis adecuada al momento concreto.

Espero que estas líneas de discernimiento os sirvan al menos para saber distinguir entre la dinámica de principios y las aplicaciones, siempre más complejas, y entre la moral cristiana y la ética plural de la sociedad. Espero también que sepáis distinguir cuándo hablo con la autoridad del Señor, cuándo llego a ciertas conclusiones en cuanto responsable de la comunidad y cuándo os expongo opiniones mías.

Pero volvamos al tema. Respecto a los solteros, que yo sepa, no hay nada establecido por el Señor Jesús. Así que doy mi opinión. Creo que, por la misericordia del Señor, es digna de confianza. Me baso en la condición fundamental de la existencia cristiana. Pertenece al mundo futuro, estamos viviendo ya el drama escatológico de la consumación del tiempo. ¿Os extraña que os diga a los solteros que sería bueno no casarse y vivir concentrados en un único anhelo, el Señor que viene?

Con esto no quiero minusvalorar el matrimonio. Si estás casado, sigue unido a tu mujer. Y si quieres casarte, ninguna objeción. Doy preferencia al celibato porque ayuda a la entrega exclusiva y total. Al fin y al cabo, lo que importa no es ni el celibato ni el matrimonio, sino la calidad de nuestro ser ante el juicio de Dios. Y bien sabéis que, a partir de la Resurrección, todo ha cambiado. Para el que no ha conocido el Evangelio, el orden de valores de este mundo es lo realmente consistente. Para nosotros, ¡todo lo de aquí es tan relativo! Os va a parecer angelismo y hasta indiferencia por la creación de Dios lo que voy a deciros; pero entendedme bien. El matrimonio, los gozos y tristezas, la cultura, los bienes económicos, etc., son buenos en sí; pero sólo figura y anticipo de los bienes que esperamos. Si estuviésemos realmente animados por esta esperanza del

Reino, los casados vivirían como los no casados; los que sufren, como si no sufrieran; los que gozan, como si no gozaran; los ricos, como si no poseyeran; los pobres, como si todo lo poseyeran. ¿Os imagináis qué libertad interior? Todo depende, hermanos, de esta adhesión vital, de nuestra pertenencia al Señor Jesús.

¡Me gustaría tanto que abandonaseis vuestras preocupaciones en Él! El peligro del soltero es la incapacidad de compromiso. El del casado, en cambio, su dispersión de intereses. No es que el amor de Dios sea rival de ningún amor humano; pero no es fácil tener un corazón libre y unificado. Si la opción del celibato es auténtica, uno se ahorra preocupaciones y se dedica en cuerpo y alma al Señor y a su Reino.

Ya veis que estas reflexiones se inspiran en un único deseo: que viváis la dignidad de vuestra vocación cristiana, la fuerza incomparable del amor del Señor Jesús. Pero, por favor, hermanos, no veais en estas palabras ningún rigorismo moral, ningún menosprecio de unos carismas por ensalzar otros.

Termino refiriéndome a los novios. Algunos creen que, una vez convertidos a la fe, sería mejor no casarse. Ateneos, hermanos, al principio que rige en nuestras comunidades: que cada uno permanezca en el estado anterior, en el proceso natural de su realización humana. Otra cosa es, repito, el soltero, sin compromiso, que, al nacer a la fe, descubre una nueva dimensión para su vida, y, después de discernimiento, opta por el celibato. O el caso de la viuda, que, mientras vive el marido, está ligada a él, pero cuando éste ha muerto, en cuyo caso le vendría bien no casarse y dedicarse al Señor.

Me obligáis a ser reiterativo, y lo comprendo. Los cristianos acabamos de estrenar un nuevo estilo de

existencia, y no estamos acostumbrados a articular nuestra inserción en las viejas estructuras de la sociedad.

Ahí va mi discernimiento. Creo tener espíritu del Señor, y espero os sirvan estas reflexiones y pautas de conducta.

Libertad, amor y discernimiento (8,1 - 11,1)

Otro asunto: Cómo compaginar la libertad cristiana con situaciones de escándalo, y de escándalo precisamente de los más débiles, de los que no tienen capacidad de vivir esa libertad. El asunto es delicado, porque se refiere a la conciencia moral del creyente y a conflictos en las relaciones fraternas y en la praxis pastoral. Aparece, en particular, en aquellas comunidades cristianas, recién fundadas, que acaban de dejar el paganismo. Los unos viven el entusiasmo de la novedad cristiana; los otros están todavía ligados, a nivel semiinconsciente, a actitudes propias de la religiosidad anterior. Cuestiones como éstas: ¿Se puede comer la carne que se vende en el mercado sabiendo que ha sido ofrecida a los dioses? ¿Se pueden usar ritos paganos en las celebraciones cristianas? ¿Qué criterios de discernimiento habría que tener al confrontar la fe cristiana y las otras religiones? ¿Qué educación de la fe sería la adecuada para estas circunstancias? ¿Se debe exigir a todos la madurez de aquella libertad espiritual que está por encima de los escrúpulos de conciencia, alimentados quizá por profundas raíces religiosas?

Por supuesto, sabemos que nadie es Dios más que uno, el Padre, de quien procede el universo y a quien estamos destinados. Y no hay más que un solo Señor, Jesucristo, por quien existe el universo

y cada uno de nosotros. Dicho de otra manera, por la fe en el Evangelio hemos sido liberados de toda esclavitud, especialmente de la alienación religiosa, esos sistemas que tienen sometido al hombre al miedo ante el poder sobrenatural. Hemos conocido al único Dios vivo, el que nos liberó de Egipto y nos constituyó en un pueblo de hombres libres; el que nos liberó del pecado y de la muerte por Jesucristo. Somos conscientes de la fuerza liberadora de este conocimiento. ¡¿Cómo agradecerse lo suficientemente al Señor?!

Pero, hermanos, también ese conocimiento está sometido al discernimiento. Algunos olvidáis que el criterio último de la libertad es el amor. El conocimiento engríe. Lo constructivo es amar. Y mucho me temo que os hayáis quedado en el umbral del conocimiento. El conocimiento cumplido brota del amor. ¿De qué os sirve vuestra libertad si os creéis superiores a los demás y destruís la comunión fraterna? Si vuestro conocimiento fuese de amor, os sentiríais reconocidos por Dios y lo notaríais en vuestra conciencia, en esa forma suprema de libertad que es el olvido de sí y la misericordia.

Soy yo el que os anuncié la libertad. Pero no soy quién para escandalizar a los hermanos que, dada su precaria iniciación en la fe, viven todavía con conciencia insegura, atados a costumbres paganas. Por ejemplo, si uno de éstos te ve a ti, que te engríes de tu libertad de conciencia, entrar en un templo pagano, ¿no tendrá la tentación de volver a sus viejas creencias? Cierto, no es el lugar lo que determina la fe, sino el corazón. Pero ¿cómo te atreves a provocar la debilidad de conciencia de un hermano tuyo, por quien murió Cristo?

Por esa razón, si un rito externo, o un alimento, o una fiesta, o una costumbre cualquiera, por poco

esencial que me parezca, pone en peligro a un hermano, renunciaré a mi libertad a fin de ganarlo para Cristo. ¿No fue así mi proceder con vosotros?

Voy a remitirme a mi ejemplo por dos razones: porque conocéis mi comportamiento con vosotros, y porque para algunos he sido, precisamente, motivo de escándalo. ¡Qué paradoja! En virtud de mi condición de apóstol, como los demás predicadores itinerantes, tenía derecho a ser acogido y alimentado por vosotros; pero renuncié a ello, porque me parecía y sigue pareciendo más importante que el derecho el amor que sirve. Así que tendréis que soportar la reivindicación de mi libertad, vosotros que, bajo razón de libertad, pasáis por encima de los hermanos. Os escandalizáis de que yo prefiera el amor que se olvida de sí a la sabiduría autosuficiente...

A ver... ¿no soy libre como vosotros? Más: ¿no he visto al Señor Jesús? Más: ¿no es obra mía el que vosotros seáis cristianos? Si para otros no soy apóstol, al menos para vosotros lo soy. ¿Qué otro argumento tengo contra mis adversarios que el de vosotros mismos?

Tengo derecho, pues, a ser sustentado y a viajar acompañado de una mujer cristiana, como los demás predicadores y fundadores de comunidades, incluyendo a Pedro y a los parientes del Señor. O ¿seremos Bernabé y yo los únicos que no tienen derecho a vivir de la evangelización sin trabajar?

Un militar no corre con sus gastos. Quien planta una viña o tiene un rebaño se alimenta de sus frutos. El Deuteronomio lo formula con una imagen muy plástica: *No pondréis bozal al buey que trilla*, dando a entender que ha de comer del campo quien lo trabaja. ¿Será mucho, hermanos, que yo, que he sembrado en vosotros lo espiritual, no coseche de

vosotros bienes materiales? Razones humanas, desde luego. Derechos que en todas las comunidades cristianas se consideran inalienables, pues se inspiran en las instrucciones que dio el Señor a los que anuncian el Evangelio: *El obrero merece su salario*. ¿No estaba también así regulado el sustento de los sacerdotes del Antiguo Testamento, que tenían su parte en las ofrendas del altar?

Yo, sin embargo, nunca he hecho uso de ese derecho, ni os escribo para reclamarlo. Al contrario, he renunciado a él para no crear ningún obstáculo al Evangelio de Cristo. Nadie me privará de este motivo de orgullo. Preferiría antes morirme. ¿Os extraña? ¡Pobre de mí si no anunciase el Evangelio! No escogí yo esta tarea; pero es mi vocación y destino. He sido enviado al mundo pagano; no es mérito mío. Recibí gratis el Mensaje, y gratis lo doy. ¿Por qué os escandalizáis de mi libertad? Dejadme al menos el derecho de predicar sin buscar otro interés que la fe misma.

Mirad: si la gratuidad es la ley que rige mi apostolado, entenderéis también por qué subordino mis libertades al amor que se pone al servicio de todos. Lo contrario de los que apelan a su libertad no reparando en el mal que pueden hacer a los más débiles. Hermanos, con los judíos me hice judío; y, aunque personalmente me siento liberado de la Ley, me sujeté a la Ley a fin de ganar para Cristo a los sujetos a la Ley. Con los sin ley prescindí de la ley (bueno, mi Ley es Jesús y su palabra). Y me solidaricé también con la debilidad de los débiles. Con los que sea me hago como sea, para ganar a algunos como sea. ¿Por qué? Porque el Evangelio es solidaridad con los más pobres y quiero tener parte en ese amor redentor de Dios que anuncio.

He tenido que extenderme más de lo debido al

ponerme como ejemplo. He tenido que apelar al Evangelio. Pero permitidme todavía un nuevo argumento. Dentro de poco vais a celebrar vuestros juegos ístmicos. Buen momento de reflexión para los que os consideráis atletas cristianos, los fuertes, que queréis dejar atrás a los débiles de la comunidad. Pues bien, si sois «los fuertes», ¿por qué no sacrificáis vuestras libertades en acto de solidaridad con los de conciencia timorata, mirando más lejos, a la recompensa del cielo? En el estadio corren muchos, pero sólo gana uno. Y para ganar el premio hace falta capacidad de renuncia; y eso, por una corona que se marchita. ¿No haremos lo mismo por la corona inmarcesible? También yo corro y me entreno en la disciplina de mi cuerpo, obligándole a que me sirva. He de hacerlo por coherencia, no sea que después de predicar a otros me descalifiquen a mí.

¡Ay, hermanos, ante Dios nadie debe sentirse seguro! Vuestra suficiencia me preocupa. No olvidéis la historia de la salvación y sus vicisitudes. También los israelitas recibieron el bautismo de la nube y el mar, siguiendo a Moisés, figura de nuestro bautismo en Cristo; comieron el maná y bebieron de la roca, figuras de la Eucaristía; pero la mayoría no agradaron a Dios y fueron abatidos en el desierto. Leed el Éxodo y el libro de los Números. Sin daros cuenta, los que decís estar por encima de supersticiones religiosas, liberados por Cristo, podéis caer en un nuevo género de idolatría. ¿No es tal vuestra presunción, ese prescindir del temor de la propia conciencia, jugando en la zona fronteriza del bien y del mal, provocando al Señor?

Son acontecimientos prefigurativos y comportamientos ilustrativos, escritos para que escarmentemos nosotros, los que pertenecemos al tiempo de-

finitivo de la Salvación. El que está de pie, ¡cuidado con caerse!

Os escribo como a gente sensata; y tampoco es cuestión de que ahora os angustiéis con mis palabras. Fiel es Dios, y no os pondrá a prueba por encima de vuestras fuerzas. A cada tentación acompaña siempre su gracia.

Pero si me he pasado un tanto respecto a este tema es porque esa actitud de autosuficiencia de algunos está repercutiendo en la comunidad, y particularmente en la confusión que está creando en los más débiles respecto a la celebración eucarística. Al permitirse asistir a actos religiosos no cristianos, los que están iniciándose en la fe terminan por no distinguir entre el pan y vino de nuestras celebraciones y las comidas religiosas de sus creencias anteriores. La «copa de bendición» que bebemos es comunión con la sangre de Cristo. Y el pan que partimos es comunión con su cuerpo. Un pan, una comunión, un solo Señor. ¡No destruyáis este cuerpo único de la comunidad! ¿Es que no os dais cuenta de lo que significa un banquete sagrado? No se trata únicamente de salvar la intención interior. Recordad el Antiguo Testamento: los que comen de las víctimas realizan su comunión con Dios. ¡Y vosotros queréis participar en rituales paganos siendo cristianos! Estáis olvidando lo más elemental de la fe: no hay más que un Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Os habéis pasado, amigos míos, os habéis pasado. Bajo razón de tolerancia, termináis en idolatría. Bajo razón de libertad, termináis destruyendo la identidad cristiana, representada por la celebración eucarística. Bajo razón de madurez, termináis destruyendo el amor.

En resumen, que sí, que «todo está permitido»;

pero que lo importante no es buscar el propio interés, sino el ajeno. La libertad auténtica nace del amor, y entonces sabe discernir lo conveniente y lo que ayuda a construir solidariamente la comunidad. Una vez más, lo de siempre: sentido de Iglesia por encima de nuestro saber.

Cuanto he dicho se aplica a lo que podríamos llamar un sincretismo religioso práctico, ciertos gestos sociales que ponen a prueba la conciencia de los que todavía han madurado poco su identidad cristiana. Pero no vayamos al otro extremo, a una rigidez puritana que nos obligara a formar guetos. El desafío de nuestra fe consiste en mantener la identidad dentro de los cauces normales de la sociedad en que vivimos.

Por ejemplo, no es ningún problema de conciencia participar en actos que en sí mismos son civiles, aunque para los no cristianos tengan connotaciones religiosas. Pero si te encuentras con un cristiano que te dice: «Ese acto es propio de otra confesión de fe», entonces discierne, porque está en juego la conciencia de tu hermano.

Me dirás, ¿por qué no he de obrar según mi conciencia? En principio tienes razón, no lo niego; pero si has de ser solidario con la debilidad de tu hermano y eres sensible a las tensiones de la Iglesia...

De todas formas, la tensión es inevitable. Hace falta la actitud profética de los que apelan a la libertad cristiana. No se puede estar dependiendo de escrúpulos ajenos. También yo la reivindicó cuando se compromete lo irreductible; por ejemplo, la libertad de la fe respecto a la Ley en la cuestión de la justificación. Pero vuestro asunto es principalmente disciplinar y pastoral. Y aquí prevalece el criterio de la comunión eclesial. Seguid mi ejemplo, hermanos, que me inspiró en el de Jesús, que asumió en todo

nuestra condición y se entregó solidariamente por todos.

Problemas de las celebraciones (11,2 - 14,40)

En la misma línea de fidelidad a las costumbres tradicionales hemos de tratar los problemas suscitados en vuestras celebraciones comunitarias. En general, nada he de reprocharos; pero algunos abusos comienzan a preocuparme.

Por ejemplo, ¿qué decir de la nueva sensibilidad que aboga por la igualdad de la mujer en nuestras asambleas?

La normativa que nos rige es la de nuestra tradición judía: que el varón asista a las celebraciones con la cabeza descubierta; y la mujer, con velo. ¿Por qué? Los rabinos justifican esta práctica apoyándose en la superioridad del varón sobre la mujer según los principios tradicionales: que el varón es cabeza de la mujer, e imagen y reflejo de Dios. Según el Génesis, en efecto, no fue creado el varón para la mujer, sino la mujer para el varón.

Reconozco que, a la luz del Mensaje cristiano, varón y mujer son iguales, pues uno y otra son hijos de Dios; y, si hay que seguir argumentando desde el Génesis, habría que decir que todo hombre viene al mundo por la mujer. La verdad es que, a partir de la redención de Jesús, no cabe fundamentar teológicamente la desigualdad de hombres y mujeres. La cabeza ya no es el varón, sino Cristo. Habría que superar el patriarcado de nuestra tradición judaica. Sólo Jesús es Señor, y no hay otro padre más que Dios. No obstante, ¿por qué nos sigue pareciendo indecente que una mujer ore a Dios destocada? No concebimos a la mujer más que en actitud sumisa.

Quizá sea producto cultural, y, como afirman algunos, en el futuro podremos admirar la historia de la emancipación femenina. Es un tema que tal vez necesite revisión. Pero, hoy por hoy, prefiero que os mantengáis fieles a las costumbres tradicionales.

El abuso más grave se da cuando os reunís para celebrar la Cena del Señor. Malo es que haya bandos entre vosotros; pero es intolerable que profanéis la liturgia cristiana. La costumbre es celebrar la Eucaristía al mismo tiempo que compartimos la comida y la bebida fraternalmente, especialmente con los más pobres. Pero he oído que cada uno se retira con su grupo de amigos a comer su propia cena, abochornando a los que no pueden aportar nada. Peor, que mientras algunos pasan hambre, otros hasta se emborrachan.

¿Es que no tenéis casas para comer y beber? ¿Es que no sabéis qué significa la celebración de la Cena? Al reuniros por grupos separados, acentuando las diferencias sociales, destruís el principio cristiano de la comunidad. ¿No os dais cuenta de que en la asamblea de Dios se inicia la nueva humanidad, igualitaria y reconciliada, en que se comparte todo, porque se comparte, en primer lugar, el cuerpo del Señor?

La Eucaristía es nuestra principal celebración, el recuerdo que se transmite de comunidad a comunidad, y que viene de Jesús mismo, de la reunión celebrada con sus discípulos la noche en que iban a entregarlo, la víspera de su pasión. Recordad las palabras y el rito que os dejé como la más preciosa tradición.

Jesús cogió pan, dio gracias, lo partió y dijo: *Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo mismo en memoria mía.*

Después de cenar, hizo igual con la copa, diciendo: *Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre; cada vez que bebáis, haced lo mismo en memoria mía.*

Cada vez que celebramos la Eucaristía, hermanos, proclamamos su muerte hasta que Él vuelva al final de los tiempos. Compartimos su cuerpo y bebemos de la misma copa realizando el sacramento de nuestra unidad. Actualizamos su entrega por nosotros y vivimos anticipadamente el futuro del hombre, la comunión del Reino de Dios, el banquete de la plena solidaridad de los hijos de Dios.

¿Cómo podéis desvirtuar así la celebración de la Cena? El que come este pan y bebe esta copa sin percibir sus íntimas exigencias de justicia y entrega a los hermanos, tendrá que responder del cuerpo y sangre del Señor. ¿No os dais cuenta de que, al no compartir vuestros bienes con los que no tienen, os condenáis a vosotros mismos?

No os extrañe que el Señor os ponga a prueba con enfermedades y achaques. Quiere despertaros la conciencia. ¡A ver si aspiráis a bienes superiores! Pero habría que comenzar por lo más elemental: que en vuestras comidas de fraternidad, la primera regla sea el compartir.

Lo dicho se refiere a los pudientes de la comunidad. Para los más pobres, sólo una observación: que no abusen de los hermanos. Para unos y otros, que quede claro: no nos reunimos para darnos comilonas, sino para compartir lo que se tiene con sencillez. Más vale un estilo de austeridad.

Me preocupa también, hermanos, el desarrollo ordenado de vuestras celebraciones. Estáis pagados por la abundancia de carismas, y estáis expuestos a cierto iluminismo, muy peligroso. Ya desde que

erais paganos, en vuestros cultos dominaba lo entusiástico, la atracción por los fenómenos extraordinarios. Pero creo que necesitáis aprender a distinguir entre el deseo religioso y el espíritu de Jesús. De hecho, la fe cristiana no os ha privado de las características de vuestra religiosidad, esa tendencia a las experiencias de trance sobrenatural. Pero no olvidéis que el Espíritu Santo es luz de verdad, y disциerne lo que nace de él y lo que es fruto de vuestras inclinaciones. Nadie puede decir a la vez «Jesús es Señor» y «Jesús es un maldito». El deseo religioso se alimenta del éxtasis, de la sensación plenificante indiferenciada; el Espíritu de Jesús es luz de amor, que construye la unidad en el respeto. Si lo importante fuese la intensidad religiosa de la experiencia, la fe no sería obediencia a la Palabra, y daría lo mismo creer en Jesús Señor o en otra cosa.

Variedad de dones;
el mismo Espíritu.
Variedad de funciones;
un solo Señor.
Gracia multiforme; único Dios.

La Iglesia realiza este misterio de lo plural en lo uno, signo de la vida de Dios. Por eso, el primer criterio que rige las manifestaciones carismáticas en nuestras celebraciones es el del bien común.

Mirad la complejidad con que funciona vuestra comunidad. Uno recibe el Espíritu de sabiduría para captar en profundidad el misterio de la Revelación. Otro es teólogo, y ha de confrontar el Evangelio con la reflexión humana. Hay quien se distingue por su confianza en Dios, y sería capaz de cosas extraordinarias. Alguno realiza incluso curaciones. Con frecuencia, en vuestras reuniones, oís a los «profetas»; les llamamos así o bien porque tienen una experiencia excepcional de Dios, o bien porque

tienen el don de interpretar a la luz de Dios los acontecimientos. Junto a estos hombres «inspirados», existen los que discernen, que también es don del Espíritu distinguir verdaderas y falsas inspiraciones. Aquél habla extrañamente, como en lengua extranjera, y el otro lo interpreta. Fijaos en esta riqueza de carismas, variada y complementaria a la vez, donde la diversidad refuerza el sentido de la comunión. Y es que todo lo activa el mismo y único Espíritu, repartiendo a cada uno según a él le parece.

Como en un cuerpo. Siendo uno, tiene muchos miembros. Aunque el pie diga: «Como no soy mano, no soy del cuerpo», no por eso deja de serlo. Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿cómo podría oír? Si todo el cuerpo fuera oídos, ¿cómo podría oler? ¿Qué cuerpo sería aquel en que cada órgano fuese todo el cuerpo? Dios estableció en el cuerpo cada uno de los órganos como Él quiso. Muchos órganos y un solo cuerpo. Unidad y variedad, sin oposición.

Y complementariedad entre todos. No puede el ojo decirle a la mano: «No me haces falta», ni la cabeza a los pies: «No me hacéis falta». Al contrario, los miembros que parecen de menos categoría son los más indispensables, y los que nos parecen menos dignos los vestimos con más cuidado. ¿Por qué esta desigualdad? Para que no haya discordia y los miembros se preocupen igualmente unos de otros. Así, cuando un órgano sufre, todos sufren con él; cuando a uno lo honran, con él se alegran todos. ¿No os parece una maravilla esta combinación de partes y totalidad en nuestro cuerpo creado por Dios?

Pues bien, Cristo Jesús es el cuerpo, principio unificador, y nosotros, sus miembros. Todos nosotros, judíos o paganos, pobres o ricos, negros o

blancos, sabios o ignorantes, fuimos bautizados con el único Espíritu Santo para formar un solo cuerpo. Somos de Cristo, y cada uno nos percibimos como parte en este todo, diverso y uno, a la vez.

Desde esta perspectiva, contemplad ahora vuestra comunidad, diferenciada y concorde, desigual en sus funciones y única por vocación. Comenzad por descubrir vuestra vocación a ser un solo cuerpo en Cristo, desde el sentido de la totalidad, y, luego, asumid vuestra función en el conjunto. Desde luego, hay servicios prioritarios: en primer lugar, el ministerio apostólico, es decir, el que corresponde a la misión recibida para fundar la comunidad cristiana; en segundo lugar, los profetas; en tercer lugar, el discernimiento; y después, carismas de beneficencia, dirección y fenómenos extraordinarios, del tipo que sean. Pero lo importante es mantener la conciencia de que ningún servicio es el todo, por más elevado que sea o excepcional que parezca. Que la autoridad no anule a los profetas; que la inspiración se deje discernir; que los que tienen experiencias extrañas no se engrían... En una palabra, todos para el todo, dentro de una unidad ordenada. Sin esto no hay comunidad posible.

Sin embargo, en una comunidad cristiana lo decisivo es el amor. Él es el carisma de los carismas; y sin él, el mejor ordenamiento de las funciones se parece a un bello cuerpo sin vida. ¡Aspirad, hermanos, por encima de todo, al amor! ¡Él es la vida misma de la comunidad!

Ya puedo hablar palabra celestial,
que si no tengo amor,
sólo soy un platillo estridente.

Ya puedo acumular toda la sabiduría humana,
que si no tengo amor,
sólo soy una campana ruidosa.

Podría ser profeta que capta los signos de los
tiempos
y maestro de espíritus que escruta los corazones,
y tener una fe capaz de trasladar montañas;
si me falta el amor,
soy nada.
Sin amor,
de nada me sirve optar por los pobres,
ni la radicalidad de la entrega,
ni el heroísmo moral,
ni el martirio corporal.

¿Qué don es el amor, hermanos, que, sin él, todo
es basura, y él basta para todo?

El amor es paciente y benigno.
El amor no tiene envidia,
ni presume ni se afirma.
El amor no es grosero,
ni interesado, ni susceptible.
El amor no lleva cuentas del mal.
Se opone a la injusticia,
rechaza la doblez,
se complace en la verdad.
El amor disculpa siempre,
se fía a pesar de todo,
espera siempre.
El amor lo soporta todo.

Y es que el amor, hermanos, es eterno, como la
vida misma de Dios. De él vivimos y por él anhe-
lamos lo perfecto, lo inacabable.

Un día acabarán los profetas y su palabra
inspirada.
Acabarán también los teólogos y los maestros de
espíritu,
y las experiencias místicas y la voluntad heroica.
Vendrá lo eterno.

Ahora somos niños que crecen en saber y en
quehacer.

Un día seremos consumados.
Todavía vemos como en un espejo,
entre luces y sombras,
indirectamente.
Entonces veremos cara a cara.
Todavía mi conocer es anhelo.
Un día descansaré en el amor.
Conoceré siendo conocido.
Dios mismo será mi luz inmarcesible.

Por eso, hermanos, el secreto de la vida cristiana
reside en la vida de fe, esperanza y amor.

Ellas anticipan la plenitud,
la vida que permanece.
Todo saber es luz de fe.
Todo carisma construye la comunidad en
esperanza,
como signo del futuro.
Pero el amor es ya lo eterno,
lo más precioso,
lo deseable,
el don mismo del Espíritu.

Me he detenido, hermanos, en cantar las glorias
del amor, porque con frecuencia se prefieren otros
carismas, más vistosos o de eficacia más controla-
ble. Desde esta perspectiva podréis comprender por
qué doy prioridad a los carismas que sirven al bien
del prójimo sobre los carismas que sólo atañen al
bien del individuo o que llaman la atención en
cuanto fenómenos extraños.

Por ejemplo, para la comunidad cristiana es mu-
cho más importante el catequista o el predicador,
que os proporciona conocimiento de la Revelación y
traduce a vuestra vida diaria la sabiduría de la fe,

que el que, al orar, se eleva en éxtasis o habla en lenguas desconocidas, o que el que cura enfermedades. No prejuzgo quién tiene más o menos Espíritu Santo. Parto de que todos actúan bajo su acción. Pero para la comunidad, repito, lo más provechoso es lo que atañe al bien común. Tampoco niego que dichos fenómenos no sirvan para algo. Es cuestión de prioridades. Las reuniones necesitan un orden, eso es todo. A veces parecéis como niños, a quienes encanta la algarabía: unos cantan, otros predicán, otros hacen gestos, otros rezan con voces estridentes... Suelo pensar: ¿Qué dirán los que asisten por primera vez a nuestras reuniones? ¿No les parecerá cosa de locos?

Dios no quiere desorden, sino paz. Cada carisma debe tener su manifestación propia en su momento oportuno. Alguno pensará que el Espíritu no debe ser sometido a normas de comunicación social. Se equivoca. El Espíritu es luz de verdad y amor que sirve a los hermanos. Por eso, se compagina con el orden. Lo contrario es presunción. ¿Os creéis más carismáticos, acaso, que otras comunidades cristianas, porque entre vosotros prevalecen la espontaneidad y el entusiasmo? O fanatismo, que daña gravemente nuestro testimonio ante los no creyentes.

Sobre la Resurrección (15)

Me queda por tratar, hermanos, el tema de la resurrección de los muertos. No sé si os dais cuenta de que aquí nos jugamos la fe, el núcleo mismo del Mensaje cristiano.

Conozco vuestra dificultad en aceptar que el cuerpo tenga un destino eterno. ¿Cómo concebir racionalmente que un cadáver se levante de su tumba, que el polvo material entre en posesión de la vida

de Dios mismo? ¿Qué razones podemos aducir para hablar de un día último en que las innumerables generaciones de la especie humana se reencuentren, inmortales? Parece un sueño de locos. Es más fácil, sin duda, aceptar la inmortalidad de las almas, el proceso reencarnatorio de las generaciones o la evolución progresiva de la especie. ¿Cómo pensar que mi yo corporal, mi historia precedera, estén llamados a resplandecer sin fin?

Sin embargo, el Mensaje que os prediqué fue, exactamente, ése. Lo aceptasteis entonces; sois creyentes si seguís adheridos a él; un día experimentaréis la salvación definitiva si lo mantenéis, a pesar de todo. Mirad, hermanos, que poner en duda la resurrección, vacía automáticamente de contenido vuestro ser cristiano.

Tal vez esperáis argumentos que satisfagan vuestras necesidades racionales. Lo siento. Para nosotros, cristianos, la Resurrección no es objeto de sabiduría, un modo de responder a los interrogantes de la existencia. Es un acontecimiento. Y así lo transmitimos: por testimonio. Tampoco es una experiencia excepcional, como la luz que llena de esperanza la caducidad de lo humano. Jesús, muerto y sepultado, fue visto vivo. Y así es predicado, como acción de Dios que irrumpe en la historia, dando un nuevo sentido a lo anunciado en el Antiguo Testamento. Tampoco puede confundirse con «la causa de Jesús», por ejemplo, con el valor imperecedero de lo que él puso en marcha: un nuevo estilo de ser y actuar ante Dios y con los hombres. Si Jesús, el Cristo, no está vivo y no ha sido visto, no nos consolamos con sus ideas, pues fue un ajusticiado. ¿Qué utopía merece la pena, si la muerte es la última palabra sobre el hombre?

Así que mi argumento es simple: recordaros el

credo, el mismo que yo recibí de la comunidad madre de Jerusalén.

Jesús, el Mesías, murió por nuestros pecados, según las Escrituras.

Fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras.

Se apareció a Pedro y, luego, a los Doce.

El hecho es ése, hermanos, y la identidad del Mensaje en todas las comunidades cristianas, también. Pero, bueno, si necesitáis más testimonios que el de Pedro y los Doce, fundamento de la Iglesia, os recuerdo que Jesús se apareció, en una ocasión, a más de quinientos hermanos. La mayor parte de ellos viven todavía, si queréis recabar su testimonio. Ahí están también Santiago y otros testigos oculares, que desde entonces se han hecho misioneros de esta Noticia.

Y aquí me tenéis a mí. No soy más que un aborto, perseguidor de la Iglesia, que no merezco el nombre de apóstol. Sin embargo, se me apareció a mí. Y aunque soy el último, y aunque todo lo que soy es gracia de Dios, su gracia no ha sido en balde. He trabajado más que todos ellos; bueno, la gracia de Dios que me acompaña.

Pero ¿qué más da? Tanto ellos como yo predicamos la misma Resurrección. En esto creísteis, ¿no?

Sacad las consecuencias. Si de Cristo se proclama que resucitó de la muerte, ¿cómo decís algunos que no hay resurrección de muertos? Veamos: si decís imposible la resurrección en cualquier caso, entonces tampoco cabe la resurrección de Cristo. ¿Sabéis lo que decís? Porque si Cristo no ha resucitado, todo es un cuento, nuestro testimonio y vuestra fe. Estáis, pues, afirmando que, al predicar la Resu-

rrcción, somos unos embusteros. Pero mirad la conclusión: si vuestra fe no tiene contenido, seguís bajo el pecado y la muerte. En ese caso, la esperanza de nuestros difuntos sólo es una ilusión, y, por supuesto, somos los más desgraciados de los hombres. ¿Merece la pena una esperanza meramente intramundana? Algunos creen que sí. Pero, hermanos, seamos lógicos. Quizá merezca la pena mejorar la condición humana; pero ¿qué sentido tiene, entonces, creer en Cristo resucitado? Creamos en una ética de la finitud, sin más, y suprimamos, como ilusa, la esperanza de un destino eterno.

Pero no: de hecho, Cristo ha resucitado de la muerte. Él es el primer fruto de la nueva creación, las primicias de la futura resurrección de los muertos.

Con Jesús, el primero, se ha realizado el comienzo escatológico de la humanidad. Para comprenderlo es necesario pensar en Cristo como antítesis del viejo Adán. No os entretengáis curiosamente, preguntando cómo fue el origen de nuestra especie. Se trata de una figura representativa: Adán simboliza nuestra condición de muerte y pecado; Jesús inicia la vida nueva, vencedor del pecado y la muerte. Así como un hombre trajo la muerte, también un hombre trajo la Resurrección. Así como por Adán todos mueren, también por Cristo todos recibirán la vida.

Es verdad que la Resurrección, como consumación de la historia de la Salvación, no se cumple en un instante. Hay momentos significativos. Como he dicho, el primer fruto ha sido Jesucristo. Después del entretiem po, en la parusía, resucitarán gloriosos los que le pertenecen. E inmediatamente, Jesucristo devolverá su reinado a Dios Padre.

Así lo proclamamos en nuestras celebraciones: Él

es Señor, y es necesario que reine *hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies* (Sal 110,1). Toda fuerza de muerte ha de ser destruida, y la muerte misma. Jesús es el hombre futuro, y *todo le está sometido* (Sal 8,7).

El último acto del reinado de Jesucristo será un acto de vasallaje del Hijo a Dios Padre. Habrá cumplido su misión al someter el universo entero a su soberanía de Resucitado. Entonces Dios, por fin, lo será todo para todos.

Contemplad, hermanos, esta maravilla del Plan de Dios sobre todo el universo. A su luz, nuestra esperanza vacilante queda consolidada. Por ejemplo, la práctica introducida en nuestras comunidades de celebrar las exequias por nuestros difuntos presupone la vida eterna. Si no hay futuro después de la muerte, ¿por qué intercedemos en su favor?

Y bajemos a nuestro ahora: ¿Por qué nos exponemos tan a menudo a la muerte? No hay día que no lo viva en vilo. Lo afirmo con el mismo orgullo que siento por vosotros, hermanos míos, a quienes engendré por la fe en Cristo Jesús, nuestro Señor. Si los muertos no resucitan, ¿para qué dedicarme al Evangelio? Razón tiene el profeta: *comamos y bebamos, que mañana moriremos*. ¿Creéis que estoy loco? ¿Habría tenido que sufrir persecuciones y hasta la pena de muerte sólo por móviles humanos?

A veces sospecho que, detrás de vuestras objeciones, la cuestión real es mucho más simple: o bien que os dejáis influenciar por el ambiente escéptico que os rodea, o bien que es más cómodo reducir la vida a realidad intramundana. Ese materialismo práctico vuestro me preocupa. Resulta más fácil ignorar a Dios y vivir de lo inmediato.

Algunos preguntan, no sé si a modo de objeción

o llevados por la curiosidad: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo volverán a la vida?

La respuesta depende de la capacidad que tengas para captar el misterio de la vida. ¿No has observado que la vida sólo surge cuando previamente hay muerte? ¿No has observado la desproporción entre grano de semilla y fruto? La ciencia explica el proceso natural de la vida; pero la vida no se reduce a sus elementos bioquímicos. ¿Por qué, cada primavera, la vida nueva sigue pareciéndonos un milagro?

Otro ejemplo ilustrativo: la diversa jerarquía de seres. Hay estrellas y planetas; hay peces y mamíferos; hay, sobre todo, una especie, la humana, que, corporalmente animal, tiene una conciencia trascendente de sí. ¿De dónde procede esta ruptura?

Soy consciente de que con tales ejemplos no explico nada. La Resurrección es objeto estricto de fe. Aludo a ellos a fin de que vuestra racionalidad encuentre cierto punto de apoyo; pero, realmente, el único presupuesto racional es la aceptación previa del poder creador de Dios. ¿Somos capaces de aceptar a un Dios que crea de la nada y que, sembrando debilidad, muerte y corrupción, pueda cosechar gloria e inmortalidad por la fuerza de su Espíritu?

La verdadera inteligencia de la Resurrección sólo se nos da desde la contemplación unitaria del Plan de Dios a que me he referido más arriba: Una vez conocida por la fe la nueva creación en el cuerpo resucitado de Cristo, vuelve tu mirada a la condición original del hombre. Medita en esta bipolaridad que estructura la antropología cristiana. Del primer hombre, es decir, del hombre sin Cristo, se dice ser alguien que, saliendo del polvo, ha recibido

de Dios la vida terrena, la mortal, la propia de nuestra finitud (Gén 2,7). Pero Cristo resucitado es cuerpo inmortal, ha sido vivificado por el Espíritu, participa del modo de ser de Dios. Tal es la condición del cristiano: creado a imagen del hombre terreno, Adán, recreado a imagen del hombre celeste, Jesucristo.

Sacad vosotros mismos la conclusión: ¿Cómo resucitan los muertos? No lo sé, si me pedís una explicación. Sé, ciertamente, que esta carne y estos huesos corruptibles no pueden entrar en la vida incorruptible del Reino si previamente no han sido transformados. Y eso ocurrirá en un instante, en un abrir y cerrar ojos, por intervención directa del Dios vivo. Entonces, cuando esto corruptible se vista de incorrupción y esto mortal de inmortalidad, se cumplirá lo anunciado por los profetas Isaías y Oseas:

Quedó aniquilada la muerte para siempre.

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?

¿Dónde tu aguijón?

Algunos se inquietan preguntando cuándo sucederá y si la humanidad entera ha de morir antes de la Resurrección universal. ¿Qué más da, hermanos? Lo importante es que todos seremos transformados, que se habrá cumplido el destino eterno del hombre.

Mientras tanto, hermanos, no olvidemos que el aguijón de la muerte es el pecado. Nuestra esperanza se alimenta de la promesa de la futura inmortalidad; pero se realiza en la vida diaria, en una conducta digna de dicha vocación. Estad firmes en medio de un mundo sin esperanza. Ahora, la obra del Señor exige constancia y sufrimiento. Un día recogeréis los frutos con sobreabundancia. Luchad, pues, con todo empeño en contra del pecado; pero

no olvidéis que la victoria no viene de vuestro esfuerzo moral, del cumplimiento de la Ley; por el contrario, si el aguijón de la muerte es el pecado, la fuerza del pecado viene de la Ley. ¡Vuestra fuerza y victoria es Jesucristo, nuestro Señor!

* * *

Completo la carta con algunos detalles.

Respecto a la colecta para los hermanos de Jerusalén, los mismos criterios que di a las comunidades de Galacia. Así que los domingos poned aparte cada uno por vuestra cuenta lo que consigáis ahorrar. Cuando llegue, no hará falta andar haciendo colectas. Bastará dar a los hermanos, escogidos por vosotros para este servicio, las cartas de presentación y vuestro presente. Si merece la pena que vaya yo también, iremos juntos.

He pensado acercarme a ésa pasando por Macedonia. Pero esta vez, Dios mediante, me gustaría estar tiempo con vosotros, al menos el invierno. Hasta Pentecostés me quedaré en Éfeso. Aquí la Providencia me ofrece mucho campo de actividad, y, desde luego, cuento con las dificultades.

Quando llegue Timoteo, por favor, que no se sienta cohibido. Trabaja en la obra del Señor lo mismo que yo. Que nadie lo desprecie, aunque no posea la elocuencia y saber que a vosotros os gusta. Y ayudadle económicamente a que vuelva aquí, que le estoy esperando con los otros hermanos.

A Apolo le insistí mucho en que fuese a veros; pero no tenía ninguna gana de ir ahora. No quiere favorecer a los que se dicen de su partido. Ya irá cuando llegue la ocasión.

Aprovecho la ocasión para remachar las primeras recomendaciones: profundizad en la fe, no seáis

como niños a merced del momento; haya en todo amor y unidad.

Y ahora, un favor: que estéis a disposición de los que están liberados para la misión y dedicados a la comunidad. Os recomiendo a la familia de Esteban en particular. En compensación de vuestra ausencia, ¡me alegró tanto la visita de Esteban, Fortunato y Acaico! Estad reconocidos a hombres como ellos.

Os mandan recuerdos las comunidades de Asia Menor.

Un caluroso saludo de parte de Aquila, Prisca y la comunidad que se reúne en su casa.

Saludaos con el beso ritual.

La despedida, de mi mano: Pablo.

¡Maldito el que no quiera al Señor! ¡Ven, Señor Jesús!

La gracia del Señor Jesús esté con vosotros.

Os amo a todos en Cristo Jesús.

III

Segunda carta a los Corintios

Hoy llamamos segunda carta a una colección de escritos que Pablo intercambió con su comunidad de Corinto.

Ni la primera carta ni la visita de Timoteo (cf 1 Cor 4,17; 16,10) solucionaron los conflictos. Es probable que entonces Pablo hiciera una visita rápida a Corinto. Hubo enfrentamientos. Interrumpe la visita y se marcha a Éfeso. En ese momento podríamos situar 2 Cor 10-13, alegato en favor de sus derechos de «apóstol». ¿Es la carta que lleva Tito?

Preocupado por la situación, anuncia una nueva visita. En Macedonia se reúne con Tito, que le da excelentes noticias de los cambios operados. Es el momento en que escribe 2 Cor 1-8. Este bloque refleja la complejidad de las relaciones entre Pablo y su comunidad: conflicto de autoridad, rivalidades, tensiones ideológicas, ambigüedad moral... Pablo entero (temperamento, experiencia de Jesucristo, creatividad teológica, fuerza expresiva...) se nos ofrece aquí. Ningún escrito más autobiográfico que éste.

Corinto ha tomado la iniciativa, entre todas las iglesias, de organizar la colecta en favor de los pobres de Jerusalén. Signo de comunión eclesial. 2 Cor

9 refleja la tendencia de los corintios a escudarse en sus buenas intenciones, sin comprometerse en un compartir efectivo. Este billete, escrito en otra ocasión, remacha lo dicho en 2 Cor 8.

Siguiendo el criterio cronológico de esta relectura, creo será interesante atenerse a este orden de unidades literarias. La relectura exige un esfuerzo notable, pues, aunque la temática de fondo nos atañe hoy, está demasiado ligada a la persona de Pablo. Quizá sea la mayor aportación de este escrito: el trato veraz del ministro del Evangelio.

A. Alegato apostólico

(2 Cor 10-13)

Hermanos,

yo, Pablo en persona, voy a reivindicar mis derechos. Se me achaca ser atrevido de lejos, pero no de cerca. Por la bondad entrañable de Cristo, pedid que, si un día me presento entre vosotros, no tenga que usar de energía con esos precisamente que me reprochan de obrar por móviles humanos.

Ciertamente, hombre soy; pero no tengo miras humanas. Tampoco mis armas son de esta naturaleza. ¿No habéis experimentado que mi autoridad viene de Dios? Derribo con el Evangelio las fortalezas de la suficiencia humana, especialmente religiosa. Destruyo toda racionalidad y sabiduría que se apropia el conocimiento de Dios. Se me ha dado la sabiduría de la Cruz, y con ella someto a Cristo todo razonamiento cerrado en sus propias posibilidades. No pararé hasta lograr vuestra plena obediencia de fe a la autoridad de la Palabra que me ha sido confiada.

¿Por qué no miráis más allá de las apariencias? Si alguno se dice «de Cristo», tan carismático que no necesita del ministerio apostólico, que sepa que soy tan de Cristo como él. El Señor me dio autoridad para fundar y construir vuestra comunidad, no para destruirla, desde luego; y no estoy dispuesto a dar la impresión de que tengo energía, como se dice, sólo de boca. Si «tengo poca presencia y un hablar detestable», voy a permitirme afirmar mi autoridad, y veréis que no ha de ser sólo por carta.

¿Me compararé con esos que se hacen el cartel y terminan, a base de creerse el centro del mundo, por perder la cabeza? Por lo que a mí toca, prefiero atenerme a mi medida, la que Dios me asignó. En ella entráis vosotros, los de Corinto. Fui yo el primero en llegar a vosotros con la Buena Noticia de Jesucristo. No me he metido en campo ajeno, como ellos. ¿Qué pretenden, presumiendo de lo que no es suyo? Yo, al menos, podría presumir, pues recibí el encargo de extender el Evangelio hasta los confines del mundo.

Escuchad, hermanos: El que se hace cartel a sí mismo, no por eso queda aprobado, sino aquel a quien se lo hace el Señor. Lo dice Jeremías: *El que presume, que presume del Señor.*

¿Estoy desvariando, verdad? ¡Vamos, aguantadme un poco! Es que tengo celos de vosotros, los celos de Dios. No soporto que se os predique un Jesús diferente del que yo os prediqué. Os desposé con un solo marido, presentándoos a Cristo como una virgen intacta, ¡y aceptáis tan tranquilos un Evangelio diferente al mío! Tiemblo por vosotros. Igual que la serpiente sedujo a Eva con astucia, así os quieren engañar. ¡Estáis a punto, hermanos, de ser infieles a Cristo!

¿Cuáles son sus credenciales? Se llaman «após-

toles» porque viven al estilo de los misioneros itinerantes; se apropian un mandato que no han recibido de la iglesia de Jerusalén; de hecho, son astutos como serpientes, cuya intención es esclavizaros bajo la Ley. Vienen del judaísmo y, por eso, se creen con autoridad sobre las comunidades cristianas convertidas del paganismo, como es la vuestra. ¡No me dejaré arrebatar mis derechos de verdadero apóstol! Comprometo en ello la misión recibida de Cristo y del Concilio de Jerusalén, y vuestra misma fe.

Bajo ningún concepto me tengo yo en menos que esos «superapóstoles». Para vosotros es muy importante la elocuencia. De acuerdo; acepto que ahí me ganan. Pero ¿qué cuenta más, la elocuencia o el saber? Os he demostrado siempre y en todo la calidad de mi saber.

Me duele que os haya parecido mal el que os haya anunciado gratuitamente el Evangelio. ¿Hice mal en abajarme para elevaros a vosotros? Ellos viven de la caridad de la comunidad, y esto os halaga. Pero yo tuve que saquear a otras comunidades, aceptando una ayuda económica. Mientras estuve con vosotros, aunque pasara necesidad, no me aproveché de nadie; los hermanos que llegaron de Macedonia proveyeron a mis necesidades. Mi norma fue y ha sido no ser gravoso a nadie. Tan verdad como que soy cristiano es que nadie en toda Grecia me quitará el honor de no ser gravoso a nadie.

¿Por qué lo hago? ¿Porque no os quiero? ¡Bien sabe Dios cuánto! Mi honor es estar a vuestro servicio, y por eso seguiré trabajando con mis manos y predicando de balde. Pero éstos buscan un pretexto para enorgullecerse como yo, y apelan a la costumbre primitiva, practicada por Jesús y los Doce, de vivir de la predicación. ¡Apóstoles falsos, obreros tramposos, disfrazados de apóstoles de Cristo! Cum-

plen el consejo de Jesús para engañaros con otro Evangelio. ¡Agentes del mal, disfrazados de mensajeros de la luz! Su final corresponderá a sus obras.

No han recibido mandato de la Iglesia y, lógicamente, presumen de su vida ascética, de sus tareas apostólicas y de carismas extraordinarios de revelación. Tendré que presumir yo también de estas cosas. Me parece una tontería, y no muy cristiano; pero, bueno, si hay que carearse a esos niveles, ¡que por mí no quede! Si otros os esclavizan y os explotan y os engañan, se lo aguantáis. ¡Y a mí no me aguantáis que me haya despojado de autoridad por vosotros, y que me haya puesto a vuestro servicio, y que os haya predicado de balde! Pues bien, por una vez, haré el disparate de enfrentarme con ellos a su mismo nivel, el de títulos de gloria humana.

¿Que son de origen judío? También yo. ¿Que son del Israel de Dios? También yo. ¿Que son descendientes de Abrahán? También yo. ¿Que sirven a Cristo? Voy a decir un desatino: yo, más.

Les gano en fatigas, cárceles y palizas, y en peligros de muerte, con mucho. Azotado cinco veces por los judíos; tres veces apaleado, y una apedreado. He sufrido tres naufragios, día y noche sobre el mar.

¡Cuántos viajes a pie!

Con peligros de ríos y de bandidos, peligros por parte de judíos y por parte de paganos, peligros en la ciudad y en despoblado...

¡Peligros de falsos hermanos!

Muerto de cansancio, sin dormir, con hambre y sed, aterido de frío...

¿Qué más? La carga de cada día y la preocupación por todas las comunidades. ¿Quién vacila en su fe sin que yo enferme? ¿Quién cae, sin que yo me muera?

Presumiré también de un suceso que, a la vez que muestra mi lado débil, os da una idea de mi currículum de apóstol perseguido. Bien sabe Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo (¡bendito sea por siempre!), que no miento. En Damasco, el gobernador del rey Aretas había montado una guardia para prenderme; metido en un costal me descolgaron por una ventana de la muralla, y así escapé de sus manos.

¿Hay que presumir todavía? Aunque no sirve de nada, paso a las visiones y revelaciones del Señor.

Pues bien, hace catorce años tuve un éxtasis; me sentí arrebatado fuera de mí, como a un lugar lleno de luz. Tenía la sensación de flotar sin cuerpo. Oí palabras arcanas, que nunca más he podido reproducir. Están grabadas en lo profundo de mi ser; pero pertenece al Señor llevarlas a cabo en su día.

Ya veis que podría considerarme tan dotado de experiencias místicas como esos supercarismáticos que confunden el verdadero conocimiento de Dios con fenómenos extraordinarios. Me da cierto pudor hablar de estas cosas. Me parece mucha mayor gracia poder gloriarme en mis debilidades. No puedo negar mis experiencias de revelación; pero mi fuerza y mi gozo más íntimos brotan de la conciencia que el Señor me da cada día de ser un instrumento indigno en sus manos.

Hace tiempo, pedía yo insistentemente al Señor me liberase de ciertas miserias humanas que me atormentaban. Herían mi orgullo, tanto más que me parecían entorpecer mi misión, la perfección que se

exige a un apóstol de Jesucristo. Hasta que un día entendí que mi ministerio se cumple cabalmente en mi debilidad.

«Mi gracia te basta;
la fuerza se realiza en la debilidad,
la salvación, en el pecado».

Desde entonces, me parece ridículo gloriarme en los éxitos apostólicos, en la eficacia de mi palabra e incluso en mis experiencias espirituales. ¡Me da tanta alegría ver actuar la fuerza de Cristo a través de mi miseria!

He perdido, pues, el metro con que medía mi misión. ¡Cuando soy débil, entonces soy fuerte! ¿Qué cuenta más: el ser aceptado o el ser rechazado, el éxito o el fracaso, el honor o la persecución, la gratificación o el sufrimiento?

Me obligasteis a decir desatinos, comparándome con mis detractores, y he terminado en la locura de mi vocación de apóstol. Predico a un Mesías crucificado, hermanos; no os extrañen mis extremos.

Lo que más me duele e irrita es tener que defenderme ante vosotros, como si no hubieseis comprobado la autenticidad de mi ministerio, y frente a esos entrometidos, como si fuesen unos superapóstoles. ¿Qué tenéis que envidiar a otras comunidades, excepto que yo no fui una carga para vosotros? Lo siento, hermanos; pero tampoco ahora, que estoy preparado para ir a Corinto por tercera vez, seré una carga. No me interesa lo vuestro, sino vosotros. ¿Ganan los hijos para los padres o los padres para los hijos? Por mi parte, con gusto me consumiré por vosotros. Amándoos más, ¿será razón para que me queráis menos?

Considero una calumnia lo que se dice por ahí: que aunque yo no fui una carga, os mandé a al-

gunos para explotaros. Decidme: ¿De quién me he servido para explotaros? ¿Os ha explotado Tito? ¿No ha seguido mi misma conducta?

Hace rato me estoy justificando, ¿verdad? No ante vosotros, hermanos, sino ante Dios. Os hablo con el amor de Cristo, amigos míos, por el bien común. Me temo que, cuando nos encontremos, tengamos dificultades. No es la primera vez que me he encontrado con una comunidad en discordia: rivalidades, chismes, alborotos... ¿Tendré que ponerme de luto otra vez por muchos que conservan todavía sus viejas costumbres paganas de desenfreno, vanidad y egoísmo?

¡Ojalá mi Dios me libre de ese sufrimiento! Pero si no es así, os prevengo que no seré débil. Formaremos un tribunal según el derecho judío: *Todo asunto se resolverá basándose en la declaración de dos o tres testigos* (Dt 19,15). No tendré contemplaciones. ¿No buscáis la prueba de mi autoridad, de que Cristo habla por mí? Pues bien, la tendréis.

Cristo fue crucificado por su debilidad; pero vive ahora por la fuerza de Dios. Él no es débil con vosotros; al contrario, muestra su poder entre vosotros. Soy apóstol de Jesús porque comparto con Él su debilidad; pero en orden a la comunidad, soy fuerte, pues participo de su señorío en favor vuestro y, en caso necesario, frente a vosotros. Por esta razón os escribo así, para no verme obligado, cuando llegue a vosotros, a ser inflexible.

Todo lo que pido es que os recobréis. No tendré que usar de mi autoridad si pasáis bien la prueba del examen. Ahora no estoy con vosotros. Quien os examina es Cristo. ¿Por qué no os revisáis ante Él? ¿Creéis que mi intención es cogeros en falta para poder afirmar mi autoridad? La autoridad que me ha dado el Señor viene de la verdad y es para cons-

truir, no para derribar. ¡Ojalá no tenga que usar de ella, porque os ha juzgado la verdad del Evangelio! Podré seguir siendo débil con vosotros; el apóstol que os sirve, no el apóstol que juzga. Me interesa vuestro bien antes que mi prestigio.

¡A ver si pasáis el examen, que yo sí lo he pasado!

Y nada más, hermanos: estad alegres, progresad en vuestra vocación, sed animosos, buscad el mutuo acuerdo en todo. Vivid en paz, y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros.

Saludaos unos a otros con el beso ritual. Os saludan todos los hermanos de aquí.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

B. Ministerio y comunidad

(2 Cor 1-8)

INTRODUCCIÓN (1,1-11)

Querida comunidad de Corinto:

Yo, Pablo, os escribo a título de apóstol de Cristo Jesús. Fue elegido por Dios para el ministerio del Evangelio, y nadie mejor que vosotros lo ha podido experimentar. Nacisteis como Iglesia en virtud de mi palabra y la de Timoteo. Recibid, hermanos, junto con los demás creyentes de Grecia, nuestro saludo en el Señor, con los mejores deseos de gracia y paz. ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo! ¡Alabado sea por su misericordia el Dios de tanto consuelo!

Él nos alienta en todas nuestras dificultades para que podamos nosotros alentar a los demás. ¡Gracias sean dadas a Dios por el consuelo con que somos colmados!

Así como los sufrimientos de Cristo rebosan sobre nosotros, también rebosa en proporción nuestro ánimo. ¿Qué importan nuestras dificultades, si redundan en vuestro consuelo y son por vuestro bien? Y si somos animados es, también, para que vosotros podáis soportar vuestras dificultades. Es un gran motivo de esperanza poder compartir consuelos y sufrimientos.

Os digo esto, hermanos, refiriéndome a los últimos acontecimientos de Éfeso. Me vi tan abrumado, por encima de mis fuerzas, que sufrí angustia mortal. En mi interior di por descontada la sentencia de muerte. En esa situación límite no me quedaba más que confiar en el Dios que resucita a los muertos. Aprendí así a no confiar en mí mismo. ¡Él me salvó, hermanos! En Él está nuestra esperanza. Sé que nos salvará en adelante, incluso de peligros mayores. Desesperado y consolado, no os extrañe os pida que os unáis a mi acción de gracias al Padre misericordioso y salvador. Pero seguid igualmente pidiendo por mí y por el fruto de mis tareas apostólicas. Si os debo a muchos la gracia de Dios, muchos le daréis gracias por causa mía. Es mi mayor consuelo como ministro de la Iglesia.

RELACIONES CON LA COMUNIDAD (1,12 - 2,16)

Os hablo de corazón a corazón, hermanos. Siempre he cifrado mi orgullo en ser fiel a mi conciencia. No es verdad que tenga varias caras, y menos con vosotros. Mi conciencia me asegura que trato igual con todo el mundo; no con diplomacia humana,

sino con sinceridad y limpieza, por gracia de Dios. O sea, que en mis cartas no hay más de lo que leéis y entendéis. Por lo que veo, no me habéis comprendido del todo. Ya llegará el momento de entendernos a satisfacción. Entonces ya no seré un escándalo para vosotros, y vosotros seréis mi orgullo. Así lo espero ante el juicio último de nuestro Señor Jesús.

Sobre esta base, me había propuesto empezar por visitaros, cambiando el plan previsto en mi carta anterior. Quería daros una alegría doble: mudando el itinerario Macedonia, Corinto, Judea, por el de Corinto, Macedonia, Corinto, Judea. Pero a última hora he preferido esperar noticias vuestras aquí, en Macedonia. ¿Por qué este cambio?

Algunos me reprochan que ése es mi modo de actuar, a la ligera, entre el sí y el no, buscando siempre quedar bien. Sabe Dios que, cuando me dirijo a vosotros, no hay un sí o un no ambiguos. Os hemos predicado (quiero decir Silvano y Timoteo conmigo) a Jesucristo, Hijo de Dios, que no fue un ambiguo sí y no. ¡Él es el Amén de Dios a nosotros! ¡Todas las promesas de Dios han encontrado en su persona el sí definitivo! ¡Por Él respondemos Amén al glorificar a Dios en nuestras asambleas! ¿Debo apelar a la firmeza de la fe, la que nos fue dada por la unción del Espíritu Santo, tanto a mí como a vosotros? Dios mismo nos mantiene, el que nos marcó con su sello. Es su Espíritu el que garantiza en nosotros el sí, a modo de arras de fidelidad al Mesías Jesús. ¿Creéis que puedo andar jugando con mi condición cristiana, dejándome llevar, según las circunstancias, por intereses humanos?

Pongo a Dios por testigo, que me muera si miento: Si aún no he vuelto a Corinto ha sido por consideración a vosotros.

Vuestra fe, gracias a Dios, es firme, y no me necesitáis. Pero os debo, además, paz y alegría. ¿Cómo iba a presentarme ahí para causaros pena? Esto, precisamente, pretendía con mi carta, que, cuando fuera, no me causarán pena los que deberían darme alegría. ¡Estaba tan seguro de que mi alegría es la vuestra! De tanta congoja y agobio como sentía, os escribí con lágrimas, esperando vuestro consuelo; pero no era mi intención entristeceros, sino haceros caer en la cuenta del amor desbordante que os tengo. Porque, si yo os causo pena, ¿quién me va a alegrar a mí?

¡A no ser ese que está pesaroso por mi causa! Me ha ofendido, ciertamente, contestando mis derechos de apóstol. Pero, más que a mí, os ha ofendido a todos vosotros. Ya fue corregido en comunidad. Es la hora del perdón y del consuelo, hermanos. No añadáis pesar a su pesar. Demostradle vuestro amor.

¿Comprendéis, pues, el fin de mi carta? Tenía que poner a prueba vuestra capacidad de obediencia. Ahora que el culpable ha sido corregido y que aceptáis mi autoridad de apóstol, no hay por qué insistir en causar pena a nadie. Por el contrario, si le perdonáis, yo también le perdono. De hecho, si algo tengo que perdonar es por vosotros. Bajo la mirada de Cristo fue juzgado y también perdonado. Evitemos que este asunto, aunque sea bajo razón de bien, enturbie nuestras intenciones. El mal se vale de todo.

Os explico, pues, mi itinerario. Llegué a Tróade para anunciar el Evangelio y, aunque se presentaba buena ocasión de trabajar por el Señor, al no encontrar a Tito, mi hermano, no me quedé tranquilo. Me despedí de ellos y salí para Macedonia.

Tito me ha colmado de consuelo, amigos míos, hablándome de vosotros. Perdonadme si en este momento me dejo llevar de la emoción que me embarga. ¿Cómo dar gracias a Dios, que se ha dignado asociarnos a su victoria operada por medio de Cristo? ¿Quiénes somos nosotros, que, por medio nuestro, Dios difunde en todas partes la fragancia de su conocimiento?

Ahora que parece solucionado mi pleito de apóstol, necesito hablaros del ministerio que me encomendó el Señor. He sufrido tanto por ello, que nadie mejor que vosotros puede permitirme este desahogo. No pretendo una nueva requisitoria. Dejadme explayarme.

Somos el incienso que Cristo ofrece a Dios. A través de nosotros se decide la vida y la muerte. Para unos, olor de muerte que conduce a la muerte. Para los otros, olor de vida que engendra vida. ¿Quién puede estar a la altura de semejante misión?

MINISTERIO DE LA NUEVA ALIANZA (2,17 - 3,18)

Los conflictos que hemos tenido en Corinto en torno a mi ministerio han servido al menos para distinguir a quienes hablamos de parte de Dios, con rectitud, movidos por Cristo, de quienes comercian con el Evangelio. Por desgracia, para muchos el ministerio es un «modus vivendi».

No os preocupéis, que no voy a escribir otro alegato. Anteriormente, ya dejé claro que mis derechos están escritos en vuestros corazones. Otros usan cartas de recomendación para ir predicando de un sitio a otro. ¡Vosotros sois mi carta, abierta y leída por todo el mundo! Se os nota que sois carta

de Cristo y que yo fui el amanuense. ¿Importa, acaso, más una carta escrita con tinta que la escrita con Espíritu? El Dios vivo la escribió como signo de la Nueva Alianza, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en el corazón. Tal como estaba anunciado por los profetas. Ahí estáis vosotros, cristianos, prueba cabal de mi ministerio.

En efecto, los que han hecho del ministerio un modo de ganarse la vida, insisten en derechos escritos, en normas a cumplir. No les importa la vida nueva del Espíritu, que por medio de Cristo ha sido dada a los hombres. Para ellos, lo que cuenta es la Ley, el viejo orden de observancias con que justificarse ante Dios. Son los judaizantes, que quieren seguir esclavizando las conciencias. O los ascetas, predicadores rígidos de la perfección. O los representantes de la institución jerárquica, demasiado preocupados por salvaguardar el carácter objetivo del ministerio, el propio «status» dentro de la comunidad cristiana. También yo recibí la misión apostólica de los responsables de la Iglesia por la imposición de las manos. Pero ¡ya es hora de dar a nuestro ministerio su carácter propio, el de servir al Espíritu, y no a la Ley!

El ministerio de la Ley produce muerte, mientras que el del Espíritu da vida. Y el primero que lo percibe es el ministro mismo. Así me siento yo, con plena confianza y libertad delante de Dios, ante mi conciencia y ante los demás. Se lo debo ciertamente a Cristo Jesús. Por eso sé que los frutos de mi apostolado no son míos. Nadie tiene aptitudes para ser apóstol de Cristo. Todo viene de Dios.

¡Si fuésemos capaces de captar la novedad que es el ministerio del Nuevo Testamento! En él actúa de modo soberano el don escatológico del Espíritu. Por desgracia, está demasiado mediatizado por la expe-

riencia del Antiguo Testamento. A ver si os lo explico.

La Antigua Alianza está marcada por la Ley; su representante nato es Moisés. En la concepción judía, la benevolencia o el rechazo de Dios dependen del cumplimiento o del incumplimiento de su voluntad, encarnada en la Ley y su intérprete, Moisés. En mi predicación y catequesis, el núcleo del Evangelio consiste en el anuncio gozoso de la Nueva Alianza: En Cristo, muerto por nuestros pecados y resucitado para darnos el Espíritu, Dios ha implantado el señorío salvador de su gracia. La Ley, como mediación entre Dios y el hombre, ha muerto, suplantada por la fe en el amor redentor, verdadera vida del creyente. De hecho, no sólo se ha cumplido lo anunciado por los profetas de un orden nuevo, sino que se ha revelado el poder real del orden antiguo. La Ley sólo servía para dar muerte, y su ministerio, para sentirse condenado. Recordad, hermanos, los que vivisteis antes, como yo, bajo la Ley: ¿era vida aquella esclavitud de conciencia?

Y sin embargo, el Éxodo nos habla de este ministerio de muerte, el de Moisés, como de algo glorioso, imbuido de la presencia luminosa de Dios. Pues bien, si los israelitas no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, ¡cuánto mayor no será la gloria del ministerio del Espíritu! Aquello era caduco, etapa preparatoria. A nosotros nos ha tocado ver la gloria de lo permanente, la presencia definitiva del Dios vivo. Moisés debía echarse un velo sobre la cara para no ofuscar a los suyos. Nosotros procedemos con franqueza, mostrando el rostro esplendente de Dios en Cristo Jesús. ¿Cómo ocultar lo que Dios mismo, misericordiosamente, ha querido mostrarnos por medio de su Espíritu!?

Lo triste es que la imagen de ese rostro velado si-

que embotando la inteligencia de los judíos. Ellos interpretan como esplendor insobrepasable lo que, en realidad, tenía un carácter inverso: ser signo de lo efímero de la Antigua Alianza. Llegará, hermanos, el día en que se conviertan al designio salvador de Dios, y se les caerá el velo. No tendrán que leer a Moisés tapados con el velo, esa Ley que oculta la gloria del amor incomparable de Dios.

Nosotros llevamos todos la cara descubierta; contemplamos y reflejamos la gloria del Señor. Pues el Señor irradia la gloria de Dios Padre. Él mismo es el Espíritu que nos va transformando en su imagen con resplandor creciente.

De ahí nace nuestra libertad, del influjo que el Espíritu opera en nosotros. Libertad respecto a la Ley, gozo del conocimiento del amor de Dios, confianza en nuestra relación con Dios, franqueza en nuestra predicación... Moisés sólo podía ser mediador de la letra. A nosotros se nos ha dado ser reflejos de la gloria de Cristo resucitado en todo nuestro ser, palabra y vida, acción y persona. Así puede definirse nuestro ministerio, como acción transformante de su Espíritu.

MINISTERIO Y EXISTENCIA PASCUAL (4,1 - 5,10)

Encargados, pues, de este servicio de la Palabra por misericordia de Dios, no nos acobardamos. No usamos de intrigas buscando poder. No falseamos el Mensaje buscando éxito. Por el contrario, mostramos la verdad de lo que hemos visto y oído. Es así como acreditamos la autenticidad de nuestro ministerio a la luz de toda conciencia recta y ante los ojos de Dios.

El Evangelio está velado a los que no son de la

verdad, a los que bloquean la fe, cegados por intereses mundanos o la suficiencia de sí mismos. ¿Cómo es posible que no puedan percibir la luz de Cristo resucitado en el Evangelio que predicamos? No nos predicamos a nosotros mismos, nuestra sabiduría o nuestra experiencia. Anunciamos que Jesús, el crucificado, es el Mesías y Señor. Dios dijo al principio de la creación: *Brille la luz del seno de las tinieblas* (Gén 1,3). A nosotros nos toca vivir en los tiempos de la nueva creación, del hombre inmortal. Con Cristo resucitado, Dios ha encendido en nuestros corazones la luz de su Espíritu. Por eso, cuando actuamos como ministros de Cristo, en nuestra palabra resplandece su rostro glorioso. Él es la imagen viviente de Dios entregada como verdad al mundo; y nosotros, su reflejo. Él es el hombre nuevo, por quien Dios Padre convoca una nueva humanidad. Nosotros somos sus heraldos.

Sin embargo, no por ello nos sentimos superiores. La existencia del apóstol es profundamente paradójica. El tesoro lo llevamos en vasijas de barro. La fuerza extraordinaria de nuestro ministerio viene de Dios, no de nuestras cualidades. No hay proporción entre la vida que se suscita por medio nuestro y nuestra pobre existencia. Mirad bien que no hay razón humana para escoger esta vocación.

¿Por qué todo en nosotros resulta tan extraño? En cada momento estamos a punto de muerte, como un vulgar delincuente a merced de un gladiador bien entrenado. Pero ¿qué fuerza misteriosa mana de nosotros, de nuestra misma fragilidad y miseria? Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan. Estamos en situación sin salida muy frecuentemente, pero no desesperados. Acosados, pero no abandonados. Nos derriban, pero no terminan de rematarnos.

Es nuestro timbre de gloria, hermanos: Consagrados por el misterio de Cristo, muerto y resucitado. Llevamos en nuestro cuerpo la pasión de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se transparente en nuestras personas. No podríamos soportar esta vida, que es un continuo morir, si nouviésemos en nosotros la vida de Cristo. Nos entregan a la muerte por causa de Jesús, y mostramos en nuestra carne mortal la vida eterna de Jesús.

Y ¿sabéis por qué? Para que la muerte que actúa en nosotros os proporcione la vida a vosotros.

Con todo, por el mismo espíritu de fe por el que nos dedicamos al Evangelio, sabemos que aquel que resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros con Jesús, y nos colocará con vosotros a su lado.

No es fácil comprender la fecundidad del ministerio. Espero que mi existencia no os resulte piedra de escándalo. ¡Ojalá todo contribuya a la mayor glorificación de la gracia de Dios, y que esto se haga realidad mediante el crecimiento de nuestras comunidades cristianas!

Mientras tanto, lo nuestro es seguir luchando con libertad y confianza en Dios por la causa del Evangelio. ¿Qué más da que vayamos decayendo físicamente? Lo interior se renueva de día en día. Vale la pena soportar penalidades. ¡Son momentáneas y tan ligeras en comparación con la riqueza y la gloria que nos deparan para toda la eternidad! No ponemos nuestros ojos en lo que se ve, sino en lo que esperamos. Lo que se ve es transitorio; lo que esperamos, eterno.

La vida humana es época de transición. Vivimos en tiendas, suspirando por una morada permanente. La tienda de campaña es endeble y se derrumba; pero poseemos, en esperanza, un albergue eterno

en el cielo. Nuestra vida mortal es como un vestido. ¡Malo sería quedarnos desnudos antes de haber sido transformados y revestidos con la vida inmortal! ¡Me refiero a la desnudez de una vida avergonzada ante el juicio de Dios. Esperemos que Aquel que nos preparó para esta misión y que nos dio su Espíritu para cumplirla, nos revista de su gloria.

No os extrañe, pues, que siempre estemos animosos. Físicamente, estamos desterrados. Espiritualmente, nos guía la fe. ¡Ojalá pudiésemos vivir ya con el Señor! Bueno, lo importante ni siquiera es alcanzar su presencia, sino agradecerle con todas nuestras fuerzas. Hemos de comparecer tal como somos ante el tribunal de Cristo, y cada uno recibirá lo suyo, bueno o malo, según se haya portado durante esta vida corporal.

MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN (5,11 - 6,13)

¿A qué viene todo esto? Intento sincerarme con vosotros por respeto a mi conciencia y al Señor. Mejor dicho, Dios ya me ve como soy. Me gustaría que vosotros me vierais tal como soy, para que así tengáis conciencia de mi ministerio apostólico.

Más que reivindicar derechos, estoy dándoos argumentos para que presumáis de mí. ¡Os dejáis tan fácilmente convencer con argumentos de apariencias, incapaces de discernir la verdad profunda! Se me ha achacado que pierdo el juicio, y esto porque aludí a mis éxtasis y visiones. De acuerdo: dejemos al juicio de Dios ciertos fenómenos que no controlo. Pero, amigos míos, con vosotros siempre me he manifestado razonable y sabio. ¿En qué quedamos? Unas veces me exigís que acredite mi apostolado con pruebas de carácter carismático extraor-

dinarias, y otras me exigís cordura. Dejadme al menos predicaros el amor de Cristo. Me parece que os perdéis en lo accesorio, en un discernimiento estrecho y superficial.

Lo esencial está claro, hermanos. ¿Cuál ha sido el centro de mi ministerio? ¿Por qué me debato una y otra vez? El amor de Cristo no me deja en paz, me acorrala. ¿Podría predicaros otra cosa? ¿Podría yo vivir para otra cosa?

Uno murió por todos.

Todos hemos muerto en Él.

¿Cómo vivir para nosotros mismos?

El murió y resucitó por cada uno.

Morimos y vivimos para Él.

Mirad, lo viejo ha pasado, ¡existe algo nuevo!

Pero mis adversarios se empeñan en aferrarse a privilegios propios de una mentalidad superada. Se vanaglorian de haber conocido al Jesús terreno. ¿Qué más da? También yo vi al Señor resucitado. Pero lo importante es ser, en Cristo, una nueva criatura. Os lo he explicado más arriba: ¡Vivimos del Espíritu, no de lo humanamente verificable! Es como si su origen palestinese, su vinculación al viejo mundo de la Ley, les impidiese ver la novedad que ha traído Cristo.

El fundamento de mi ministerio es gracia. Fuimos reconciliados por Dios en Cristo. ¡Gracias le sean dadas, porque no tuvo en cuenta mi pasado y quiso demostrar en mí la nueva creación! Desde ese mismo instante, tuve conciencia de ser servidor de esta Reconciliación.

Abrid los ojos, hermanos: Dios, mediante Cristo, estaba reconciliando al mundo consigo, cancelando la deuda de los delitos humanos y, al mismo tiempo, ponía en nuestras manos el mensaje de la

Reconciliación. Al que no tenía que ver con el pecado, por nosotros lo hizo pecado, como víctima que carga con los delitos ajenos. Estábamos bajo el poder del pecado, y por Él hemos llegado a estar justificados ante Dios. ¡Amor de Dios que nos reconcilia gratuitamente mediante el sacrificio de su Hijo! Ahora, por fin, podemos ser justos, pues estamos definitivamente justificados en Cristo.

Nuestro ministerio consiste en continuar esta obra de Dios. Somos embajadores de Cristo muerto y resucitado. Dios os exhorta por nuestro medio. No echéis en saco roto, hermanos, esta Gracia:

En tiempo de gracia te escuché,
en día de salvación vine en tu ayuda (Is 49,8).

Mirad, que en Cristo se ha cumplido la promesa. Es tiempo de reconciliación. Ahora es día de salvación. Reconciliación con Dios y reconciliación en la comunidad. Tal fue el fin de mi primera carta, cuando os hablé de la unidad por encima de los partidos, e incluso cuando hube de enfrentarme con mis adversarios, defendiendo mis derechos de fundador de vuestra comunidad, y cuando he de corregir abusos. ¿Qué creéis? No hay reconciliación sin conversión. Ciertamente, conversión no a la Ley, como dicen algunos, sino a la Gracia. Pero, por lo mismo, mucho más fecunda.

DESAHOGO (6,3 - 7,1)

Después de todo lo dicho sobre el ministerio, me exigiréis alguna prueba de que lo cumplo. Bien sabéis que nunca damos a nadie motivo de escándalo. Al contrario, procuramos ser irreprochables en todo. Aunque sea por lo que aguantamos...:

conflictos, penalidades, angustias,
golpes, cárceles, motines,

fatigas,
noches sin dormir y días sin comer.

O por la rectitud de nuestro proceder:
discernimiento, paciencia y amabilidad,
amor sin fingimiento,
y verdad en lo que hablamos,
y signos del poder de Dios,
todos del Espíritu Santo.

Estamos por todas, a las duras y a las maduras:

en gloria y afrenta,
contando con la buena fama y también con la
calumnia;
impostores que dicen la verdad,
ignorados, pero en boca de todos,
moribundos que están bien vivos,
condenados, pero nunca ajusticiados,
afligidos siempre alegres,
pobretones que enriquecen,
necesitados que todo lo poseen.

¿Qué más queréis saber de nosotros y nuestro misterio?

¡Ah, siento el corazón ensanchado! Me he desahogado con vosotros, corintios, y me gustaría que me vieseis por dentro: cabéis todos y cada uno. ¿No seréis capaces de darme cabida? Pagadme con la misma moneda. Os hablo como a hijos queridos.

Pero ya sé qué os mantiene a algunos cerrados sobre vosotros mismos: los restos de vuestro antiguo paganismo. ¿Por qué no termináis de vivir vuestra vocación cristiana, la de ser templo del Dios vivo? ¿Irán a medias el creyente y el pagano? ¿Son compatibles Cristo y la idolatría? Todavía conserváis espíritu de tinieblas. ¿Necesitáis que os recuerde tantas promesas de la Escritura que se refieren a la humanidad futura, consagrada al Dios de la verdad?

Vivamos con conciencia pura, amigos, que hemos sido llamados a la santidad de cuerpo y de alma.

Por favor, aceptadme en mi calidad de apóstol. A nadie ofendimos, a nadie arruinamos, a nadie explotamos. No os censuro. Os llevo en el corazón hasta la muerte. Y todavía me queda mucha confianza en vosotros. Seguíis siendo mi orgullo. Y a pesar de todas mis penalidades, me siento rebosar de alegría.

De hecho, cuando llegué a Macedonia, no tuve un momento de sosiego. Conflictos por todas partes, contiendas por fuera y, además, por dentro, miedo y angustia. Pero Dios, que da aliento a los deprimidos, me consoló con la llegada de Tito. Al hablarme de vuestro interés por mí, ¡me animó tanto!

Mirando ahora nuestros conflictos anteriores, a largo plazo, los considero positivos. Aunque os causé pena con mi carta, no lo siento. Hasta ahora sí, preocupado como estaba de que os hubiese dolido. Pero merecía la pena causaros pesar por el fruto de vuestra enmienda, ¿no creéis?

Hay una pena natural, que comparto, cuando os hago sufrir, porque os quiero. Pero hay otra, la que produce una enmienda saludable, conforme a la verdad de Dios. Ésta da vida. ¡Cuánto me alegro de haberos causado la segunda!

Tito me habló de vuestro empeño en reconciliaros conmigo. No sabíais, según me dijo, qué excusas presentarme, cómo expresarme vuestra indignación por lo ocurrido, y vuestro respeto y cariño por mí. Llevasteis a cabo, además, la corrección necesaria para con el culpable principal. Habéis probado de todos los modos posibles que no teníais culpa en el asunto. ¡Gracias, hermanos!

Está claro, pues, que el motivo real de la carta no era la cuestión personal, a quién dar razón, si al ofensor o al ofendido. Me proponía despertar vuestro espíritu de discernimiento. Me alegro de haber confiado en vosotros.

Me alegró mucho más aún lo feliz que se sentía Tito. No puede estar más tranquilo respecto a vosotros. Así como he sido siempre sincero con vosotros, también lo fui con Tito al resaltar vuestros valores. No me habéis defraudado ante él. Cuando recuerda vuestra respuesta a mi carta y cómo lo acogisteis, como a representante mío y del Señor Jesús, se estremece de cariño. ¡Me alegra tanto poder contar con vosotros en todo!

SOBRE LA COLECTA (8,1-15)

Último asunto, importante y delicado: llevar a cabo la iniciativa de las Iglesias de una colecta en favor de los pobres de Jerusalén.

Respecto a las comunidades de Macedonia, la iniciativa ya está en marcha. Realmente, la gracia de Dios está actuando en ellas. A pesar de su momento de prueba y de no tener recursos, su alegría se desborda con un derroche de generosidad económica. Soy testigo de que han contribuido con más de lo que pueden. Me lo pidieron con tal insistencia que tuve que acceder. Pero no se contentaron con la ayuda material. Manifestaron una calidad de entrega total al Señor, en primer lugar, y también a nosotros.

Respecto a vosotros, le he pedido a Tito que cumpla esta iniciativa, que al fin y al cabo nació ahí, en Corinto.

Tenéis abundancia de todo: de fe, de elocuencia, de saber teológico, de empeño para todo y, además,

amor por mí. ¡Que sea abundante también vuestro donativo, hermanos! No es mandato, por supuesto. Pero espero os estimule la caridad de los otros. Además, y os lo digo estremecido de agradecimiento: ¿No habéis comprobado la generosidad de nuestro Señor Jesucristo?

Siendo rico,
se hizo pobre por nosotros,
para enriquecernos con su pobreza.

Es sólo un consejo, es verdad; pero si hace un año tomasteis la iniciativa, acabadla ya. No bastan buenas intenciones, amigos.

Desde luego, que cada uno dé según sus medios. A nadie se le piden imposibles, sino buena voluntad. No se trata de pasar estrecheces por aliviar a otros. Se aprovecha vuestro momento actual de abundancia en favor de los necesitados, para que un día, si ocurre, la abundancia de ellos remedie vuestra escasez. Tal es el principio que rige la comunicación de bienes en nuestras comunidades: En el respeto a la libertad buscamos una igualdad solidaria, inspirándonos en el texto del Éxodo: «Al que recogía mucho no le sobraba, y al que recogía poco no le faltaba».

CONCLUSIÓN (8,16-24)

Y termino, hermanos, remitiéndome a Tito, mi colaborador entrañable, que ha hecho posible nuestra reconciliación.

Dad gracias a Dios porque él siente el mismo aprecio por vosotros que yo. No sólo ha accedido a mi petición de encargarse de la colecta, sino que, como es tan diligente, se marcha a visitaros de nuevo.

Mando con él al hermano que se ha hecho célebre en todas las Iglesias por su Evangelio. Ha sido elegido también para acompañarme en el viaje a Jerusalén. Se trata de una obra de caridad; pero, además, de significar nuestra actitud de comunión con la Iglesia madre. Es importante evitar toda crítica respecto a la administración de la colecta. Como dice el libro de los Proverbios, hay que quedar bien no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Con ellos va también otro hermano, celoso siempre en el bien y ahora mucho más, desde que ha recobrado la confianza en vosotros.

Respecto a Tito, está claro, es mi delegado personal. Los otros hermanos han sido delegados por las comunidades. Recibidles como se recibe a Cristo, con honor. Dadles pruebas de vuestro amor, y justificad ante ellos y ante sus comunidades mi orgullo por vosotros, amigos e hijos míos.

C. Billete sobre la colecta para Jerusalén

(2 Cor 9)

Hermanos,

parece superfluo escribiros de nuevo sobre la colecta para la comunidad de pobres de Jerusalén. Conozco vuestras buenas intenciones y de ello alardeo con los macedonios, diciéndoles que Grecia lleva un año con los preparativos, y que vuestro entusiasmo ha contagiado a los demás. Pero mucho me temo que mis alardes no queden desmentidos.

Os he mandado antes a Tito y otros hermanos. Ahora voy yo, personalmente, con otros macedonios. A ver cómo van los preparativos... Espero vuestro generoso donativo, el que me habéis prometido, y para cuando yo llegue, en manos de los que han ido por delante. Que no dé impresión de sa-

cado a regañadientes. Recordad aquello de los Proverbios: «A siembra mezuquina, cosecha mezuquina; a siembra generosa, cosecha generosa». No me dejéis mal en este asunto, hermanos.

Cada uno dé lo que haya decidido en conciencia, no a disgusto ni por compromiso. Dios es agradecido, y, al que da de buena gana (Prov 22,8), poder tiene para colmarle de toda clase de favores. Tendréis siempre lo necesario, e incluso de sobra para toda clase de obras buenas. Ya lo dice la Escritura: «Reparte limosna a los pobres; su limosna es constante, sin falta». El que suministra semilla para sembrar y pan para comer hará crecer vuestra sementera y multiplicará la cosecha de vuestra limosna. Ricos de todo, para ser generosos en todo.

Lo más hermoso de esta comunicación cristiana de bienes es que, según va pasando de manos, produce acción de gracias a Dios. No se trata sólo de cubrir necesidades materiales, sino de vivir el gozo mesiánico de una humanidad solidaria que comparte. Viene a ser el signo palpable de la salvación, de un mundo nuevo.

Cuando los hermanos pobres de Jerusalén reciban vuestro servicio, alabarán a Dios. Ellos fueron los primeros que nacieron a la fe, y por ellos vosotros habéis llegado a escuchar el Evangelio de Cristo. Será un motivo extraordinario de alegría comprobar que vuestra profesión de fe se hace real en vuestra solidaridad con ellos y con todos.

Gracia es poder compartir los bienes, y gracia la comunión de todas las Iglesias. Lo que vosotros les dais como prestación económica, ellos os lo devuelven con cariño y orando por vosotros.

¡Bendito sea Dios por tanto don inexplicable que derrama entre los suyos!

IV

Carta a los Filipenses

Pablo llegó a Filipos, en su segundo viaje misionero, el año 49 ó 50. El cristianismo ponía su pie por primera vez en Europa. Leer los Hechos 16,6-40.

Cuando escribe esta carta, Pablo está en plena actividad apostólica. Es la época de sus tensiones con la comunidad de Corinto; el grupo de los judaizantes está haciéndose valer ante los paganos convertidos; las dificultades de evangelización se multiplican. De hecho, la carta está escrita desde la cárcel. No es seguro si lo pondrán en libertad o lo condenarán a muerte. Estamos en Éfeso, entre los años 55 y 57.

La carta respira cordialidad. Pablo tenía por regla anunciar gratuitamente el Evangelio. De los filipenses, sin embargo, ha aceptado varias veces ayuda económica (cf Fip 4,15; 2 Cor 11,8-9). Ahora que está en prisión, Epafrodito ha sido comisionado para traer el donativo y ponerse a su servicio. Pero ha caído enfermo y ha de volver a Filipo. Pablo aprovecha el retorno de Epafrodito para agradecer a sus amigos lo recibido y ponerles en guardia contra influencias que amenazan la fe y unidad de la comunidad.

Tono y estilo de «carta». Confidencias personales, exhortaciones comunitarias y la temática central del

pensamiento del Apóstol se mezclan. En este sentido hay que interpretar el corte abrupto que parece darse entre 3,1a y 3,1b, o entre 4,1 y 4,2. Pablo dicta, y probablemente con interrupciones.

¿Actualidad de la carta? La comunidad cristiana, realidad dada e ideal nunca alcanzado. Una de nuestras preocupaciones más acuciantes hoy. Devolver a la comunidad su dinamismo interpersonal (menos institucional); que sea más misionera y perseguida; una conducta cristiana inspirada más inmediatamente en la vivencia personal de Cristo; atención y discernimiento en el pluralismo ideológico, etc.

Actualidad, también, del tema de la alegría en un mundo cerrado sobre sí, triste, que no encuentra otra fuente de paz que la evasión o el narcisismo.

Queridos hermanos y amigos de Filipos:

¡La paz de Jesús, el Señor, y la gracia de Dios, nuestro Padre, estén con toda la asamblea y sus ministros!

Aprovechando el retorno de Epafrodito, nos dirigimos a vosotros Pablo y Timoteo, servidores de Cristo Jesús y vuestros.

Siempre sois para mí motivo de alegría y de acción de gracias. Cada vez que evoco vuestro recuerdo, alabo a mi Dios. Cada vez que oro por vosotros, me siento gozoso. ¿Por qué? Por la parte que habéis tomado en la causa del Evangelio desde el día que nos conocimos hasta ahora. La obra es de nuestro Dios, y Él la llevará a cabo. Tan seguro como que un día vendrá el Señor Jesús en su gloria a consumir la historia. Esta convicción nos alienta, y nos permite mirar con ojos nuevos la marcha real del Reino a través de las dificultades.

No os extrañe que tal sea mi aprecio por voso-

otros. Os llevo muy dentro, ya que tanto durante mi prisión como durante mi defensa lo habéis comparado todo conmigo. Me ha tocado confirmar la Buena Noticia que predico con la gracia de la persecución, y os toca vuestra parte, sin duda. Bien sabe Dios con qué cariño os echo de menos, con qué ternura os quiero en las entrañas de Cristo.

Imaginad qué pido por vosotros: lo esencial, el don inefable del amor cristiano. Cuando crezcáis en el amor, seréis iluminados y guiados por el Espíritu para discernir lo que es conforme a la voluntad de Dios. El amor purifica nuestro corazón y nos da sensibilidad para una conducta irreprochable. Pertenecede al amor la madurez de una vida colmada. ¡Que nuestra vida entera, hermanos, pueda manifestarse al final de nuestros días como acción de la gracia de Jesucristo por el amor! Tal es nuestro destino: ser amor que nace y vuelve al corazón de Dios, ¡a quien sea la gloria y la alabanza por los siglos!

Noticias personales (1,12-26)

Sabed, hermanos, que lo que me ha ocurrido es bueno. Ha contribuido al avance del Evangelio. Dios se sirve de todo. Así que, ahora, en la casa del gobernador y por toda la ciudad, ha quedado clara la causa de mi encarcelamiento: porque soy cristiano. No puede ser ocultado el Evangelio. Y hasta los hermanos más timoratos se han sentido movidos a confiar en el Señor, y lo anuncian sin miedo. ¿No es hermoso? A mis cadenas sucede el valor; y a mis prisiones, la expansión del Mensaje.

Fijaos; algunos se aprovechan de mi situación y predicán por envidia. Juegan sucio, queriendo apropiarse mi obra. ¡Como si quisieran hacer más pe-

noso mi encarcelamiento! ¿Qué más da? Con tal que se anuncie a Cristo, yo me alegro.

Otros, en cambio, lo hacen con buena intención. Me quieren, y como saben por qué me han aprehendido, continúan mi misión.

Al fin y al cabo, de eso se trata, de anunciar a Cristo. Así que me seguiré alegrando de cualquier modo. Sea por rivalidad, sea con sinceridad, o liberado o ajusticiado, todo será para bien gracias a vuestras oraciones y al Espíritu de Jesús que me asiste siempre. ¡Os he enseñado tantas veces que vida y muerte pertenecen al Señor Jesús! Estoy seguro de que en ningún caso saldré fracasado. Absuelto o condenado, vivo o muerto, se manifestará públicamente en mi persona el misterio de Cristo muerto y resucitado.

¿Qué puede ser vida para mí? Si mi vivir es Cristo, el morir me resulta ganancia. Por otra parte, si seguir viviendo supone trabajar por Cristo, ¿qué elegir? No lo sé. Las dos cosas tiran de mí: Mi deseo es morirme, encontrarme con Él... Bueno, es mi nostalgia, mi anhelo más ardiente. Pero también me tira el amor que os tengo, y comprendo que quedarme en este mundo es más necesario para vosotros. Presiento que me quedaré y estaré a vuestro lado, para que progreséis alegres en la fe. Cuando me encuentre de nuevo entre vosotros, aumentará vuestro orgullo de ser cristianos. Gracias a mí, vuestra entrega a Jesucristo será fortalecida.

Recomendación: constancia (1,27-30)

La evangelización exige vida cristiana. Comprometemos la dignidad de nuestra vocación. Sea que vaya a veros o que tenga de lejos noticias vuestras,

manteneos firmes en el mismo espíritu y luchad juntos como un solo hombre, sin miedo a los adversarios. Que perciban éstos, en vuestra fidelidad a la fe y a los valores del Evangelio, el signo de su derrota. Para vosotros, por el contrario, será el signo de vuestra salvación.

Con una condición: que la persecución sea motivada injustamente. Porque a veces, por desgracia, son los creyentes los que crean condiciones de injusticia y mentira. No lo digo por vosotros. Eso espero, que vayáis haciéndoos partícipes de la gracia de Cristo. No sólo se os ha dado creer en Él, sino también sufrir por Él. ¡Libramos el mismo combate, hermanos, vosotros y yo! Todo es obra de Dios, que prepara la victoria definitiva de su Reino.

Recomendación: concordia (2,1-18)

De poco serviría nuestro testimonio de fe ante los no creyentes si la comunidad cristiana, en sus relaciones internas, resulta un antitestimonio. Lo digo porque sé que también entre vosotros hay divisiones. ¿Cuándo quedará extirpado ese espíritu de rivalidad que destruye nuestras mejores energías?

Por vuestra elección en Cristo, por el amor que todavía alienta entre vosotros, por la comunión del único Espíritu que os hizo Iglesia, hacedme feliz y vivid en concordia. Si existe un mínimo de cariño y de sensibilidad, por favor, hermanos, buscad la unidad. Se trata de vuestra vocación indeclinable a ser un solo corazón en el amor recíproco.

Para conseguirlo, el camino directo es la humildad.

La humildad no es egoísta, ni presume ni provoca.

La humildad es considerada,
no es envidiosa,
se alegra en el bien ajeno.
La humildad mira al otro como superior,
y no mira por lo propio,
prefiere el bien de todos,
está dispuesta a negarse a sí misma.
La humildad es amor hasta el extremo
que prefiere perder a ganar,
obedecer a ser.

Tales deberían ser vuestras actitudes entre vosotros, las mismas que tuvo Jesús, las que permanecen como imperativo de la vida cristiana. Recordad el himno cristológico que cantamos en nuestras celebraciones. No lo cantamos sólo para alegrarnos con el admirable ejemplo de Jesús, sino también para inspirar nuestra conducta en Él.

Él, a pesar de su condición divina,
no se aferró a su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de sí mismo
y tomó la condición de esclavo.
Se hizo uno de tantos,
fue hombre y vivió como hombre.
Él se rebajó,
haciéndose obediente hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por eso Dios lo encumbró sobre todo
y le concedió la dignidad de SEÑOR.
Tal es el Nombre sobre todo nombre,
el Nombre que invocamos.
¡Que toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo!
¡Que toda boca proclame
que Jesús, el Mesías, es SEÑOR
para gloria de Dios Padre!

Estamos tocando, amigos míos, los fundamentos

de la existencia cristiana. Nuestro modelo de hombres no es el viejo Adán, que quiso alcanzar a ser Dios, sino este nuevo hombre, Jesús, el siervo obediente de Dios Padre. Sin este espíritu de obediencia no hay ser de cristiano. No lo confundáis con actitudes de sumisión cobarde o de dependencia que busca seguridad. Nacimos a la obediencia el día en que creímos en el Evangelio, cuando comprendimos el estilo de vida de Jesús, su disponibilidad de hijo hasta la muerte y su amor a los hombres hasta asumir nuestra condición de pecadores.

¡Malo será que lo que os he visto practicar en mi presencia no lo llevéis a cabo con más razón en mi ausencia! La Salvación está dada; pero es necesario hacerla vida propia, comprometiendo todo nuestro ser. Es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar, y el único que puede realizar su designio de amor, por encima de vuestra buena voluntad. Aquí reside la paradoja de la praxis cristiana: Cuanto mayor entrega responsable a la voluntad de Dios, mayor conciencia de la Gracia que nos sobrepasa; y cuanto mayor conciencia de nuestra pobreza y pecado, mayor confianza en la fidelidad de Dios que lo puede todo.

Aplicación concreta: que dejéis a un lado tanta protesta y discusión. Los hijos de Dios se distinguen por su espíritu de verdad, sin segundas intenciones. Si en algo chocamos con el mundo es porque, por encima de nuestras diferencias de opinión, podemos seguir unidos en el amor. No hacemos de la verdad una bandera de enfrentamiento, sino una búsqueda fraterna.

Habéis de ser luz que brille en las tinieblas con una vida sin tacha, en que el Mensaje se hace existencia. Cuando venga Cristo, seréis mi honor, y sabré que mis trabajos y fatigas no fueron inútiles.

¿Es que busco éxito? En absoluto. Lo digo porque el amor que me tenéis os motiva, y ¡esto me produce tanto gozo!

Supongamos que sea sentenciado a muerte. No os inquietéis. Seguid fieles a la fe. Mi sangre se derramará como una libación sobre vosotros, que sois mi verdadero sacrificio litúrgico al Señor. Sois vosotros la fuente de mi alegría. ¿Por qué no os alegráis conmigo?

Noticias de Timoteo y Epafrodito (2,19 - 3,1a)

Con la ayuda del Señor Jesús, espero mandaros pronto a Timoteo, para animarme yo también recibiendo noticias vuestras.

No tengo otro que comparta mi cariño e interés por vuestros asuntos. Con los demás colaboradores ocurre que tienen sus propios proyectos, y a veces me pregunto si son realmente los de Jesucristo. En cambio, conocéis la calidad de Timoteo. Se puso conmigo al servicio del Evangelio. Nos llevamos como hijo y padre. En cuanto barrunte lo que va a ser de mí, os lo envío. Aunque mi deseo es visitaros pronto personalmente.

Respecto a Epafrodito, vuestro enviado a atender a mi necesidad, me veo obligado a mandároslo de vuelta. Estaba angustiado, porque os habíais enterado de su enfermedad, y os echaba de menos. De hecho, estuvo para morir; pero Dios tuvo compasión de él, y también de mí, para que no me cayera encima ese disgusto. Me apresuro a enviároslo para que, viéndolo, os pongáis contentos y yo me sienta aliviado. Recíbidlo, pues, como al Señor, con la mayor alegría. Es mi hermano, ha sido mi colaborador y ha estado a punto de morir por la causa de Cristo. Ha expuesto su vida en lugar vuestro por

prestarme el servicio que vosotros no podíais. Estimad a hombres como él.

Por lo demás, hermanos míos, servid al Señor con la alegría de siempre, la propia de cristianos.

Fidelidad al Evangelio (3,1b - 4,1)

Antes de despedirme, he de repetir os la advertencia que voy formulando también a otras comunidades: ¡Ojo con esos perros! ¡Ojo con los predicadores que destruyen la obra de Dios! ¡Ojo con los que propugnan la circuncisión!

La verdadera circuncisión se realiza en el corazón por la fe. El verdadero culto a Dios es en Espíritu. Hemos puesto nuestra gloria en Jesucristo, no en la Ley. Confiamos en Él, no en nosotros mismos ni en el cumplimiento de normas externas.

Esos malos operarios del Evangelio intentan engañar apoyándose en su origen judío. En ese caso, nadie tiene más títulos que yo: circuncidado a los ocho días de nacer, de la tribu de Benjamín, hebreo de pura cepa y, por lo que toca a la Ley, fariseo. Nadie más consecuente que yo, que perseguí a la Iglesia. Era incluso intachable en cuanto atañe a una vida regulada fielmente por la Ley.

Sin embargo, lo que en otra época consideraba valor, mérito y privilegio, en cuanto conocí a Cristo lo tuve por peso muerto. Más aún: todo lo reputo por pérdida, incluso mis mejores esfuerzos morales y religiosos, en comparación con el bien esencial, la vida nueva que nace del conocimiento y amor de mi Señor Jesucristo.

Me gané a mí mismo cuando todo aquello lo perdí por Cristo. Y lo sigo teniendo por basura. Me basta conocerle, encontrarme con Él, incorporarme a Él.

Os lo he explicado muchas veces: La clave de todo es el acto de fe, por el que renuncié a mi propia justificación ante Dios mediante la Ley, y no quise más seguridad que la gracia de Dios, adhiriéndome a Cristo como único salvador.

La existencia cristiana es nueva creación, cuyo dinamismo corresponde al Misterio Pascual. Se trata de aquel conocimiento vital de Jesucristo que nos identifica con su muerte y resurrección. Por eso, amigos míos, mi anhelo más profundo es unirme a Él con todo mi ser, y participar en la fuerza de su Resurrección que lo renueva todo, asociándome a sus sufrimientos. Quiero reproducir en mí su muerte para alcanzar, como sea, la vida eterna.

No he alcanzado, por supuesto, ese ideal. Estoy lejos de la perfección. Pero lo intento. Lo más hermoso es que, antes de alcanzarlo, ya he sido alcanzado. Aquí reside mi fuerza y mi esperanza, en la certeza de Jesucristo, que me eligió y no me dejará. Olvidando, pues, lo que queda atrás, me lanzo a correr hacia la meta.

Hermanos, nos espera un premio inefable, el que corresponde a la llamada que Dios nos ha hecho al ser bautizados en Jesucristo. ¡A ver, no nos durmamos en los laureles, creyéndonos perfectos! Es hora de seguir avanzando en la dirección tomada.

Sospecho que en algunos puntos andáis vacilantes. La moral cristiana exige discernimiento; y en las condiciones que os toca vivir, más. Pedid luz, y el Señor os irá orientando. Lo cual vale también para ciertas opiniones mías, que no todos comparten. A veces porque, en efecto, se trata de una opinión; pero otras, porque les falta discernimiento cristiano.

Si las concreciones prácticas se hacen discutibles,

queda claro, en cambio, mi ejemplo de vida. El mío, o el de otros hermanos, verdaderamente ejemplares, que conocéis. ¿Por qué no lo seguís?

¡Seríais capaces de imitar a esos enemigos de la Cruz de Cristo! Os lo digo con lágrimas en los ojos. No sólo destruyen la Buena Noticia de la Gracia salvadora, que nos libera de la angustia de la autojustificación, sino que pervierten el sentido moral. O bien insisten en prescripciones alimenticias, como si fuesen necesarias para estar en orden con Dios, o bien se entregan al desenfreno. O bien quieren atarnos a la práctica ritual de la circuncisión, o bien preconizan el libertinaje sexual, pretendiendo estar libres de todo pecado. Su paradero es la ruina, centrados como están en lo terreno.

Nuestro camino, en cambio, está señalado por la resurrección de Jesús. Nuestra ciudad es el cielo, de donde aguardamos como salvador al Señor Jesucristo. Por eso, nuestro espíritu es de libertad; y nuestros deseos, de altura. Cuando Él venga, transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo. El Señor tiene energía para someterlo todo, nuestros bajos instintos, nuestro cuerpo mortal, nuestra suficiencia orgullosa, incluso el universo.

Hermanos míos y amigos, tan añorados, mi alegría y mi corona, no os dejéis influenciar por esos profetas de esclavitud. ¡Manteneos fieles al Evangelio de Jesús!

Recomendación: alegría y paz (4,2-9)

Recomiendo a Evodia, y lo mismo a Síntique, que andan de acuerdo, como lo expresan sus nombres y, sobre todo, como cristianas que son. A ti, en particular, leal Compañero, te pido que les

ayudes. Lucharon a mi lado por el Evangelio, con Clemente y demás colaboradores. Todos ellos han sido elegidos para la vida eterna.

Vuelvo, una vez más, a insistiros en la alegría cristiana. La tristeza nace de la desesperanza; es como un veneno sutil. La alegría nace del corazón que confía, a pesar de todo, en el amor.

Que los no creyentes os sientan amables, misericordiosos, atentos a las necesidades de los que sufren.

No viváis inquietos. No os preocupéis por conocer el momento del Fin último, ni tampoco os afanéis por seguridades terrenas. Vivid en la presencia del Señor. El siempre está cerca. Por eso, dedicaos a la oración; sed fieles a las celebraciones comunitarias. Abandonad en el Señor vuestros cuidados siempre.

El secreto está dentro de vosotros; en esa paz de espíritu, que sobrepasa vuestros miedos y dudas, que es inalcanzable a todo análisis, que permanece incluso en medio de los vaivenes psicológicos. Os basta creer humildemente en Jesucristo, y la paz protegerá vuestros corazones.

Respecto a las directrices morales más arriba aludidas: el principio que mantenemos en nuestras comunidades. Por una parte, estima de los valores del ideal moral de los no creyentes. Asumid, pues, sin recelo, cuanto de verdadero, noble y justo encontráis en vuestro entorno, es decir, lo que la ética racional llama «virtud». Por otra parte, no olvidéis vuestra tradición moral propia: lo que habéis escuchado y aprendido, lo que habéis observado en mí, pues he sido dado para vuestro ejemplo. Si seguís este doble criterio, aunque toda la casuística no encuentre respuesta concreta, habrá paz y concordia entre vosotros.

Agradecimiento final (4,10-23)

En fin, también ha sido para mí gran motivo de alegría en el Señor comprobar vuestro interés al atender a mi necesidad. Lo habéis demostrado en cuanto ha llegado la ocasión. No lo digo porque ande escaso. Gracias a Dios he aprendido a bastarme: sé vivir en la necesidad y en la abundancia. Cada situación tiene su secreto y su gracia: estar harto, pasar hambre, tener escasez o de sobra. Puedo con todo, unido a Aquel que me alienta y fortalece.

No penséis por ello que dejo de agradecer vuestro favor. En los comienzos de mi misión, desde que dejé Macedonia, sólo vosotros habéis llevado cuentas de mi economía. Ya a Tesalónica me mandasteis más de una vez un subsidio.

Bien sabéis que no busco regalos. Más me interesa que vuestro desprendimiento material fructifique en bienes espirituales. Mi recibo está claro: con lo que me habéis mandado con Epafrodito tengo de sobra. Confío que el Señor os lo haya recibido como incienso perfumado, sacrificio que le complace. ¡Mi Dios, hermanos, os lo pagará con creces! Él cubrirá todas vuestras necesidades a la medida de su riqueza inagotable por medio de Jesucristo. ¡A Dios nuestro Padre la gloria por los siglos de los siglos! Amén.

Recuerdos a cada uno de los hermanos.

Os mandan saludos también los que están conmigo en prisión, la comunidad entera de Éfeso y los que están al servicio del Emperador, en particular.

¡La gracia del Señor Jesucristo esté con vosotros!

V

Carta a los Gálatas

Pablo, por fin, explota. Sensación de «crescendo»: polémica repetida con los judaizantes; mientras estuviese en juego su derecho a predicar, pase; pero ahora se trata de lo inalienable, del corazón mismo del Mensaje.

Algunos criticaban a Pablo su doctrina sobre la justificación por la fe. Probablemente seguían la tendencia de ciertos círculos de Jerusalén, que querían imponer a los paganos convertidos la observancia de la Ley mosaica. Han pasado por las comunidades de Galacia, evangelizadas por Pablo. Éste reacciona indignado. La fecha del escrito, hacia el 56-57, en Éfeso, probablemente.

El contexto de la carta es muy particular. Pero Pablo es consciente de la trascendencia de su posición teológica. A primera vista se trata de una lucha de tendencias entre conservadores y liberales. Leer Hechos 15. Sin negar esta dimensión, ahora, a veinte siglos de distancia, nos damos cuenta de que estaba en juego la identidad misma del cristianismo y su futuro histórico.

A nosotros nos toca una relectura no menos crítica. Aunque ya no discutimos sobre la circuncisión, la cuestión de la Ley sigue siendo el desafío central. ¿Por qué la fe ha quedado reducida a un conjunto

doctrinal de dogmas? ¿Por qué se asegura la salvación mediante un orden religioso-moral de observancias? ¿Por qué la moral cristiana sigue siendo normativa? ¿Por qué la vida de la Iglesia ha de ser encuadrada en el derecho canónico? ¿Por qué tenemos tanto miedo a la conciencia del hombre por encima de la Ley? ¿Por qué la Iglesia católica no es espacio libre de pensamiento? ¿Por qué la mayoría de los creyentes no han experimentado la fuerza liberadora de la Gracia?

Estamos ante la «Carta Magna» de la libertad cristiana. Y voy a permitirme una relectura diferente. En vez de releer a Pablo, ¿por qué no le dejamos a él que interprete nuestro presente?

Querida Iglesia del Vaticano II:

¡La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, nuestro Señor, estén con vosotros!

A veinte siglos de distancia, tal vez os extrañe que me dirija de nuevo a vosotros, hermanos míos en la fe de Jesús, que se entregó por nuestros pecados y resucitó de la muerte. Me siento profundamente identificado con vuestro momento histórico. Dios Padre realiza misteriosamente su designio de amor; y, así como en los inicios del cristianismo me llamó a romper la barrera de la Ley mosaica para ofrecer al mundo pagano la libertad de Jesús, también ahora quiere renovar a la Iglesia, demasiado condicionada por su pasado y, especialmente, por la tendencia a utilizar el Evangelio en función de intereses humanos. Veo en el Concilio Vaticano II un signo del Espíritu Santo, un paso decisivo.

La verdad es que, entonces como ahora, la cuestión central es la misma: ¿Qué sentido tiene la Ley cuando uno ha descubierto la fe en la Gracia salva-

dora de Cristo como libertad y vida del hombre? Pero sigo preguntándome también: ¿Por qué los hombres tienen tanta dificultad en permanecer en la dinámica propia de la fe cristiana?

Me sucedió con mis comunidades de Galacia. En el Concilio de Jerusalén había quedado clara la ruptura entre el judaísmo y el Evangelio. Yo propugnaba una postura radical: romper definitivamente las fronteras del viejo sistema y desligar del todo a los cristianos de las prácticas judías. Con todo, acepté la tesis moderada de Pedro y Santiago: suficiencia de la fe respecto a la justificación, pero sin obligar a sus últimas consecuencias prácticas; tened en cuenta que los convertidos del judaísmo necesitan un tiempo para asimilar la novedad del Mensaje mesiánico de Jesús. No era necesario extremar las cosas. Pero ¿qué pasó? Que algunos círculos de Jerusalén no aceptaban la revolución que el Concilio traía a la conciencia judía. De hecho, siguieron afirmando la necesidad de la Ley, en particular de la circuncisión, para entrar en la Nueva Alianza y salvarse. Adoptaron, además, una postura proselitista, y algunos comenzaron a combatir lo que llamaban «mi Evangelio». Lo malo es que, para engañar a los recién convertidos del paganismo, se presentaban como superapóstoles. Traían cartas de recomendación de Palestina, apoyaban su argumentación en su origen judío y en la ciencia de las Escrituras, y, encima, iban de comunidad en comunidad como predicadores itinerantes, cumpliendo a la letra los consejos de misión de Jesús. Su objetivo principal era desprestigiarme. Bien sabían que sólo yo podía desenmascararlos.

Ahora que puedo mirar hacia atrás y contemplar la historia de la Iglesia, constato, hermanos, que la problemática sigue repitiéndose. En los comienzos

del cristianismo, la dificultad venía de la mentalidad judía. En la época de Agustín de Hipona vino de los monjes, los creyentes que intentan un camino de mayores exigencias. En la época de Lutero, de una Iglesia que había luchado durante siglos por lograr un orden religioso-moral en Europa. Ahora, de una Iglesia que, después de la Revolución francesa, ha adoptado actitudes demasiado defensivas a todos los niveles, como institución y como pensamiento y como praxis de vida. Y aunque el Concilio Vaticano II supone un replanteo, hay mucho lastre que impide la frescura original del Evangelio.

Cuando escribí mi carta a los Gálatas, comprendí que el peligro de desvirtuar el Evangelio venía de dos frentes: por un lado, de los falsos apóstoles, de quienes, por más títulos institucionales o saber teológico o radicalidad de vida que tengan, nunca han experimentado la liberación de la Gracia; por otro, del corazón mismo del hombre, que, aunque en un momento dado comience a vivir de la conciencia nueva de la fe, poco a poco, casi imperceptiblemente, vuelve a sus necesidades de autoafirmación o de seguridad. Está claro que no es fácil esta existencia cristiana según el Espíritu.

Reconozco que el cambio que supone en lo religioso y moral es de tales consecuencias, que se presta a ser malentendido. De hecho, Santiago tuvo que explicar algunos matices referentes a la relación entre fe y obras que, desde luego, no se oponen en absoluto a mi doctrina de la justificación por la sola fe. Y al final del siglo I, la llamada 2.^a Carta de Pedro, ya advierte sobre las tergiversaciones de mis escritos.

Pero, bueno, amigos míos, eso que se ha llamado «mi Evangelio», ¿es acaso mío? ¿Créis que lo anunciaría si fuese mi teología personal? Nunca he bus-

cado agradar a los hombres, sino a Dios. Predico la Buena Noticia de la justificación por la fe: porque contiene el mismo Mensaje del Reino que anunció Jesús como Buena Nueva de la misericordia en favor de los pecadores; porque ése es el sentido de su muerte mesiánica en favor de todos los hombres, no sólo de los judíos; porque la Nueva Alianza ya no se apoya en la Ley, sino en el Espíritu derramado en nuestros corazones; porque tal es la palabra de Pedro y de los Doce desde Pentecostés; porque el sacramento del bautismo inicia un nuevo Pueblo de Dios, bajo la soberanía de la gracia de Cristo resucitado.

Si me siento tan seguro de lo que afirmo, hasta el punto de considerar anatema a todo aquel que diga lo contrario, es porque se trata del único Evangelio, y no hay otro. Añadid que, en los comienzos difíciles de la Iglesia, Dios quiso elegirme precisamente para clarificar este núcleo superesencial de nuestra fe cristiana.

Revelación (1,11 - 2,21)

No olvidéis que el Evangelio que predico no lo recibí de ningún apóstol, ni lo aprendí de ningún maestro cristiano. Lo recibí directamente por revelación de Jesucristo. Fue mi experiencia fundante, que ya conocéis, en el camino de Damasco.

Mi vida se parte en dos. Antes de mi encuentro con Jesús resucitado, mi vida estaba centrada en la Ley. Era la pasión de mi vida. La Ley representaba la Alianza con el Dios de Abrahán y de Moisés. La Ley era el signo de la elección. Mediante la Ley me sentía en orden con Dios y mi conciencia, en el corazón mismo del sistema religioso que Dios garantizaba como expresión de su voluntad eterna.

¿Sabéis qué supone una existencia así? La pasión del Dios vivo la domina. La exigencia moral engrandece las posibilidades del hombre hasta límites admirables. No os extrañe que mi celo llegase hasta la persecución. La secta de los nazarenos me parecía aberrante. ¿Cómo aceptar un Mesías que tenía sus preferencias por los pecadores y que había muerto ignominiosamente en una cruz, en el tormento que para la Ley era signo de maldición? Una secta fundada por vulgares pescadores y formada, en su mayoría, por la gente que había vivido siempre al margen de las normas sagradas... Lo más extraño de esta secta era su fe en Jesús. Lo aclamaban como resucitado, como redentor y hasta como Señor, este título reservado en el judaísmo a Dios. Y prescindían de lo que para mí, judío, era intangible: la circuncisión, las observancias rituales de pureza... Pronto me di cuenta de que, si esta secta prosperaba, el judaísmo se vendría a pique. Aquellos años, anteriores a mi conversión, confundía el judaísmo con el Israel elegido.

Pero Dios tuvo infinita misericordia de mí. A las puertas de Damasco, se me apareció mi Señor Jesús. He relatado muchas veces el acontecimiento determinante de mi vida. Lo difícil es explicar la luz interior que transformó mi corazón, me dio nueva conciencia y cambió el sentido con que yo percibía a Dios, la historia de la salvación, la Ley, el esfuerzo moral, la cuestión de la justificación y de la salvación..., en fin, todo. Al principio fue sólo una sensación gozosa, desbordante, de liberación; y, en lo más profundo, una visión global nueva. Me bastaron unos meses de oración y reflexión y el contacto con algunos creyentes de Antioquía, entre ellos Ananías, para reconocerme a mí mismo no sólo cogido por Cristo, sino también con una misión que cumplir. Comprendí de golpe mi vida entera

—yo diría que desde el seno de mi madre— y por qué Dios había permitido mi larga historia de judío irreprochable y de fariseo celoso. Había sido llamado por gracia, convertido por gracia, y se me había revelado el Hijo de Dios para anunciar el Evangelio de la Gracia a todos los sin Ley, en primer lugar, a los paganos.

Esa experiencia y luz eran más fuertes que yo, más ciertas que todos mis montajes anteriores. Ni siquiera sentí necesidad de consultar mis descubrimientos con los apóstoles de Jerusalén. Así como la revelación del Evangelio había sido sin intermediarios humanos, así también quise poner en marcha mi nueva vocación de apóstol. Me fui a una región de Arabia que no había sido evangelizada. En general, me mantuve fuera de Palestina, porque allí me conocían como perseguidor y porque yo tenía conciencia de mi vocación particular en favor de los paganos.

Arabia fue como mi primer campo de experimentación. Antes de lanzarme decididamente al gran mundo pagano de las ciudades del Imperio Romano, quise establecer lazos de comunión y de misión con la comunidad madre de Jerusalén. Subí a Jerusalén para conocer a Pedro, responsable principal del movimiento cristiano. Estuve también con Santiago, el pariente de Jesús. Pero mi visita fue discreta. Comencé a ser conocido sólo por Siria y Cilicia. Eran los primeros tanteos de apertura al mundo judío. Comenzaban a diferenciarse las posiciones. La mía era la más radical. Y comencé a ser vigilado por algunos dirigentes de las comunidades judeo-palestinas.

Hubo un momento en que se hizo preciso definir la verdad. La cuestión era grave: ¿Había que circuncidar a los paganos convertidos? ¿Qué lugar

ocupaba la Ley a partir de la muerte y resurrección de Jesús? ¿Cómo concebir la relación entre el hombre y Dios a la luz de la Nueva Alianza? Lo malo fue, como suele ocurrir en estas cosas, que la cuestión se polarizó en mí, en mi doctrina de la justificación por la fe, que algunos consideraban demasiado avanzada; peor, que reducía al sin sentido la elección de Israel y la historia anterior al Mesías Jesús.

Fui convocado a Jerusalén, ante la autoridad central. El Señor me dio a entender que debía asistir al Concilio sin miedo, expresando libremente mis certezas. Subí acompañado de Bernabé; y, para ser consecuente con mi postura, llevé conmigo a Tito, pagano incircunciso, que se había hecho creyente. Allí expresé con franqueza el Evangelio que predicaba. Aparecieron mis opositores, los que ya entonces intrigaban contra mí; pero ni por un momento cedí en la cuestión capital de la liberación de la Ley. Me oyeron los responsables, especialmente los considerados como «columnas», Pedro, Santiago y Juan, y reconocieron la misión que se me había confiado en favor de los paganos. Tampoco me impusieron ninguna observancia judaica, ni obligaron a Tito a circuncidarse. En señal de plena comunión eclesial, nos dieron la mano a Bernabé y a mí. Pedro y su grupo evangelizarían a los judíos, y nosotros, a los paganos.

Fue para mí un gran motivo de alegría en el Señor. No había luchado en vano por reivindicar la libertad cristiana. La unidad eclesial quedaba reafirmada. El mismo que había llamado a Pedro me había llamado también a mí. Era una misma la Gracia en favor de todos. Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres de Jerusalén. Es algo que siempre tomé muy a pecho. Y no sólo por tra-

tarse de la caridad, sino también por significar la comunión universal de las Iglesias por encima de la diferencia de origen y de ideología.

Al poco tiempo las cosas se complicaron. Tuve que reprender públicamente a Pedro en Antioquía. Al principio, en coherencia con lo decidido en Jerusalén, no tenía inconveniente en comer con los cristianos del paganismo (os recuerdo que, en aquella época, sentarse a la misma mesa un pagano y un judío quebrantaba la Ley; la comida en común tenía connotaciones religiosas, especialmente en algunas ocasiones). Pero cuando llegaron algunos del círculo rigorista de Santiago, comenzó a apartarse de ellos. Había miedo a los representantes de la comunidad central, y un miedo difuso de angustia ante el riesgo de la libertad evangélica. ¿De qué servían las decisiones dogmáticas del Concilio si, en la praxis, dominaba la vieja mentalidad de la Ley? Así que me planté, y en una reunión comunitaria dije a Pedro:

— Te precias de ser judío, pero en la práctica has obrado como un hipócrita pagano. ¿De qué sirve obligar a los paganos a cumplir la Ley, si eres tú el primero que la quebrantas con esa falta de honradez, dejándote llevar por intereses humanos?

Me doy cuenta de que comprometí la autoridad de Pedro. Pero tenía que hacerlo. Estaba en juego la verdad del Evangelio y algo mucho más importante que la unidad institucional, la unidad de la fe.

Muchas veces en mi vida me tocó asumir este conflicto. Pedro ha recibido el carisma de la unidad de todas las Iglesias; pero fácilmente se confunde la unidad con la sumisión indiscriminada a todo lo que emana de la autoridad central. Por el contrario, uno de los frutos más preciosos de la experiencia liberadora de la Gracia es que posibilita al creyente la

madurez de síntesis entre obediencia y libertad, comunión eclesial y sentido crítico. Mirando el conjunto de la historia de la Iglesia, constato que mi figura y mi doctrina han representado ese ámbito asistemizable de la conciencia cristiana. ¿Cuándo hay que obedecer a la autoridad constituida si está en juego el Evangelio? ¿Cuándo hay que reivindicar la libertad cristiana por encima de las instancias jurídicas? Ya habéis visto que busqué apasionadamente la comunión de doctrina y de corazón con Jerusalén. Pero, también, que nunca hice de la jerarquía la instancia última de la verdad.

Creo, sinceramente, que estáis en un momento histórico en que el desafío de madurez que acabo de apuntar es determinante. El Concilio Vaticano II supone un replanteo de las relaciones en la Iglesia. Por una parte, hay que revisar el sentido que tiene la autoridad, tal como ha sido practicada, sobre todo. Por otra, hay que reivindicar nuevas síntesis entre lo institucional y lo carismático, entre el derecho y la conciencia, entre la Ley y el Evangelio. Permitidme una advertencia: Ciertamente, son problemas de organización, de análisis socio-cultural, de distintos modelos eclesiológicos, etc; pero el subsuelo de esta problemática compleja sigue siendo el que yo tuve al comienzo del cristianismo: ¿Qué Evangelio ha de configurar la vida cristiana y las relaciones eclesiales, el que libera de la Ley o el que termina siendo absorbido por el sistema de seguridad de un orden objetivo?

El Vaticano II no se planteó explícitamente este trasfondo. Pero la época posconciliar lo ha suscitado cada vez con mayor nitidez.

Mi preocupación se centra, precisamente, en los «mejores», quiero decir, en los que han llevado desde siempre una vida empeñada, de esfuerzo y

compromiso. Más de una vez han oído que el cristiano no se justifica por cumplir los mandamientos de Dios ni por recibir con frecuencia los sacramentos. El fundamento de la vida cristiana es la fe en Cristo Jesús, en quien Dios nos ha salvado gratuitamente. Pero todavía siguen confiando, de hecho, en sus obras más que en Cristo. Se les nota, por ejemplo, en cierta ansiedad de culpabilidad, en la rigidez de juicio con el prójimo, en cierto afán por demostrar que hacen, en la actitud defensiva que adoptan ante el amor de Dios... Posiciones que, a otros niveles, parecen contradecirse, suelen coincidir en este talante moralista de la fe. Conservadores, muy atados a los actos de piedad y a la fidelidad normativa, y progresistas, que luchan denodadamente por cambiar las condiciones socio-económicas de los desfavorecidos, ambos viven el Evangelio como una conquista de metas. Cuando se habla con ellos de que Dios no necesita nuestras obras, que la clave del esfuerzo moral consiste en la confianza incondicional en la Gracia, terminan por ponerse nerviosos. Les suena a cierto quietismo espiritualista. Se les hace sospechosa toda cesión del propio yo a merced de «fantasías místicas». ¿Cómo hacerles entender la contradicción entre creer en Jesús y pretender seguir teniendo vida propia, ser justificados por gracia y querer dominar la existencia por el esfuerzo moral?

Mi Evangelio puede ser resumido en estas proposiciones:

- La Ley lleva a la muerte de mis mejores deseos morales y religiosos.
- Cristo murió bajo la Ley para liberarnos de ella.
- Su muerte ha sido fecunda en mí, porque me revela la gracia de Dios y me justifica.

- Por la fe estoy crucificado con Cristo, muriendo a toda suficiencia religioso-moral.
- Ya no vivo yo, es Cristo resucitado el que vive en mí.
- Aunque mi condición es mortal, por la fe ha irrumpido en mí la vida de amor incondicional de Cristo.
- Esta vida es la Nueva Alianza en el Espíritu, que anticipa la vida eterna.
- Y tiene signos propios, discernibles, que nos hace sentirnos hijos de Dios.

Justificación (3,1 - 4,7)

Reconozco que la Ley tiene su fascinación. Cuando has cumplido el deber, objetivamente preestablecido, tu conciencia se siente tranquila y, además, segura dentro del «sistema de la verdad y el bien». ¡Nuestra pobre finitud necesita tanto ser protegida! La libertad de conciencia es peligrosa. Primero, ¿cómo estar seguro de que lo que hacemos por propio juicio es bueno? Y segundo, es orgullo anteponer la voz interior a la voz autorizada de la Ley o de la jerarquía que la custodia. Así que, por humildad cristiana, uno no debe salirse de las normas.

La fascinación de la Ley alcanza la hondura del ser religioso. Hay una búsqueda infantil de justificación. Cuando la necesidad inconsciente de aprobación se proyecta en Dios, éste aparece como la Superconciencia. Es necesario ganar a Dios con buenas obras, sacrificios costosos, méritos para el cielo... Pero hay también una búsqueda dramática de quien, como yo en mi época de fariseo, vive la

cuestión radical de la existencia: ¿Cómo alcanzar una rectitud moral digna del Dios tres veces santo, que nos ha llamado a vivir en su presencia? ¡Si Dios fuese una idea! Pero hemos conocido al Dios vivo, al Dios que habla y obra, al Dios que ama apasionadamente y juzga, al Dios que salva y exige fidelidad. La Ley es la expresión de su Alianza; la mediación que nos permite ser su pueblo, ser puros delante de Él.

Pero, hermanos, eso tiene la Ley, la fascinación de lo bueno, que oculta en su interior el veneno mortal.

Vamos a ver, ¿por qué murió el Mesías Jesús en la cruz? ¿Murió para ser nuestra justificación de gracia o para ser el modelo de un amor de exigencia inalcanzable? Lo digo, porque algunos han llegado al extremo de hacer de la Cruz la Ley misma. Jesús sería el héroe moral, que señala al discípulo la meta límite. A ver, vosotros, los más comprometidos, los ascetas de los conventos o los radicales sociales, ¿en virtud de qué habéis recibido el Espíritu, por vuestro esfuerzo moral o por la confianza en el amor redentor de Jesús? Recorred vuestra historia de creyentes. Cuando algún día os sentisteis transformados y notasteis como una nueva fuente de ser, pacífica y fuerte a un tiempo; cuando, por encima de vuestros voluntarismos de entrega os ponéis con sencillez delante del Señor, y notáis que el corazón respira aire fresco de confianza y amor; cuando, en los momentos de fracaso y oscuridad, la esperanza permanece en la brecha, humilde y tenaz; cuando, en los momentos de éxito y plenitud, el horizonte se dilata desde el gozo más hondo, que todo lo relativiza...

Tendré que enseñaros de nuevo los rudimentos de la fe cristiana.

Volvamos a la figura señera de Abrahán, el primer creyente. La experiencia de la fe comienza con él. ¿Por qué? Porque representa el salto entre la religión y la fe. Podríamos llamar religión al intento del hombre de dar sentido a la existencia desde su búsqueda del Absoluto. Con Abrahán es Dios, personal y libremente, el que irrumpe en la historia humana y compromete su palabra de crear en el futuro una humanidad nueva. La relación con Dios, por lo tanto, ya no se fundamenta en la apertura a la trascendencia, sino en la fe, que escucha y confía en la promesa de Dios. El Génesis lo explica con frase precisa: «Abrahán creyó, y le fue imputado como justicia». Quiere decir: al fiarse de Dios, éste lo aceptó en su amistad, y comenzó una existencia nueva, configurada por esa relación de elección gratuita entre Dios y Abrahán. En consecuencia, Abrahán inicia una existencia de libertad. La experiencia de la fe le lanza a recorrer caminos nuevos, sin otro guía que la Palabra y la confianza incondicional en su Dios.

En el principio, pues, estuvo la fe sola, sin Ley y sin méritos propios. ¿Por qué más tarde, unos cuatrocientos treinta años después, aparece la Ley con Moisés? ¿Es que el régimen de la fe en la Promesa ha quedado anulado por el régimen del cumplimiento de la Ley? Es un hecho que Israel concentró su existencia en la Torah, en el Pentateuco; que su conciencia de pueblo elegido depende absolutamente de su relación de fidelidad a la Ley. Todavía hoy es así. ¿Por qué, sin embargo, nosotros los cristianos hemos hecho una relectura tal del Antiguo Testamento que hemos abolido el régimen de la Ley?

La respuesta no se apoya en una teoría interpretativa, sino en un acontecimiento, el de la muerte y

resurrección del Mesías Jesús. A su luz, hemos tenido que reinterpretar la historia de la Salvación, especialmente el sentido de la Ley. Se puede resumir así: La Ley realiza una etapa pedagógica entre Abrahán y Cristo. Con Cristo vuelve el comienzo, el régimen de la fe. La Ley cumple una doble función: por una parte, educa a Israel hasta la venida de Jesucristo; por otra, mantiene históricamente la Promesa de Dios en favor de todos los pueblos mediante la elección particular del pueblo judío.

Lo terrible es que la Ley educa a Israel introduciéndole cada vez más en la experiencia de la angustia y del pecado. Porque la Ley, evidentemente, ha sido dada para ser cumplida, y con la seriedad que exige la alianza con el Dios revelado a Moisés. Mirad vuestra propia experiencia. Recuerdo mis culpabilidades cuando vivía obsesionado con conquistar las exigencias de la Ley. Recordad vuestros momentos de examen de conciencia, al confrontaros con los mandamientos de Dios y los ideales evangélicos. Hay momentos en que nos parece posible todo heroísmo, especialmente en la juventud. Pero en la medida en que nos empeñamos más alto, más crece el sentimiento de angustia al constatar nuestra impotencia. ¿Quién puede amar a Dios con todo el corazón y todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo? ¿Cómo alcanzar la radicalidad de vida de Jesús en su pobreza, olvido de sí, soledad, sufrimiento y entrega hasta la muerte? ¡Es absurdo pretender del hombre que sea perfecto como Dios! Por eso, a partir de cierta edad, los que fueron idealistas se hacen un *hueco* vital, moderado, realista, desesperanzado.

La contradicción, amigos míos, viene del sistema mismo del orden religioso-moral fundamentado en la Ley. Y es que la Ley expresa valores; pero es

letra, instancia externa. No es Espíritu, y no da vida. No posibilita lo que manda. Es como si Dios usase de un medio bueno para que lleguemos a la contradicción radical de todo proyecto de autojustificación. Así es.

Pertenece a los planes misteriosos de Dios esta educación. Si nos atrevemos a recorrer nuestra historia más íntima, descubriremos la misma dinámica. Dios se ha servido de nuestros mejores deseos para frustrarlos y llevarnos a la verdadera experiencia de la fe en el despojo de nosotros mismos y en la pobreza de espíritu. Por eso, la dialéctica Ley-Fe no es exclusiva de Israel. Atañe permanentemente a toda historia de relación con Dios, a todo aprendizaje de creyente.

El misterio último que se revela a través de este drama es el de la Redención. Era necesario, es necesario desenmascarar el poder del pecado en el hombre. Es fácil descubrirlo en el vicio: prepotencia, lujuria, afán de dinero, vanagloria social... Pero el pecado anida en el corazón, brota de dentro, como de raíz oculta, incluso cuando nos parece luchar contra él con nuestras mejores armas, las de la buena voluntad moral y espiritual. Donde hay apropiación hay pecado. Y cuando uno fundamenta la autenticidad de su vida en la Ley, el pecado crece hacia dentro, unas veces porque queremos justificarnos ante Dios, y otras, porque se refuerza la suficiencia y orgullo del yo.

Desde que Jesús murió en la cruz por nuestros pecados ha quedado en evidencia el pecado de todos y cada uno de los hombres. Lo de menos es contabilizar las faltas contra los mandamientos de Dios. Lo terrible es ese poder de muerte que envenena todos nuestros actos.

Jesús murió en la cruz como un maldito, malde-

cido por la Ley (Dt 21,23: «Maldito todo el que cuelga de un madero»). Asumió en sí mismo nuestras contradicciones, y así nos liberó de la maldición de la Ley, plantada en nuestro propio corazón.

¿Os dais cuenta, hermanos? La gracia salvadora de Dios ha descendido al abismo de nuestra condición pecadora. Fue gracia esta iniciativa incomprensible de su amor. Fue gracia el amor de Jesús que, con su obediencia y confianza irreductibles en Dios Padre, venció la esclavitud de la Ley en el acto mismo en que moría bajo la Ley. Y es gracia la era nueva del Espíritu, inaugurada por la fe.

La fe del Nuevo Testamento corresponde al amor escatológico de Dios. ¿Qué puede hacer el hombre desde sí, si Dios mismo ha querido asumir nuestro pecado? ¿Qué mediación, por más santa que sea, puede seguir siendo válida, si Dios mismo quiere ser don y mediación? ¿Cómo intentar siquiera responder al Amor Absoluto, si Él quiere devorarlo todo con el fuego de su misericordia? Ante semejante amor, todo esfuerzo de justificación resulta pecado, pues revela el último reducto del corazón humano, que defiende con la angustia de la propia finitud la última fortaleza, el pecado. Por eso el secreto del Reino pertenece a los pecadores que creen. El señorío del amor les pertenece; alegría de la salvación que nunca les será quitada.

En este sentido, la fe del Nuevo Testamento recupera el principio de Abrahán, lo cumple y lo desborda. Lo recupera, por cuanto, con Cristo, creer es volver a dar la iniciativa soberana a Dios, fundamentar la existencia exclusivamente en la Gracia. Lo cumple, porque la herencia y la bendición prometidas en favor de toda la humanidad es realidad ya. Han sido rotas las barreras entre judío y pagano, esclavo y libre, hombre y mujer. Basta la

fe en el único Mesías de todos. Una nueva humanidad está en marcha. Y no será detenida por ninguna Ley. ¡La humanidad sin fronteras, la historia de la libertad!

Y lo desborda, porque la medida de la fe es la vida del Señor Jesús, el Espíritu Santo. Hasta Jesús éramos llamados a ser hijos; pero, de hecho, vivíamos como esclavos, bajo la tutela opresora de la Ley, necesitando ser aprobados por Dios. Ahora nuestra relación con Dios es de intimidad y confianza. El amor es nuestro hogar. Él nos abre el corazón del Padre. Por él nos sentimos hijos. Él nos mueve: cuando luchamos y cuando caemos, cuando escuchamos la Palabra y cuando nos entregamos a los hermanos, cuando gozamos y cuando sufrimos.

Por favor, hermanos, os lo digo yo, Pablo, elegido para proclamar al mundo la gracia de Jesucristo: no os apartéis de este Evangelio. Aunque os digan que es peligroso. ¿Es peligroso creer en el Amor? Aunque os digan que no basta creer, que hacen falta obras. ¡Cómo no! Las obras de la fe que nacen del amor. Aunque os enseñen un cristianismo más radical. ¿Hay algo más radical que el amor? Aunque apelen al magisterio de la Iglesia. Aunque se os aparezca un ángel.

Cuando se cumplió el plazo,
envió Dios a su Hijo,
nacido de mujer,
sometido como cualquiera de nosotros a la Ley,
para rescatarnos de la Ley.
No éramos hijos,
y por Él recibimos la condición de hijos.
Envió Dios el Espíritu a nuestros corazones.
Y en nuestro interior es el mismo Espíritu del
Hijo
el que balbucea el nombre bendito:

¡Abba, Padre!

Ya no eres esclavo, sino hijo,
hijo de la promesa y de la libertad,
heredero del Reino.

Liberación (4,8 - 5,25)

Vosotros, hermanos, pertenecéis a una cultura de la libertad. Y eso se lo debéis, en buena parte, al cristianismo. Ha sido un proceso histórico complejo, y una gran conquista. Pero no podéis imaginar siquiera la esclavitud en que encontré sumido el mundo cuando me lancé a predicar la Buena Noticia. Es verdad que Grecia y Roma, particularmente, supusieron un salto cualitativo en la emancipación del hombre. Pero la conciencia humana, como tal, estaba dominada por el miedo a «poderes sobrenaturales». La racionalidad, excepto en algunos grupos, no había logrado desacralizar el cosmos, que se percibía, todo él, lleno de dioses arbitrarios. En este sentido, el judaísmo suponía un gran paso. La Ley era algo objetivable, y no hacía falta otra mediación entre Dios y el hombre (aunque, es verdad, en mi época se insistía en la mediación de los ángeles, dejando de lado la mejor tradición bíblica). Reconozco, por ello, que quizá debería haberme extrañado menos la reacción de los Gálatas. Era demasiado salto dejar su mundo sacralizado y vivir en la libertad del Dios vivo y verdadero, que no necesita templos ni ritos sagrados.

Muchas veces me hago esta pregunta: ¿Por qué los hombres huyen de la libertad? Prefieren el miedo controlable, la autoridad, con tal que esté revestida de poder sobrenatural...

No creáis que hablo de épocas remotas. A pesar del progreso innegable de la conciencia de la libertad, ese miedo rebrota constantemente, especial-

mente en tiempos de transición histórica, como es la actual. Si no, observad lo que acaba de llamarse «la vuelta a lo sagrado». Esa credulidad primitiva en todo lo esotérico, el pulular de sectas, la necesidad de líderes religiosos divinizados... En esto, la Iglesia católica se ha mantenido mucho más vinculada a la religiosidad popular. En parte, con razón, pues el protestantismo ha tendido a oponer unilateralmente aspiración religiosa del hombre y Revelación cristiana. Se ha apoyado en textos de mis cartas, pero perdiendo la visión de conjunto de mi pensamiento. Con todo, la Iglesia católica ha rozado límites de sacralización preocupantes, por ejemplo, en cierto modo de hablar de los santos, de la Virgen María, en la educación autoritaria de las conciencias, en cierta presentación de la figura del Papa, etc.

Pero, bueno, hay todavía otro nivel más preocupante, el de la catequesis cristiana. Todos los ministros de la Palabra han estudiado la teología del Espíritu Santo, y de la Gracia y de la vida teologal, y me leen a mí casi de continuo. ¿Qué pasa, que siguen teniendo miedo a la libertad? Me recuerdan a los predicadores judaizantes, con los que tuve que luchar a brazo partido. Es como si hubiese una doble cultura teológica: la de los grandes teólogos y tratados, y la de la pastoral catequética. En la primera se sabe que somos justificados por la fe sin obras, que la vocación cristiana es llamada a la libertad, que el verdadero culto es «en espíritu». Pero, de hecho, se insiste en el esfuerzo propio y en la moral normativa. Debe de haber alguna razón importante para que esta incoherencia sea tan frecuente. Quizá es que la gente vive la fe como parte de su existencia, y ésta se plantea como sistema de seguridad. Quizá los mismos ministros de la Palabra nunca han experimentado la soberanía liberadora de la Gracia en sus vidas...

La verdad es que en el seno de la Iglesia siempre se libra esta batalla entre un cristianismo ordenador y un cristianismo de la libertad. Unas veces se enfrentan las posiciones como dos movimientos irreconciliables. Otras, como dos tendencias distintas. Me recuerda la diferencia entre Agar y Sara, la esposa de la esclavitud y la esposa de la libertad. La primera se reía de la segunda porque tenía hijos propios: las obras constatables, la eficacia. La segunda sólo puede presentar al Señor su esterilidad y creer en la Promesa. Pero en ésta, hermanos, se cumple lo anunciado por Isaías:

Alégrate, la estéril que no das a luz,
porque la abandonada tiene muchos hijos,
más que la que vive con el marido (Is 54,1).

La primera encuentra su sitio en este mundo, pues responde a la angustia del hombre, que se debate por encontrar un mínimo de protección a su inseguridad existencial. Dios es pieza de ese equilibrio inestable del orden arduamente construido.

La segunda no termina de sentirse cómoda en este mundo. Parece, incluso, pobre en sus frutos. Pero siempre sorprende a la primera con sus energías misteriosas y, sobre todo, su paz imperturbable. Porque lo suyo es luchar contra el mal, pero sin crispase. Ser pobre, pero esperanzada. Comprometerse, pero sin pretender eficacia. Fidelidad, pero sin normas. Abandonarse, pero sin miedo a la libertad. Responsabilidad, pero sólo para cada día. Sin cálculo, sin apropiación. El amor, su propia sin-medida; pero el amor de fe, el que no se posee a sí mismo.

Es ésta la que anticipa la vida futura, la Jerusalén celeste, la libertad consumada del amor en Dios.

Mientras tanto, amigos míos, es necesario em-

peñarse con todas nuestras fuerzas en esta Iglesia libre, evangélica. Os oigo hablar mucho de ello, especialmente desde el Vaticano II, y sé lo que queréis decir: una Iglesia más pobre y de los pobres, más comunitaria e igualitaria, más misionera y dialogante... Pero dejadme deciros que éstos son los frutos. La savia viene de raíz íntima, del empeño diario, renovado, por vivir y ayudar a los otros a vivir esta espiritualidad de la Gracia.

No me gusta la palabra «espiritualidad», porque lleva connotaciones de intimismo religioso desencarnado. Pero no tengo otra para daros a entender que todo depende de la experiencia del corazón, de la sensibilidad para captar las fuentes que transforman el ser íntimo de la persona. Lo cual implica todo un proceso de liberación, casi siempre lento. Es más fácil dar recetas para ser buenos o inculcar ideales de radicalidad. Lo difícil es ayudar a una persona a que se reconcilie con su pobreza y haga del fiarse de Dios su consistencia personal. O a un grupo, a que trabaje por la justicia, pero desde un amor que perdona. Ayudar a que el cristianismo deje de ser una ideología entre otras y sea experimentado como gratuidad de la fe en Cristo muerto y resucitado. Es más fácil hacer de la Iglesia un grupo humano, con su sistema propio de valores, teóricos y prácticos, que intentar ser comunidad de hombres libres, en que la autoridad sirve al Evangelio y a los hermanos, y todos comparten la fe y el amor, pero cada uno sigue su propio camino de fidelidad a Cristo en un mundo plural.

No es fácil la libertad cristiana, amigos míos. Y, en primer lugar, porque no está planteada como libertad, sino como liberación. Su marco de experiencia, por ello, siempre ha sido religioso. En esta línea hay que interpretar ese fenómeno sorpren-

dente del posconcilio, la emergencia de los cristianos del Tercer Mundo y su teología de la liberación.

Debo decir lo que decía a los Tesalonicenses: «No apaguéis el Espíritu; examínadlo todo y retened lo positivo». Pero ¿por qué tanta prisa en asegurar la doctrina? La teología de la liberación necesita su tiempo, como cualquier otra, como también la mía, hasta que fue discernida por el Concilio de Jerusalén. Ya os he explicado antes los avatares sufridos.

La teología de la liberación integra dos datos fundamentales. Primero, que la liberación se ha dado en un proceso histórico; que, ciertamente, con Cristo, es un nuevo nacimiento por gracia, vinculado al acto fundante de la fe de la Nueva Alianza, pero inseparable de la larga historia de Israel, que ha visto la liberación de Dios en hechos socio-políticos. Segundo, que la fe del Espíritu no se reduce a la dimensión trascendente del hombre (en cuyo caso, no creemos en el Dios de la historia, sino del más allá); implica al hombre entero, persona y sociedad, interioridad y estructuras.

El peligro de la teología de la liberación no es el fantasma marxista, sino lo contrario, la tendencia a hacer una lectura demasiado sacral de lo socio-político. Todavía necesita perfilar mejor la ruptura que supone la muerte del Mesías Jesús y el don escatológico del Espíritu, por qué el Reino no se realizó inmediatamente como liberación temporal. Como he explicado siempre en mis escritos, a partir de la Resurrección la liberación mesiánica alcanza directamente al pecado, la muerte y la Ley. Esta triple realidad no es meramente espiritual; pero exige la sabiduría del escándalo mesiánico.

De todos modos, pienso que, en el trasfondo de

la teología de la liberación, lo decisivo no es la reflexión teológica, sino su praxis del amor preferencial por los pobres y, sobre todo, su nuevo modelo de Iglesia, que pone en entredicho el de las comunidades cristianas de Europa.

Y ya que voy analizando este gran tema de la libertad, debo referirme especialmente a esa forma de libertad, característica de Occidente, la autonomía de la razón y de la conciencia. A primera vista, al menos, choca frontalmente con la libertad cristiana. Y es que ha nacido en un mundo que se precia de haberla conquistado frente a la Iglesia. Éste es un desafío que yo no conocí en mi tiempo.

La libertad, para el hombre moderno, está ligada a la conciencia de sí mismo, como sujeto racional, e implica un proceso de emancipación y de autoposeción. El hombre ya no se siente sometido a un orden intangible, pues ha experimentado su propia creatividad y responsabilidad en relación con la naturaleza y la historia. Y es consciente de que las grandes instituciones religiosas, en general, lejos de promocionar esta aventura grandiosa, han adoptado una actitud defensiva. Por eso rechaza la tutela de las Iglesias, que aparecen como guardianas de las viejas cosmovisiones sacrales. La libertad se ha hecho secular al hacerse autónoma. No requiere instancias superiores, sino autenticidad y fidelidad al propio proceso de ser.

El instinto religioso inmediatamente percibe el titanismo de semejante combate. La figura del rebelde Prometeo. E inmediatamente advierte la hybris, la locura de una libertad que no se acepta finita, en su sitio justo en el Todo. Querer violar las leyes del Todo es destruirse a sí mismo.

Pero ¿qué tenemos que decir los cristianos a esta libertad que reivindica el señorío sobre la creación,

a esta autonomía que quiere dirigirse a sí misma? Ciertamente, refleja la ilusión del deseo, la angustia de la finitud no aceptada. Pero hemos de reconocer, hermanos, que en sus entrañas arde el fuego del absoluto alumbrado por la Liberación de Jesús. ¿No es verdad, acaso, que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y que, como tal, es señor de la creación? Fue nuestra tradición judeo-cristiana la que puso en marcha la desacralización de la naturaleza. Las cosas no son divinas, tabú inviolable, pues Dios no es el alma del mundo, sino su creador y, como tal, su misterio oculto. El hombre no es una parte del Todo, sino el servidor responsable que sólo da cuenta al Dios vivo.

¿No es verdad, sobre todo, que el sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado? La era escatológica de la fe es la era de la dignidad absoluta de la persona humana. Toda mediación humana y divina, desde la Ley a la Iglesia, han quedado subordinadas a la relación filial, confiada y franca, entre el hombre y Dios. No hay más que un mediador, Cristo, que nos ha liberado de todas las mediaciones para darnos su Espíritu, su propia inmediatez con Dios Padre. No hay otro orden más que el de la Gracia, que nos libera y justifica. En este sentido, cabe decir que la era escatológica es la era de la autonomía. ¿No consiste la Nueva Alianza en prescindir de toda tutela externa para ser dirigidos «desde dentro» por el Espíritu de Dios mismo?

Lo malo no es que el hombre reivindique su libertad autónoma, sino que la confunda con la independencia. A base de emanciparse de toda tutela, el hombre moderno se ha quedado sin padre, dominado por su propio miedo a la dependencia. Para defenderse de la Ley, ha tenido que negar la fuente

misma de la libertad, Dios. Pero una autonomía sin la experiencia de la gratuidad del amor no es más que un rictus de poder, que enmascara la angustia de la muerte. Por eso, la historia grandiosa de esta emancipación humana va a la par con la historia horrorosa de la autodestrucción.

Devolved, hermanos, al hombre actual su conciencia de libertad. Ahora que siente el cansancio de su larga lucha, y busca de nuevo protección y seguridad: la fascinación de la técnica, del confort, del Estado omnipotente, de las evasiones innumerables del ocio, e incluso de la experiencia interior.

El hombre no puede sostener su lucha por la libertad si no vive del Espíritu de Dios, que es libertad. Termina perdiéndose en la maraña de sí mismo.

Por más extraño que parezca, la primera afirmación cristiana sobre la libertad dice que es don. No discute si el hombre, en cuanto criatura racional, es libre. El hecho es que su existencia es de esclavo: bajo el miedo a la muerte, a merced de los bajos instintos, incapaz de amar gratuitamente, sometido a la contradicción de no poder ser sino apropiándose la existencia... La condición real de nuestra libertad no tiene salida desde sí. Basta observar la historia humana en sus mejores momentos. ¡El precio que ha pagado la humanidad por lograr un espacio de libertad! ¡Lo trágico es que el precio lo han pagado siempre los más débiles!

Nuestra libertad es liberada. Es el regalo de Cristo a los que creen en su Cruz. Ya lo he explicado más arriba: Cuando renuncio a fundamentarme en mí mismo y acojo la gracia salvadora de Cristo, mi libertad ya no es apropiación, sino acogida del Amor Absoluto. Mi libertad, por fin, ha

encontrado su origen, el seno vivificador de Dios Padre.

Esto se traduce en una dinámica misteriosa de libertad, que se desarrolla «de dentro afuera», desde el corazón del ser personal. Le llamamos «vida teológica», porque es un estilo de vivir según el Espíritu de Dios. No somos guiados por normas aprendidas, ni por análisis racionales, sino por la luz atemática del amor; sin conceptos, pero certera; por una especie de conexión vital con la verdad. No se necesita conocer el sistema del bien y del mal, porque el ser mismo está orientado por Dios.

Si tuviésemos este secreto, podríamos proclamarlo a los hombres, hermanos míos. Pero, ¡ay!, la Iglesia católica, a pesar del Vaticano II, presenta demasiadas resistencias a asumir el riesgo del Evangelio. Se ha sentido demasiado segura de su síntesis entre ley natural y fe. Se apoya demasiado en la autoridad para guiar las conciencias. Sospecha, sin discernir, de la autonomía del hombre moderno. Me atrevo a preguntaros, hermanos míos: ¿No creéis que Dios asumió infinitamente mayor riesgo al crearnos y proponernos la libertad de la Nueva Alianza? ¿Por qué no decidirnos a asumir las consecuencias?

No se trata, evidentemente, de echarlo todo por la borda. La libertad cristiana tampoco se confunde con el capricho o cierto talante progresista. La libertad cristiana está sellada por la sabiduría de la Cruz, y es profundamente paradójica. Se olvida cuando, bajo razón de libertad, uno quiere reformar la Iglesia ciñéndose a la propia opinión, intransigente, o se expone la unidad y comunión eclesial al espíritu de partido.

Puede reivindicar la libertad cristiana el que esté

dispuesto a obedecer antes que hacer su propia voluntad.

El que prefiere servir antes que mandar.

El que cree en la eficacia del amor cuando todo parece perdido.

El que se hace esclavo de todos por ganar uno solo para Cristo.

La libertad cristiana no se opone a la Iglesia, ni a los mandamientos de Dios, ni a los sacramentos, ni a los dogmas, ni a la jerarquía, ni a la razón, ni al mundo moderno, ni a otras religiones. Sólo se opone a la «carne», al poder del pecado que actúa en nosotros.

Los frutos de la carne son idolatría y resistencia a Dios,

lujuria, libertinaje e insensibilidad moral, rivalidad, partidismo, envidia, egoísmo, suficiencia, vanagloria, codicia, afán de poder, violencia, amor de sí.

Los frutos del Espíritu son paz y alegría, respeto, lealtad, sencillez, autodominio, aceptación de sí, esperanza, comprensión, generosidad, concordia, amor de Dios y del prójimo.

Carne y Espíritu son irreconciliables, como muerte y vida, pecado y gracia. Por eso, la libertad cristiana, siendo un don, es también una tarea, que hay que renovar cada día por la fe. Y digo por la fe, porque no madura a base de voluntarismo, sino a base de pobreza de espíritu. Ha de seguir la misma ley de Cristo, que siendo Hijo hubo de aprender la obediencia, y una obediencia hasta la

muerte. Cuesta entenderlo; pero es así: la libertad sólo puede alcanzar a ser Espíritu Santo cuando muere a sí misma. Ha de sufrir muerte a sus propias posibilidades para ser vivificada por la acción de Dios. Ha de ser crucificada, literalmente, a sus apatencias para que sea liberada del pecado de apropiación.

Hablamos de la libertad cristiana, hermanos, no de la madurez humana. Hablamos de la obediencia de fe, no de la necesidad de dependencia y seguridad.

¿Conocéis el secreto? El amor. Pero no cualquier amor, sino el amor pascual, el que se reveló en Cristo crucificado.

Porque el amor prefiere obediencia a razón, dar la vida antes que poseerla.

Consecuencias (5,26 - 6,10)

Primera consecuencia: Hágase todo por recuperar la libertad en la Iglesia, pero en espíritu de comunión, sin rivalidades partidistas.

Segunda: Los que un día descubristeis la libertad y vivís del Espíritu, tenéis el deber de poner en marcha esta dinámica; pero ¡cuidado con creeros superiores a los demás!

Tercera: En la Iglesia la libertad de conciencia está subordinada al amor. Así que más vale llevar la carga de los otros que no conseguir transformar nuestras instituciones.

Cuarta: No todos están llamados a una acción profética. Que cada uno encuentre su propio carisma en el Pueblo de Dios.

Quinta: Dejad siempre el juicio último de vuestras vidas y de la Iglesia al juicio de Dios. Lo que importa es amar y hacer el bien sin desanimarse.

* * *

Nada más que añadir, hermanos míos. Me despedido de vosotros con el único orgullo que ha sostenido siempre mi vida y mi misión: la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Mi vida entera le pertenece. ¿Qué podía esperar de quienes me persiguieron creyendo que honraban a Dios al negar la Buena Nueva de la justificación por la fe? Estad dispuestos a todo, incluso a llevar en vuestros cuerpos, como yo, las señales de la Pasión.

¡La gracia de Jesús esté con vosotros!

VI

Carta a los Romanos

Si Gálatas es el Manifiesto, Romanos es la Síntesis. Lo cual no quita que Pablo tuviese la preocupación concreta de lograr en la comunidad de Roma el acuerdo entre judeo-cristianos y pagano-cristianos.

Estamos en Corinto, quizá en la primavera del 58, al final de su tercer viaje misionero, a punto de embarcar para Jerusalén. Han sido años de gran actividad apostólica y de reflexión teológica. Cabe hablar de plenitud. Pero no de quien termina una etapa de su vida e inicia otra. Pablo está pensando en dejar Oriente (Asia Menor y Grecia) y llegar hasta España (15,24). Pero presiente dificultades (15,30-31). De hecho, en Jerusalén será apresado y conducido a Cesarea. Apelará al César y, providencialmente, alcanzará Roma. Leer Hechos 20-28.

Romanos no es un resumen de la dogmática cristiana; pero quien ha captado su mensaje tiene la llave secreta de las Escrituras.

Es exagerado decir que la historia de la Iglesia y de la teología ha dependido de las interpretaciones dadas a esta carta; pero es aquí donde mejor se muestra lo irreductible cristiano.

Con Romanos, uno reconoce que lo más actual sigue siendo lo eterno: la condición humana, condena-

ción y salvación, vocación y destino y, sobre todo, el drama escatológico del amor creador y redentor de Dios desarrollado en la historia, desde Adán, pasando por Israel, hasta el presente y más allá de la historia. El tema central de la predicación cristiana. ¿Por qué es olvidado con frecuencia?

Habrà que revisar el lenguaje de Pablo, tan suyo y de su época; pero difícilmente es superable. El primado del texto sobre todo comentario o relectura se hace evidente.

Detalle a tener en cuenta: la doxología final (16, 25-27) no se considera paulina. Con todo, ¡qué expresión tan feliz de su Mensaje!

Queridos hermanos de Roma:

Me presento a vosotros, yo, Pablo, servidor de Jesucristo y apóstol por vocación divina. Siendo como sois conscientes de vuestra elección y de estar consagrados a Dios como Iglesia suya, os deseo la gracia y la paz.

He sido escogido para proclamar la Buena Noticia, prometida por los profetas en las sagradas Escrituras, cuyo contenido es Jesús, el Hijo de Dios, por línea carnal, de la estirpe de David, por la acción del Espíritu Santo, constituido en Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, sometido a la muerte, lleno de fuerza salvadora por su Resurrección.

De Él he recibido la gracia de ser apóstol en favor de todos los pueblos. En virtud de esta misión os escribo, hermanos, pues también Roma es llamada por Jesucristo a conocer y alabar a Dios

Padre. En vuestra escucha y entrega confiada al Mensaje cristiano se hace real la Salvación que anunciamos. Por eso, permitidme, ante todo, que dé gracias a mi Dios por mediación de Jesús con motivo de vuestra conversión a la fe. En el mundo entero se os pondera.

Tengo muchas ganas de veros, hermanos. Bien sabe Dios que os recuerdo en su presencia cada vez que oro. Y por la misma razón que he consagrado mi vida al Evangelio de su Hijo, le pido poder visitaros, si es su voluntad. Me gustaría comunicaros algún don del Espíritu que os afiance; o mejor, que podamos alentarnos mutuamente en la fe.

Me debo a todos, a los de nuestra cultura y a los extranjeros, a los sabios y a los ignorantes, a los judíos y a los paganos. De ahí, mi deseo de evangelizar también en Roma. Muchas veces tuve en proyecto haceros una visita; pero hasta el presente siempre he encontrado obstáculos.

Como entre los demás pueblos, esperaba recoger entre vosotros algún fruto. Porque, ya me conocéis, no me avergüenzo del Evangelio. Mientras no se cumpla mi deseo, que esta carta os sirva, al menos, de exposición de lo que quisiera proclamaros de viva voz.

Primera parte:

Acción salvífica de Dios

TESIS NUCLEAR (1,16-18)

Mi evangelio es muy discutido, porque, para muchos, especialmente los judíos y ciertos cristianos marcados por la Ley, resulta escandaloso. Pues bien, no reniego de lo que tantas veces he anun-

ciado. De nuevo, y más extensamente que nunca, he decidido exponerlo.

El núcleo de la cuestión es comprender aquel versículo de Habacuc: *El justo vivirá por la fe*. Y entenderlo como Buena Noticia: que tanto el judío como el pagano, a partir de Cristo muerto y resucitado, no necesitan más que creer para ser justificados ante Dios. ¿Creer en qué? Creer en el amor de Dios revelado en este Mesías, Jesús.

Si la fe adquiere tal soberanía en la existencia del hombre es que se trata de un nacimiento nuevo, de una experiencia de salvación en la que la fuerza de Dios actúa estableciendo un punto de partida inesperado, un verdadero paso de la muerte a la vida.

En efecto, el justo ha de vivir por la fe, porque la condición del hombre es tal que no tiene salida desde sí misma. Ni el pagano, por más que la conciencia racional pueda establecer criterios éticos. Ni el judío, a pesar de disponer de la Ley, y, por lo tanto, del instrumento propio, a primera vista, para justificarse y salvarse.

En otras palabras, el justo vive por la fe, porque la salvación es obra gratuita de la misericordia de Dios.

LA HUMANIDAD SIN SALIDA (1,18 - 3,20)

Os parecerá una visión muy pesimista del hombre lo que voy a deciros. Pero hablo a creyentes, es decir, a quienes sois capaces de percibir la realidad a la luz del juicio escatológico de Dios tal como se muestra en el Evangelio.

Hasta que no vemos el precio de nuestro pecado en la muerte del Hijo de Dios, no podemos ni siquiera sospechar el abismo de nuestra impiedad y de nuestra esclavitud radical. Cuando anunciamos a

los hombres el Dios de la Revelación, patente en la vida, palabras y especialmente la muerte y resurrección de Jesús, entonces aparece desvelada la corrupción implacable. Porque así es el sistema de este mundo: la fortaleza que encubre, bajo apariencia de seguridad y orden religioso-moral, la idolatría y la mentira original.

Mundo pagano (1,18-32)

Mirad el cuadro de las religiones. ¿Por qué la incapacidad de adorar a un Dios creador, trascendente y personal? O bien Dios tiende a ser confundido con las fuerzas cósmicas, representadas simbólicamente por imágenes humanas, animales, plantas, astros. O bien Dios se identifica con la unidad primigenia de todas las cosas, una especie de alma del mundo. O bien es el Todo, la referenciá última del deseo que busca abismarse. O bien Dios es la interioridad misteriosa del corazón humano, siempre más. O bien, el Ser inencontrable, el trasfondo de las cosas, la sustancia divina inaprensible.

Y sin embargo, Dios no es el mundo, sino su Creador. Dios es anterior a Todo. Libremente, por su palabra, hizo todas las cosas, visibles e invisibles. ¿Por qué es reducido a ídolo, obra de nuestras manos, o de nuestros deseos, o de nuestra nostalgia de la unidad perdida o de nuestra pretensión de infinitud? Pero Dios está ahí, a la vista, para quien es capaz de verlo a través de sus obras; Él, invisible, a través de lo visible. Basta reflexionar sobre la contingencia y la finitud, sobre la belleza de la naturaleza y sobre el corazón del hombre, sobre el misterio de nuestra libertad y sobre el carácter incondicional de la experiencia ética. Basta ahondar en la religión misma como dimensión fundante de la existencia.

Pero no. Lo mejor del hombre, su apertura a la trascendencia, sólo sirve para que se repliegue más sobre sí mismo. Somos inexcusables. Lo que nos es dado como camino de conocimiento y adoración del único Dios vivo y verdadero, lo hemos transformado en propiedad nuestra, a la medida de nuestro pobre corazón, angustiado y rebelde.

No es que las religiones sean falsas o malas, sin más; pero en cuanto se las compara con la Revelación cristiana, al final siempre llego a la misma conclusión: la esencial ambigüedad de todo tanteo humano de trascendencia. Buscamos al Absoluto y, al final, nos encontramos con la vaciedad de nosotros mismos. ¿Por qué? La respuesta no es teórica. Ciertamente, Dios puede ser conocido a través de lo creado y, en primer lugar, del hombre, su imagen. Pero la verdad real es que el hombre maneja a Dios en función de su propia megalomanía o de intereses oscuros. Sólo cuando Dios se revela personalmente en Cristo, con la soberanía de su libertad y de su amor, se desvela el pecado de la pretensión religiosa del hombre, y éste puede tributarle el honor que se merece.

Mirad el cuadro de la sabiduría humana, que pretende guiarse a sí misma. De hecho, junto al sentimiento religioso, los humanos se afanan por encontrar respuesta al misterio de la existencia o, al menos, por dar sentido último a nuestro vivir. Lo hacen de múltiples formas. Unas veces, desde el ordenamiento equilibrado de la finitud: aceptación de uno mismo, respeto y tolerancia, integración de cualidades, convivencia gratificante... Otras veces, por el contrario, se busca la medida del hombre en la sin-medida de su anhelo: el autodomínio, la ascética, el talante heroico, la ética revolucionaria, la utopía social. Nos debatimos entre la racionalidad y la nos-

ta, entre la filosofía y la ensoñación. Pero yo diría, más bien, que ese combate hace patente la tragedia profunda del hombre. Es incapaz de aceptar su propia finitud, y se revuelve desesperadamente construyendo ilusiones. Hasta la ciencia y la técnica, instrumentos poderosos de humanización, ocultan el viejo mito de la felicidad perdida. ¡Grandeza y miseria del hombre!

Mirad el humanismo ateo, la filosofía de la finitud aceptada. Nosotros, precisamente, los cristianos, le debemos mucho. Ha servido para percibir la ambigüedad del deseo religioso. Esta escuela de «sospecha», paradójicamente, a veces se parece a la palabra de Dios, que discierne fe y alienación, la experiencia que humaniza y la que alimenta regresiones infantiles. Nos obliga a ser más sobrios y humildes en nuestro lenguaje religioso. Pero digamos, también, que el humanismo ateo demuestra la condición humana sin-salida. Cifrar el sentido de la existencia en la finitud aceptada sigue siendo racionalidad angustiada. Se parece demasiado a la autoafirmación de una libertad que no quiere reconocer su origen, su trascendencia real. En el fondo, no están tan lejos las ilusiones religiosas y la autonomía racional del ateo. Ambos beben de la misma fuente: el pecado de querer ser como Dios, la fascinación por conquistar la inmortalidad (Gén 3).

Os he dicho antes que este análisis depende de la confrontación de la sabiduría con la Revelación. Haced la prueba de predicar la locura del amor de Dios, la pasión de Jesús, su victoria sobre la muerte. Yo lo experimenté en Atenas, cuando hablé a los intelectuales. Mientras sostuve el diálogo con una racionalidad coherente, parecía aceptable ser creyente. En cuanto anuncié a Jesucristo salvador y juez, el diálogo quedó bloqueado. Y es que el

pecado, hermanos, está en la honradez misma de quien pregunta. Lo terrible de Dios, por ser Dios, y de su amor en la Cruz, es que ha juzgado y condenado definitivamente toda suficiencia.

El pecado corrompe la raíz. Y, lógicamente, produce sus frutos. Atreveos a mirar de frente la corrupción moral de la humanidad. A veces nos hacemos ilusiones al detener nuestros ojos en el pequeño grupo de los mejores: los grandes maestros religiosos, los esfuerzos humanistas, las luchas de emancipación social, la bondad anónima de la gente sencilla... No niego que también eso sea Reino de Dios. Lo es, y, a su vez, relativiza nuestras afirmaciones sobre la necesidad de la fe. Pero el juicio global sobre la humanidad, si ha de ser realista, resulta francamente abrumador.

En cuanto el hombre pierde la rectitud fundamental de su ser, que sólo puede ser Dios, y la desvirtúa con la mentira de sí mismo, se desencadenan los poderes oscuros, incontrolables, destructores. Serán los bajos instintos: desenfreno sexual, objetivación degradante de las relaciones humanas, incapacidad de dar sentido moral a las tendencias... Serán la prepotencia sin trabas, la codicia, la explotación del hombre por el hombre, insolencia, hostilidad, intolerancia... Recorred cada uno de los mandamientos de Dios. ¿Cómo se viven las relaciones familiares? ¿Qué valores dominan esta sociedad? El placer inmediato, la posesión sin medida, la competencia desleal, la ambición. ¿Qué reglas de conducta rigen a esta humanidad, que es capaz de dejar morir de hambre a millones de hermanos, insolidaria con los más pobres? ¿No veis el deterioro progresivo del amor y de la igualdad entre personas y grupos?

Cuando Dios deja de ser fundamento real de la

vida humana, la muerte del hombre se precipita. Alguien me dirá que las religiones han sacralizado durante siglos la violencia y el poder. Y tiene razón. Pero el Dios que yo anuncio, hermanos, es el Dios de la compasión y de los desfavorecidos, el Dios de la gracia salvadora, tal como Él mismo se ha revelado, no tal como nos lo hemos fabricado los hombres.

Algunos incluso se atreven a echar la culpa a Dios de tanta injusticia y sufrimiento acumulados. ¡Ciegos! Basta mirar en la propia conciencia. Su veredicto es tajante: somos nosotros los culpables, los que hemos creado esta máquina de muerte. ¿Cómo es posible? No nos lo explicamos; pero la responsabilidad la percibimos nuestra. Así es la condición humana, hermanos: la luz de la conciencia es recta; pero somos incapaces de salir de nosotros mismos y amar. Y aquello que experimentamos como poder tenebroso que nos esclaviza, lo sentimos como lo más nuestro, responsable.

No os extrañe que este destino trágico conduzca a muchos a aplastar toda conciencia moral, hasta el punto de elevar a valor y erigir en sistema social lo irracional: la raza, la lucha por la supervivencia, el odio y la mentira. En algunos momentos de la historia humana aparece lo demoníaco, el mal en estado de frenesí. Habitualmente está ahí, miasma de muerte para todos los hombres.

Ante el juicio de Dios (2,1-16)

Ante semejante cuadro, la tentación es erigirse en juez, sobre todo si, por haber conocido la Revelación, nos sentimos poseedores de la verdad. Lo hace el judío con la Ley, y lo hace el cristiano con la misma mentalidad. Recordad la carta a los Gálatas, que escribí en este sentido.

No creáis, pues, que los judíos están en mejores condiciones. Podrían estarlo, a primera vista, ya que han sido sacados del «sistema de la corrupción», del mundo pagano y pertenecen al orden de la santidad divina. Pueden juzgar lo bueno y lo malo, pueden apoyarse en la Alianza, pueden hacer las obras que Dios quiere y merecer su amor y salvación.

¡De ninguna manera, amigos míos! Lo que cuenta no es poseer la verdad, sino ser recto, obrar según Dios. Pero cuando el creyente se apropia la Revelación y se cree superior al pagano religioso o al humanista ateo, su propia suficiencia le condena.

¿No te das cuenta, amigo, de que tú haces lo mismo que condenas? ¿Te figuras que, por ser judío o cristiano, por pertenecer a la Iglesia, por estar dentro del orden de la verdad, tienes alguna garantía ante el juicio de Dios?

¿No será al revés? Tú que has conocido la inagotable paciencia de Dios, ¿cómo endureces así tu corazón con la intolerancia? Es de las cosas más estremecedoras de mi experiencia creyente: cómo lo mejor sirve para lo peor. De hecho, la conciencia de la Ley y de su elección ha servido a Israel para la rigidez y la violencia. Mucho me temo que ocurra lo mismo en la historia de la Iglesia. A mayor gracia, mayor apropiación; a mayor elección, mayor suficiencia. ¿Mejor prueba del pecado?

Cada uno de los hombres seremos juzgados según nuestras obras. Dios no tiene favoritismos. Los no creyentes serán juzgados conforme a su conciencia. Los creyentes, según los mandamientos revelados de Dios. Los que perseveraron haciendo el bien, recibirán la vida eterna. Los que por egoísmo se rebelaron contra la verdad y obraron el mal, serán condenados.

Los no-creyentes se rigen por criterios éticos, los que emanan de su conciencia racional. Los creyentes, por la Palabra de Dios. Unos y otros hemos de ser juzgados por Dios Padre en el día de la parusía de nuestro Señor Jesucristo.

Alguien pensará si en ese caso merece la pena conocer la Revelación. Al final se trata de salvarse, ¿no? Y como lo importante es haber obrado con rectitud de conciencia... Esta forma de razonamiento, hermanos, es típica de quien vive la salvación bajo la Ley. Mirad, Dios salva de muchas maneras, y no es necesario creer en el Evangelio para la salvación última. Pero ¿cómo explicaros que el Evangelio no es un sistema de seguridad para salvarse! El Evangelio es la salvación escatológica anticipada, la experiencia de la liberación última vivida ya en nuestro caminar hacia el futuro. Pero lo es en la medida en que es vivido como gracia, y no como Ley.

Si lo vivís como Ley, entonces seguís bajo la condenación de la Ley, exactamente como los judíos. Y es que la Ley, por más buena que sea en sí, no salva.

Mundo judío (2,17-29)

Ahora me encaro con los judíos. Yo también lo soy por origen y, sobre todo, porque antes de descubrir a Jesucristo, viví más que nadie la grandeza y la esclavitud de la Ley.

Hay que conocer de cerca la conciencia que tiene el judío de su dignidad religioso-moral. La misma que comienzo a constatar ya en algunos cristianos; muy peligrosa, hermanos. ¿Sabéis lo que es poseer la verdad en las Escrituras, tener a Dios de tu parte, poder ordenar la vida según su voluntad, es-

tar convencido de tu superioridad sobre las otras religiones y sobre los ateos, tener la luz que enseña a los demás y, encima, disponer del orden objetivo que garantiza la salvación?

Pero la verdad es que no son mejores que los otros. Afán de dinero, como los otros. Adulterio, como los otros. Religiosidad mágica, como los otros. Rivalidad y ambición, como los otros. Estrechez de miras, como los otros... No nos engañemos: Dios no es algo que se tiene. Y cuando la revelación del Dios vivo es reducida a un orden objetivo de dogmas y normas, se trata de nueva idolatría, quizá peor que las otras. Ídolo es eso, el Dios objetivado, controlable.

Hace tiempo lo denunciaron los profetas: *Por vuestra culpa maldicen los paganos el nombre de Dios* (Is 52,5; Ez 36,20). ¿No os dais cuenta de que vuestra responsabilidad es mayor? Dios os ha escogido para darse a conocer a la humanidad entera. Ha querido salir al encuentro del hombre para que éste le conozca de un modo personal e íntimo mediante la Palabra. Pero ¿qué estáis haciendo de esta Palabra?

Porque la circuncisión sirve para algo si practicas la Ley, es decir, si amas a Dios con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo, que ahí se resumen las dos tablas de los mandamientos y el sentido de la vida humana. Pero si no amas, tu circuncisión es como si no existiera (y digamos lo mismo de los sacramentos cristianos y de las otras prácticas religiosas). Por el contrario, si un pagano o un ateo cumple los valores de la Ley, es decir, ama de verdad y con obras, ¿no está circuncidado de hecho en el corazón (y bautizado)?

Porque ser judío o cristiano no está en lo exterior. Se es elegido cuando se vive según Dios. Circuncisión es la interior, la hecha por el Espíritu, tal como fue anunciada para los últimos tiempos como Nueva Alianza (cf Jer 4,4; 9,25; 31). Todo signo de elección es un medio, no un fin. Este es el pecado de los judíos (y de tantos cristianos): que no sólo no son mejores que los demás a nivel ético, sino que pretenden justificarse ante Dios como si, por pertenecer a un «status» religioso, tuviesen un derecho asegurado.

¿Qué intento demostrar con todo esto? Que todos, paganos y judíos, la humanidad entera vive bajo el pecado y necesita la intervención gratuita del Dios salvador. Pero una intervención nueva, que supere la Ley. Porque ésta es la contradicción insalvable del judaísmo: los mandamientos son verdaderos, pero la Ley no da el Espíritu para cumplirlos; la circuncisión es un signo de la Alianza, pero no transforma el corazón.

Así que el mundo judío, como camino de salvación, está también bloqueado, y bloqueado por aquello que es su privilegio mayor, la Ley. Enseñada os explicaré por qué. Nunca lo hubiésemos sospechado. Pertenece a los designios inescrutables de la misericordia de Dios. Es el misterio oculto durante siglos, y ahora revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesús. ¡Es el Evangelio de la Gracia, que ha querido destruir toda barrera entre judíos y paganos, justos y pecadores, para implantar la soberanía del amor y del Espíritu en una nueva humanidad, la de los que creen en Jesús!

El pecado, pues, de Israel es doble: no sólo que no son mejores que los otros, sino que se apropian los dones de Dios para creerse mejores.

Lo terrible, como explicaré, es que no pueden

serlo. Y aquí he de repetir lo que dije sobre el paganismo: esta incapacidad de vivir en la verdad y el amor es responsable. Contradicción insuperable, que toca a la raíz del hombre, y que, por eso, teológicamente, llamamos «pecado original».

Objeciones (3,1-20)

Ante semejante panorama, no es extraño que se acumulen las objeciones. Algunas vienen de los judíos, y otras, de los cristianos judaizantes, de ese grupo que tanta guerra me ha dado y que no termina de creer en el Evangelio y lanzarse a vivir de la libertad del Espíritu.

Primera: Entonces, ¿en qué es superior el judío? ¿De qué sirve la circuncisión? ¿Para qué ha recibido la Ley?

Es superior, porque a Israel se le confiaron las promesas, los mandamientos, las profecías. En cuanto régimen de Revelación, objetivamente, es clara su superioridad sobre el mundo pagano. Pero, en cuanto respuesta al Reino, a la revelación última de Jesucristo, no es superior. Ha pecado igualmente.

Más: la superioridad de Israel no se mide, primordialmente, por su fidelidad a la Ley, sino por la fidelidad de Dios. ¿Qué importa su infidelidad, si Dios ha manifestado la grandeza de su misericordia con ocasión del rechazo de Israel?

Segunda: Pero si nuestra iniquidad es para resaltar la rectitud de Dios, ¿no se vuelve esto contra Dios? ¿De qué puede juzgarnos, si Él mismo nos ha encerrado en la contradicción? En ese caso, Dios es inhumano.

Me lo achacan muchas veces: que para resaltar la

grandeza de Dios rebajo al hombre. ¡De ninguna manera! En primer lugar, porque no hablo de la dignidad humana a nivel de ser creado. ¡Cómo negar la cumbre de la creación, sus posibilidades, su libertad! Hablo de las posibilidades del hombre en cuanto vocación de Absoluto, de la condición real en que el hombre intenta dar un sentido último a la existencia, y, sobre todo, del hombre al descubierto, cuando se encuentra con el amor indefenso y crucificado de la Cruz. Entonces emergen los trasfondos de pecado, lo que cierto racionalismo humanista no quiere reconocer.

En segundo lugar, ¿cómo te atreves a pensar que Dios es el culpable de tus contradicciones? ¿Cómo puedes decir que se complace en sí mismo al rebajar al hombre? Hablas de un Dios-Moloch, típica proyección de la angustia humana; ese Dios que necesita ser apaciguado con sangre, que encuentra satisfacción en llevar cuenta rigurosa de las acciones humanas... ¿Puedes mantener ese razonamiento ante el juicio de Dios manifestado en la entrega de su propio Hijo hasta la muerte en favor de los pecadores, de ti, que haces ese razonamiento de rebeldía porque no reconoces la necesidad de ser perdonado y salvado?

Tercera: Si todo es gracia, si no nos justifica el cumplimiento de los mandamientos, hagamos el mal para que luzca más la misericordia de Dios. Pequemos para no poder apoyarnos en nuestras buenas obras, y quede clara la sola fe.

Esa calumnia nos levantan algunos. Van diciendo por ahí que eso es lo que enseño.

¿Merecen una respuesta? Pienso que en su propio razonamiento llevan la condenación. Quien dice creer en el Amor Absoluto de Dios en Cristo y no

ama, ya está condenado, porque objetiva el amor mismo. Ciega la fuente de la vida. Por eso, pienso que los que me calumnian tampoco han descubierto el amor. Al contraponer la fe en el Amor a las obras de amor, patentizan su legalismo, sus obras de muerte, la superficialidad de su fe.

Reconozco que, de hecho, el Evangelio de la Gracia puede ser manipulado infantilmente. ¡Hay tantas personas que viven de la ilusión de ser amados! Y la usan como arma para que se les dé todo hecho, para no asumir responsabilidades.

En conclusión, que todos, sin excepción alguna, somos presa del pecado, judíos, paganos, hombres naturalmente religiosos, humanistas, agnósticos, piadosos practicantes, comprometidos por la justicia, militantes de la emancipación, sabios e ignorantes. Casi me atrevo a decir que somos pecado. De hecho, el ámbito propio para escuchar la Buena Noticia de la Gracia es la experiencia totalizante del pecado. Sin conciencia radical de pecado, el Mensaje de la Cruz queda de nuevo reducido a moralismo o recurso de gratificación psicológica para momentos de culpabilidad narcisista.

Hay que tocar fondo, hermanos, en la experiencia de pecado. Si seguís creyéndooos buenos, aunque cometáis muchas faltas... Si seguís apoyándoos en vuestra buena voluntad para la conversión... Si os sentís seguros de vuestra honradez moral... Si creéis que podéis salvaros con vuestro esfuerzo y generosidad... Si centráis el sentido de vuestra vida en la coherencia de vuestro compromiso por los demás... Ante el juicio de la Cruz, toda suficiencia moral y religiosa ha sido desbaratada de una vez por todas. Mientras no sintamos la impotencia de salir de nosotros mismos, no hay vida nueva en Cristo. Es en nuestra muerte, en la incapacidad de poder justi-

ficarnos ante Dios, como se revela la fuerza del Espíritu que, mediante la fe, nos resucita.

Esta experiencia está consignada en el Antiguo Testamento. La historia entera de Israel se resume en esta contradicción: por un lado, posee la Ley y trata de cumplirla; por otro, idolatría e infidelidad. El profeta Jeremías había llegado a esta conclusión: la dureza impenitente del Pueblo de Dios. Y el salmo 143 lo dice taxativamente: «*Nadie podrá justificarse ante Dios*».

Lo que se hace patente en Israel no es más que la condición misma de la humanidad.

Para dejar constancia de esta verdad os remito a algunos textos de la Escritura. Meditadlos, porque es necesario no olvidar la condición real de nuestra impiedad y esclavitud. Aunque se nos haya dado la alegría de la Salvación, la fe crece en confrontación con el pecado. Si no, termina por apropiarse la Gracia.

Ninguno es inocente, ni uno solo,
no hay ninguno sensato, nadie que busque a Dios.

Todos se extraviaron, igualmente obstinados,
no hay uno que obre bien, ni uno solo
(Sal 14, 1-3).

Su garganta es un sepulcro abierto,
mientras halagan con la lengua
con veneno de víboras en sus labios (Sal 5,10).

Su boca está llena de maldiciones y fraudes (Sal 10,7).

Sus pies tienen prisa por derramar sangre;
destrozos y ruinas jalonan sus caminos,
no han descubierto el camino de la paz
(Is 59, 7-8).

El respeto a Dios no existe para ellos (Sal 36,1).

JUSTIFICACIÓN POR GRACIA (3,21 - 4,25)

Mirad el madero de la Cruz
donde está clavada la Salvación del mundo.

Éramos todos reos ante el tribunal de Dios. Hemos destruido la obra de Dios, la naturaleza y al hombre. Nos hemos apropiado hasta su amor y elección. Nos envió a sus profetas, y no escuchamos la llamada de Dios a la conversión y la vida. Nos envió, por fin, a su único Hijo, y lo crucificamos.

¿Cómo justificarnos ante Él?

Pero escuchad, hermanos, la sentencia de Dios, la Noticia inaudita. Ya lo dijo el profeta:

Mirad, incrédulos, pasmaos y anonadaos,
porque en vuestros días estoy haciendo yo una
obra tal,
que si os lo cuentan no la creeréis (Hab 1,5).

Es el Evangelio que se me ha dado a conocer y que debo proclamar a todos los vientos. ¡Dios ha declarado sentencia de gracia!

Ahora, en virtud de la obediencia de su Hijo,
Dios ha prescindido de la Ley,
desbaratando toda pretensión de justicia propia.
¡Quiere justificarnos gratuitamente!

Se trata de algo reservado para el tiempo mesiánico que nos ha tocado vivir, el Reino de la Gracia. Pero responde al plan iniciado por Dios en el Antiguo Testamento. En efecto, la Alianza fue acción salvadora y gratuita de Dios en favor de Israel. La Ley, en última instancia, no tenía otro sentido que ser respuesta a la liberación de Dios. Los profetas, igualmente, dieron testimonio de la fidelidad de Dios por encima de la infidelidad de Israel. Ahora que hemos podido contemplar el resplandor insobrepasable de la Misericordia, se nos ha dado el

secreto de la Revelación: por qué Dios fue tan paciente con la humanidad y con los pecados de su pueblo elegido. Iba manifestándonos su forma propia de ser justo: amor fiel, amor incondicional, amor que perdona y no se agota, amor que encuentra su fuente en entregarse gratuitamente, amor que redime.

Ahí lo tenéis: Jesucristo muerto por nuestros
pecados,
el Hijo por los reos asesinos,
el Justo por los pecadores,
víctima propiciatoria por todos los hombres,
los que hacen las obras de la Ley
y los que están fuera de la Ley.
Todos pecamos.
Único mediador, Jesús.

Él es la sentencia de gracia de Dios al mundo, el sí incondicional de su amor, el rescate que nos libera de la esclavitud de la muerte, del pecado y de la Ley.

¿Quién es el que justifica?
Dios es el justo con justicia de gracia,
con soberanía de amor.

Y no discutáis con el Amor, hermanos, cuando su decisión de ser fiel a sí mismo es irrevocable. No se puede tomar cuentas al Amor cuando quiere llegar al extremo de no tener en cuenta nuestros pecados y quiere hacer de nuestro pecado el motivo de su manifestación definitiva. ¿Cómo luchar con el Amor que asume el pecado ajeno y devuelve el rechazo en gracia?

Sólo cabe creer,
dejarse amar,
obediencia agradecida y humilde.
¡Bendita culpa que nos trajo tal Redentor!

Entended bien que esta justicia escatológica de Dios es una nueva creación; inaugura la existencia pensada por Dios para los tiempos mesiánicos. Pues bien, este hombre nuevo es el que *vive de la fe*, como os decía más arriba. Me explicaré.

Al querer Dios ser justo incondicionalmente por gracia y hacerse Él nuestro justificador en Jesús, el Mesías crucificado, la salvación sólo puede ser vivida en dinámica de gracia. El hombre renuncia a apoyarse en obras propias y recibe la vida nueva, la que en la Cruz se ha revelado como soberanía del amor.

En la búsqueda de autojustificación, incluso bajo razón de fidelidad a la Ley de Dios, todavía hay apropiación. Cuando el hombre no puede ofrecer a Dios más que su propio pecado y no le queda más apoyo que creer en su misericordia fiel, sólo entonces se libera de sí mismo y entra bajo la acción libre del Espíritu. Justificado por Dios, es hecho justo, es decir, es orientado en su ser más íntimo según el ser de Dios, que es amor de gracia. Por eso, la fe es vida, la vida que el Espíritu suscita en lo íntimo del hombre. Dios asume misericordiosamente nuestros pecados y los destruye con el fuego de su amor. Su bondad es como un manto que cubre nuestra miseria; más, luz que transforma nuestras tinieblas.

La paradoja de la justificación por la fe consiste en lo siguiente: cuando el hombre renuncia a ser desde sí, entonces descubre su verdadero ser de criatura fundada en la gratuidad del amor; de pecador salvado; de hombre libre, llamado, no a la libertad estrecha de sus propios proyectos (por mejores que parezcan, los morales y religiosos), sino a la libertad del Espíritu Santo; de hijo, que

vive en comunión de confianza y amor, liberado del miedo al juicio de su conciencia.

En otros términos: la fe cumple la paradoja de la suprema pasividad en el máximo de actividad. Todo consiste en recibir, en no obrar. Pero en eso consiste el obrar que libera, el nuevo nacimiento.

Lo único que quiero añadir es que esta vida de fe es vivida en fe. Sólo así puede ser vida en el Espíritu. No es un nuevo sistema de seguridad.

¡Qué cosa! No sabes si tú, personalmente, estás en la gracia de Dios; pero te basta mirar la Cruz y creer. No te apoyas en ninguna obra buena; pero este amor de fe te urge desde lo más íntimo de tu ser a entregar la vida. Cada vez entiendes menos a Dios; pero una luz oscura te guía, y te fías, sin más. No tienes seguridad de ir al cielo (¡te ves tan pecador!); pero vas aprendiendo algo mucho más importante, hacer Su voluntad. Tienes dudas; sólo te queda volver a creer, y notas, misteriosamente, una fuente de agua viva que renueva tu interior. Sientes vértigo, pues vivir de fe, al aire de un Dios de amor absoluto...; pero Él te atrae y sostiene; te basta ponerte en sus brazos, como un niño.

La verdad es que esta existencia ya había sido iniciada por Dios cuando llamó a Abrahán. La hemos descubierto ahora, porque entre Abrahán y Jesús se interpone, en la historia de la Salvación, el régimen de la Ley. Pero, de hecho, recupera el origen, aunque superándolo infinitamente.

En efecto, con Abrahán comienza la historia de la Gracia. Dios interviene libremente en la historia para llevar a cabo su plan de salvación, pues, fiel a sí mismo, no abandona a la humanidad a su pecado y condición de muerte. Por eso, a Abrahán Dios le hace la promesa de que será padre de la humanidad futura.

La promesa es objeto de fe; no es mandamiento. El Génesis dice que *Abrahán creyó en Dios y eso le fue imputado como justicia*, es decir, que, al creer en la promesa, entró en el plan de Dios y comenzó a ser el primer salvado.

Por otra parte, la promesa estaba ligada a tener un hijo. Su mujer, Sara, era estéril; y Abrahán y Sara, ancianos. ¿Cómo podía realizarse la palabra de Dios, sino por la iniciativa de Dios, que da la vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no es? Su fe no flaqueó al considerar su cuerpo materialmente muerto (tenía casi cien años), y el seno de Sara sin vida. Frente a la promesa de Dios, la incredulidad no le hizo vacilar. Al contrario, su fe se reforzó, teniendo por medida el poder de Dios. Reconoció que Dios decía verdad, convencido de que cumple lo que promete. Fe desnuda, sin apoyo humano, que le justificó ante Dios.

¿Os dais cuenta? Cuando Dios se revela en su ser, y el hombre le reconoce como tal, la gratuidad se hace fundamento. Y la gratuidad, por definición, sólo puede ser creída, no merecida. Cuando uno hace su trabajo, el salario es algo debido. Cuando uno se salva por las obras de la Ley, la salvación es mérito propio. Pero cuando uno es culpable (¡y todos lo somos!), la salvación es por gracia.

¡Si conocierais al Dios de nuestro Mesías, Jesús! ¡Le importan tan poco nuestras obras! Lo suyo es crear de la nada y salvar perdonando. A sus ojos sólo cuenta creer en su amor. ¡Así es el amor cuando es divino! El salmista lo expresó radiantemente:

¡Dichosos los que están perdonados de sus culpas!
¡a quienes han sepultado sus pecados!
¡Dichoso el hombre a quien el Señor
no le cuenta el delito! (Sal 31, 1-2)

Siendo así, ¿por qué algunos judeo-cristianos se empeñan en condicionar la salvación cristiana al cumplimiento de la Ley, por ejemplo, a la circuncisión? Argumentaré como ellos, que también yo he sido educado en el rabinismo. Abrahán fue justificado antes de la circuncisión; por lo tanto, sin obras de la Ley. La promesa no fue dada para el tiempo de la Ley, circunscrita a Israel, para los circuncisos, sino para el tiempo futuro, para todos los pueblos. Según las Escrituras, por tanto, el futuro de la humanidad dependerá de la fe, no de la Ley. Ésta corresponde a un estado intermedio. En consecuencia, ya ha desaparecido con la llegada de Cristo. De ahora en adelante el régimen de la fe sustituye al régimen de las obras. Y, por eso, Abrahán es padre de los judíos circuncisos, y padre de los paganos cristianos, justificados por la fe. ¿No dice la Escritura que *Abrahán fue destinado a ser padre de todos los pueblos?* (Gén 17,5).

Con esto no excluyo a los circuncisos, a mis hermanos judíos; que circunciso soy también yo. Lo que digo es que tanto el circunciso como el incircunciso, el judío como el pagano, es justificado por la fe, no por las obras de la Ley. Si Abrahán fue circuncidado, no lo fue para ser justificado, sino como signo externo de la justificación y de la promesa. El pecado del judaísmo está, precisamente, en que ha sustituido la fe por la circuncisión, la dinámica de la fe por la dinámica de las obras.

Y podría ocurrir lo mismo con el cristianismo, que el bautismo, por ejemplo, sea reducido a garantía objetiva de salvación. Nunca se insistirá suficientemente en que es sacramento de fe. Si el bautismo nos justifica, es únicamente por la fe en el Dios que resucitó a Jesús, nuestro Señor, de la muerte. Así lo profesamos cuando lo celebramos en nuestras comunidades cristianas:

entregado por nuestros delitos,
resucitado para nuestra justificación.

En resumen, el régimen de la Promesa fue por la fe, y el régimen del Cumplimiento también. Antes, en función de una herencia. Ahora, en función de la vida definitiva. En ambas, Dios es creído como Dios de Gracia, el que crea vida de la muerte y salva sin méritos previos del hombre, destruyendo el pecado por obra de su amor.

¿Qué función tiene, pues, el régimen intermedio de la Ley? Lo explicaré más adelante. Por el momento baste decir que pertenece al plan de Dios una etapa pedagógica, en que la fe, al ser mediatazada por la Ley, sumerge al hombre en las grandes contradicciones de su existencia.

Tal es la dinámica entre Antiguo y Nuevo Testamento: de continuidad y ruptura, a la vez.

SALVACIÓN: ADÁN Y CRISTO (5,1-21)

La primera obra de la fuerza salvadora de la gracia de Cristo es la reconciliación. En el acto fundante de la fe, al creer que somos justificados gratuitamente por mediación de Cristo, se realiza la promesa mesiánica de la paz.

Paz con Dios. Habíamos roto con Él; estábamos *en enemistad con Dios*; expuestos al rechazo de su santidad; separados por el abismo infranqueable entre nuestro pecado y su gloria. Él mismo, gratuitamente, en el tiempo pasado, había dejado en suspenso la justa sentencia de condenación. Y ahora, por mediación de su Hijo, entregado por nuestros pecados, nos ha restablecido en su amistad, curando nuestras heridas, dándonos su Espíritu de santidad. ¡Increíble donación de su misericordia!

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo,
por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios
Padre,
fuente de todos los dones!

¿Cómo darle gracias por la riqueza de vida que despliega ahora en nosotros, transformados de pecadores en justos, en virtud de la justicia, no de nuestras obras, sino de su Gracia? Así lo experimentamos, como vida que nace de la fe y crece en la fe. Es nuestra, realidad vivida con todo nuestro ser; y, sin embargo, mana misteriosamente de pozo oculto.

¿Cómo explicarla? Más bien, la notamos en nosotros como existencia nueva, como dinámica que totaliza nuestro ser y actuar. Nos sentimos hombres nuevos. Nada ha cambiado a primera vista. Seguimos experimentando nuestra inseguridad, el miedo al sufrimiento, la fragilidad...; pero todo ¡es tan diferente!

Plantados en la certeza del amor de Dios, nuestra esperanza tiene como horizonte la vida de Dios, y nuestro anhelo se dilata hasta alcanzar la salvación definitiva, la visión gloriosa de Dios.

Más aún, nuestra condición presente de sufrimiento adquiere nuevo sentido y es transfigurada. Hasta la debilidad nos es motivo de confianza, pues la gracia de Dios muestra su poder en nuestra impotencia.

Las pruebas producen perseverancia;
la perseverancia cualifica nuestra fidelidad;
la fidelidad acrecienta la esperanza.

¡Fuerza inquebrantable de nuestra esperanza, que nunca falla, pues se alimenta del amor fiel que Dios nos tiene!

El Amor ha sido derramado en nuestros
corazones,

y es más fuerte que nosotros mismos,
siendo como es el Espíritu de Dios.

Antes nos debatíamos, desesperados, con nuestra impotencia, sometidos al poder del pecado. Desde que hemos conocido y creído en el Amor Absoluto, nada nos impide perseverar siendo fieles: ni nuestras debilidades, ni nuestros miedos y, me atrevería a decir, ni nuestros pecados. Cuando sabes que Él siempre es fiel, todo se renueva en el acto de fe. Antes, al confiar en nosotros, la fuerza de nuestra esperanza estaba, fatalmente, a merced de la propia angustia. Ahora, sin embargo...

Jesucristo murió por los culpables.

¿Quién es capaz de morir por una causa justa?

Quizá por otra persona buena y amada...

Pero Él murió por nosotros,

cuando éramos todavía pecadores,

cuando lo crucificamos injustamente.

¡Así es Dios!

Sería imperdonable pecar contra la esperanza, habiendo conocido este amor de gracia, incondicional.

Si justificados por gracia,

por la sangre de Jesús,

con mayor razón salvados,

cuando venga su Reino definitivo.

Reconciliados por Gracia,

cuando éramos enemigos,

¿quién podrá separarnos de su Vida,

si somos sus amigos?

Reconciliados por su muerte,

vivificados por su resurrección.

¡Gracias, Señor Jesús!

Todo ello se resume, hermanos queridos, en esta afirmación central: que la pascua de Jesús inaugura

una nueva humanidad. El presente y futuro del hombre dependen de este acontecimiento. Dios ha intervenido en la historia por mediación del Mesías Jesús, quien ha asumido nuestra condición de pecado hasta las últimas consecuencias, su muerte, y por su resurrección pone en marcha la nueva creación, una humanidad reconciliada y liberada, bajo la acción de su Espíritu.

Desde aquí se nos abre la perspectiva capaz de dar sentido a toda la historia humana, desde los orígenes.

Adán, que simboliza al hombre en su condición de pecado original, separado de Dios, inaugura el régimen de la muerte. Pues muerte es no aceptar la propia finitud y querer ser como Dios. Muerte es la libertad que se cierra sobre sí misma. Muerte es la lucha por el poder entre sexos, razas y naciones. Muerte es la insolidaridad de la especie humana. Muerte es tanto pecado contra la dignidad del hombre, y la angustia que se cierra al poder, sabiduría y bondad de Dios.

No proyectemos en la historia de los orígenes nuestra mala conciencia actual. Hemos hecho de Adán un mito explicativo-causal, porque, al atribuirle nuestros males, sentimos la ilusión infantil de no vernos culpables. Pero no, en los orígenes de la humanidad hubo pecado; y hoy, igualmente, seguimos pecando. Lo que hace Génesis 3 es emplazarnos ante la realidad de nuestra condición humana universal. Ahí estamos todos, solidariamente, desde el primero al último. La cadena del pecado y de la muerte se sucede implacable. La humanidad no tiene salida por sí misma.

Algunos piensan que esta situación es injusta, ya que, una vez abandonadas a sí mismas, las generaciones humanas no podían sino pecar. Culpa no

existiría más que cuando hay conciencia del bien y del mal, lo cual implica conocimiento de la Ley. Y es verdad, en teoría, que en caso de ignorancia no hay pecado; pero se trata, hermanos, no de un principio de teoría moral, sino de una historia concreta, en que la conciencia es sumergida progresivamente en las tinieblas del error. El poder del pecado llega hasta ahí. Por eso, tan muerto está el que hace el mal conscientemente como el que lo hace como algo normal.

Damos importancia a los orígenes de la humanidad, no para descargarnos nosotros hoy, sino para resaltar mejor el origen nuevo, que es Cristo. En este sentido, Adán viene a ser la figura de la nueva cabeza de la humanidad redimida, Jesús. Frente al régimen de la muerte, el régimen de la vida.

Digamos más: que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Maravillas, hermanos, del designio salvador de Dios. Nada ha sido capaz de apagar su inagotable misericordia. Es como si Dios permitiese el pecado para realizar una salvación mayor en Cristo. No hay proporción entre delito y gracia.

Morimos todos solidariamente, por nuestra culpa.

Por Él, único, ha llegado la Vida.

Encadenados los unos a los otros, esclavos,

enemigos los unos de los otros, bajo el odio.

El perdón de Dios nos reconcilió en Cristo.

Sepultados en las tinieblas,

cerrados a Dios y a nosotros mismos,

en el infierno de nuestra rebeldía y angustia.

Liberados, reinaremos victoriosos por Cristo,

como hijos de Dios.

Hasta la Ley, hermanos, que ofrece a los hombres una conciencia recta del bien, sólo sirve para introducirnos en la experiencia del pecado. A ma-

yor empeño para cumplirla, mayor angustia de culpabilidad.

¿Por qué este plan de Salvación? A algunos os encanta especular, y os permitís suponer que Dios lo dispuso, desde antes de la creación del mundo, como un camino claroscuro, en que, después de avatares dramáticos preestablecidos, al final se propone demostrar la gloria de su amor omnipotente. ¡Si fuese todavía una visión contemplativa, a nivel cósmico y total, del amor creador, fiel y redentor de Dios! Pero sospecho que esas especulaciones llevan mucho de curiosidad.

Para mí, amigos míos, se trata de contemplar, una y otra vez, el acontecimiento pascual de la muerte y resurrección de Jesús. Yo no sé qué había en los designios de Dios antes de la creación del mundo. Yo sé que ha aparecido su gracia en Cristo muerto y resucitado, y que esta gracia se ha manifestado como sobreabundante, de modo que nada ni nadie podrá vencerla, ni la acumulación del mal a través de los siglos, ni la mentira de los que se creen sin pecado.

Y menos aún los que han dejado de creer en Dios y en su amor, alegando esta larga historia de dolor, injusticia y muerte. De qué Dios hablan, me pregunto. ¿Quién se ha comprometido con el hombre que sufre como nuestro Dios? ¿Es que Él no ha sufrido con nosotros? ¿Es que Él ha pecado, acaso, trayendo la muerte al mundo? Él, el inocente, murió por nuestros pecados... Me parece cinismo horrendo que, habiendo crucificado a su Hijo, encima le culpemos de nuestra muerte.

Ese reducto último del corazón humano, que se rebela contra el sin-sentido de la existencia, puede significar nobleza; pero oculta, en su interior, la negativa radical del propio pecado, y no acepta la necesidad de

un Salvador. Aunque lo sintamos como humillación, no hay otro camino: la aceptación de la gracia salvadora en Cristo Jesús.

Más bien, habría que devolver la cuestión: ¿Por qué se siente como humillante un amor que se rebaja y perdona gratuitamente, sin nada a cambio?

PERTENENCIA A CRISTO (6,1-23)

Siempre volvemos al mismo punto: No aceptamos la gratuidad del amor. Y, en contrapartida, rebuscamos objeciones: «Si Dios quiere salvarnos por gracia, ¡persistamos en el pecado para que cunda su gracia! ¿Es que a Dios no le importa el pecado? ¿Qué Evangelio es este que suprime el pecado en la conciencia creyente? No puede ser verdad un amor que se complace en ser amado irresponsablemente».

Y yo digo lo mismo, amigos míos. Pero la trampa de vuestro razonamiento es la siguiente: que al contraponer la experiencia del amor a la conciencia de pecado, pretendéis afirmar, frente a la soberanía de la gracia, vuestras obras. Y mi razonamiento es inverso: porque hay soberanía de la gracia, hay exclusión del pecado. Si por gracia, al ser justificados, hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a vivir todavía sujetos a él?

Recordad vuestro bautismo y su simbolismo. Al ser bautizados y creer en la muerte del Mesías Jesús por nuestros pecados, fuimos sumergidos en su muerte y vinculados a su persona y salvación. Aquella inmersión nos sepultó con Él. Y así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, manifestación definitiva de su gloria, también en nosotros inauguró la vida nueva, hasta que un día resucitemos también con su Hijo. Si por el bautismo hemos sido incorporados a Cristo con una

muerte que nos identifica con él, ciertamente lo seremos por una resurrección semejante.

El hombre que éramos antes, figurado en el viejo Adán pecador, fue crucificado con Cristo. Ha sido, pues, destruido este mi cuerpo de pecado. No digo «cuerpo» por oposición al «alma», es decir, lo material por contraposición a lo inmaterial, sino mi ser entero de persona en cuanto existencia histórica, en cuanto ser-en-el-mundo. Porque, como he explicado más arriba, mi condición real de vida era de pecado. Tened presente lo que digo, hermanos, por esos que me achacan permisividad moral. El pecado ha muerto; cada uno de nosotros, individuo pecador, ha muerto con Cristo en la cruz. ¿Por qué? Porque Él, al asumir nuestra condición, se hizo solidario con nosotros asumiendo todos nuestros pecados y su consecuencia intrínseca, la muerte. Él, el único justo... Porque era inocente, precisamente, podía tomar sobre sí nuestras culpas y ser nuestro mediador ante el Padre.

La condición del hombre, pues, respecto al pecado ha cambiado radicalmente. Si he muerto con Cristo, también el pecado ha muerto. La justificación, pues, no significa sólo no-imputación, sino liberación real del poder del pecado. En otros términos: que, sin Cristo, vivíamos dentro del ámbito de la acción del pecado; por la fe y el bautismo, hemos sido introducidos en la esfera de acción de su gracia salvadora.

Sabemos que Cristo, resucitado de la muerte, ya no muere más; la muerte no tiene dominio sobre Él. Su morir no fue un morir meramente físico, sino el destino solidario de su vocación mesiánica en favor de todos los hombres pecadores. Murió porque fue perseguido y condenado a muerte por las autoridades judías y romanas; pero la razón última de su

muerte fue el pecado. Una vez resucitado, ha muerto el pecado por fin, de una vez para siempre. Ahora en cambio, su vivir glorioso es un vivir de Dios y para Dios bajo la soberanía del Espíritu Santo.

Pues lo mismo ocurre con vosotros, hermanos: estáis muertos al pecado y vivos para Dios mediante la muerte y vida de Jesucristo. La existencia cristiana consiste en esta participación en el Misterio Pascual. El bautismo la realiza y expresa. Por eso es acto fundante, nacimiento nuevo.

Para la sabiduría religioso-moral del hombre que busca su autoperfección, la superación del pecado es cuestión de esfuerzo moral. Para nosotros, cuestión de salvación, de poder participar realmente en la fuente de la vida, que es la muerte y resurrección de Jesucristo. De ahí que la moral cristiana sea, básicamente, cristológica y sacramental. Se puede formular así: la conducta cristiana consiste en llegar a ser lo que ya somos. Si pertenecemos a Cristo por el bautismo hemos de llegar a vivir totalmente de Él. Si hemos muerto al pecado en su muerte, hemos de actuar como hombres nuevos. Si hemos sido justificados por gracia, nuestra conducta ha de ser según el amor de Dios.

No obstante, no olvidéis estas dos observaciones. Primera: que esta existencia sólo es percibida en la fe. Por la fe creemos que la muerte y resurrección de Jesús no son hechos del pasado, sino acontecimiento sacramental de la Iglesia, fuente permanente de salvación. Por la fe es como podemos plantearnos una moral que no es proyecto propio, sino disponibilidad a la acción de Dios en nuestras vidas. Resulta extraño, ¿verdad? Todo el ser y actuar se concentran en esta receptividad de la fe. Vivimos de lo que no vemos ni controlamos, nuestra vincula-

ción a Cristo resucitado. Pero es en la fe, también, donde experimentamos la liberación del pecado-raíz, la apropiación.

Lo contradictorio es que la moral consista en alcanzar la plenitud desde sí, cuando la vocación de la libertad finita es Dios mismo. Por la fe recobramos nuestra vocación original de vivir de Dios y para Dios en Cristo. En teoría, cabe pensar en un camino de autoplenuitud que no sea autoafirmación o apropiación; pero cualquiera que lo haya intentado seriamente y se haya confrontado con la vida de Jesús y haya sido emplazado ante el amor de la Cruz, reconoce su pecado. No cabe síntesis de amor de sí y amor de Dios. Sólo el amor de Dios nos permite el verdadero amor de nosotros mismos. A la fe, fundada en la gratuidad, pertenece el secreto.

Y segunda: que la salvación del pecado no es algo mágico, que, dada una vez por todas, se realiza automáticamente. La muerte del pecado está dada en Cristo; pero precisamente porque está dada en la fe, ha de ser personalizada. Lo cual implica mi libertad y comprometo todo mi esfuerzo moral. Dicho de otra manera: la gracia del bautismo es victoriosa; pero no suprime la tendencia al pecado. Seguimos viviendo en este mundo de muerte. La salvación es un sí, pero todavía no. Por parte de Dios, un sí incondicional. Si nosotros somos infieles, Él permanece fiel. Pero si nosotros nos empeñamos en negar su gracia, Él respeta nuestra libertad.

Esta dinámica nace de la condición existencial del bautizado. Participa efectivamente de la muerte y resurrección de Jesús; pero es incorporado a dicho Misterio Pascual, no suprimiendo la actual condición del hombre, bajo el signo del pecado, representado por la muerte, sino venciendo al pecado y la muerte en su raíz tan sólo. Exactamente, como

fué nuestra redención: Así como Dios nos salvó en Cristo no por un golpe de fuerza, sino desde la obediencia dolorosa de Jesús hasta la muerte, también nosotros experimentamos la fuerza victoriosa del Espíritu Santo en medio de nuestras tendencias y deseos pecaminosos, en nuestra fragilidad. De ahí que vivimos la victoria en esperanza; una esperanza que nos somete a la tentación, pero que no falla. Dios es fiel, hermanos; su fidelidad es nuestra fortaleza.

Como veis, la clave es siempre la misma: la fe en la Gracia.

De nuevo oigo la objeción: «¡A pecar, que no estamos en régimen de Ley, sino en régimen de gracia!»

¿He de insistir todavía en que la oposición no está entre gracia y respuesta, sino entre régimen de la Ley y régimen de la fe?

Algunos dicen: «Fe y obras; Dios nos salva, pero con nuestro esfuerzo». Y yo digo lo mismo; pero mucho me temo que, al poner ese «pero» a la Gracia, no hayan entendido la novedad de la Gracia en la moral cristiana. Lo volveré a explicar desde la imagen de la esclavitud, que es muy sugestiva.

Todo lo que hace un esclavo, por más suyo que sea, producto de sus esfuerzos y cualidades, pertenece al amo, pues él mismo es propiedad de su amo. Así vivíais antes de la fe, como esclavos del pecado. Si la raíz está contaminada, los frutos también. El árbol malo produce frutos malos. Y de hecho, recordad a quién obedecíais: a vuestra inmoralidad y egoísmo. Los auténticos valores, referentes a Dios y al prójimo, brillaban por su ausencia. ¿Qué salíais ganando? Entonces os parecía una vida libre, casi feliz, plena. Ahora la juzgáis como esclavitud y angustia de muerte.

¿No os dais cuenta? Teníais, primero, que ser sanados en la raíz de vuestras tendencias y liberados del dominio del pecado. Al creer en Jesús y ser bautizados, habéis entrado en el servicio de Dios por medio de Cristo. Perteneceis al Señor Jesús. Comparad los amos: Dios y el pecado, la vida eterna y la muerte. Pero he dicho mal: Dios no es ningún amo, a quien se sirve con temor (¿sería una nueva esclavitud!); Dios es el Padre. Para eso fue enviado el Hijo, para rescatarnos del pecado y devolvernos nuestro ser de hijos. Pero no sólo nuestra libertad original, la autenticidad de nuestro ser, orientado según el bien, sino la libertad insospechada del Espíritu Santo, la que pertenece en exclusiva al amor de Dios.

Esta liberación primera es absoluta gracia. La única respuesta que cabe es recibirla como tal. La llamamos «obediencia de fe». La respuesta, por lo tanto, se funda en la gracia; no es iniciativa propia. Siendo libre, es libertad liberada. ¡Cuidado, por lo tanto, en dar a las obras una autonomía que no tienen! Son consecuencia de la fe; o si queréis, son consecuencia de la verdad del ser actuado por la gracia. Lo que cuenta es esta consagración del ser, nuestra pertenencia.

Cuando oigo hablar de obras, casi siempre percibo la suficiencia del hombre, la ilusión de la libertad esclavizada. En última instancia, el poder del pecado bajo apariencia de bien. La Ley, constituida en aguijón del pecado.

LIBERACIÓN DE LA LEY (7,1-25)

Os diré, hermanos, de qué depende la sabiduría de esta existencia de salvados: de que os liberéis de la Ley. No hay peor esclavitud. Produce la ilusión de estar al servicio de Dios y de ser buenos. Pero es

una cadena que aprieta cada vez más, hasta el estrangulamiento de lo mejor del hombre.

¿Por qué insisto tanto en el tema? Por mi experiencia de judío fariseo liberado de la Ley. Porque esa es la frontera que nos identifica como novedad respecto al Antiguo Testamento. Porque ése es el Mensaje más necesario a los hombres de todos los tiempos. Porque he sufrido demasiado viviendo los efectos devastadores que produce en nuestras comunidades el cristianismo centrado en dogmas y normas. Porque todo proceso espiritual queda bloqueado si se fundamenta en la Ley... ¡Por tantas razones!

Lo propio de la Ley es poner en marcha las contradicciones de la vida humana, especialmente, del proyecto religioso-moral del hombre, que es el más elevado. En cuanto el hombre toma en serio la Ley, sale a la luz el poder del pecado. Consecuencia, la muerte. Cuando digo «muerte», incluyo la muerte física, pero a modo de consecuencia. La muerte es la condición del hombre abocado al sin-sentido, él, que, por su dignidad original y por vocación divina, ha sido llamado a la libertad de ser hijo de Dios.

El mecanismo que usa la Ley para provocar en el hombre la experiencia del pecado y, en consecuencia, de la esclavitud, es el de la bivalencia: porque la Ley es buena en sí, suscita en nosotros los fondos del pecado.

Lo cual quiere decir, paradójicamente, que la esclavitud de la Ley es el signo de la grandeza del hombre. Sin experiencia de culpa no hay conciencia de libertad. Pero lo trágico del hombre reside ahí, en su culpa insalvable; y esto, en el momento que parece más verdadero, cuando intenta realizar el bien mediante la Ley. ¿Queréis mayor contradic-

ción? Vamos a analizarla a diversos niveles, desde lo más superficial a lo más profundo.

Sin Ley no hay conciencia del bien y del mal. Nuestro primer aprendizaje de la Ley nos viene dado por educación. Llamadle normas sociales, imagen paterna, «superyo»... Es tan importante, que permite al hombre que se desarrolle racionalmente, desgajándose del instinto y de las necesidades naturales primarias. Más: sin Ley, el yo psicológico, ese centro de autonomía sin el cual no se puede ser persona, queda fijado en estadios regresivos. Por eso, por favor, no creáis que la esclavitud de la Ley se supera con una educación determinada por la permisividad. Una sociedad sin valores y normas caerá inmediatamente en la barbarie. Una persona que no ha aprendido a distinguir lo lícito de lo ilícito, a negarse al capricho insaciable, está condenada a la esclavitud de la espontaneidad y del instinto. Se traduce en una angustia difusa, que ni siquiera se tematiza como culpabilidad. Talante amoral, y deterioro de toda relación interpersonal.

En este sentido, la Ley es esencial para ser hombre, presupuesto psíquico y cultural. Pero insistid en una educación rígida, en que la conciencia moral se centre, no en los grandes valores de la verdad-justicia-amor, sino en una casuística legalista, que intenta sistematizar hasta el detalle la vida privada (pensad, por ejemplo, en cierta moral sexual), y encima, revestidla de la autoridad de la Ley de Dios, reforzando la imagen de un Dios super-conciencia, juez que condena y salva según la fidelidad estricta a la normativa... La conciencia de culpa invade la vida religioso-moral. La persona está pendiente de lo lícito e ilícito. Necesita estar en orden, verse buena, ser aprobada por Dios. Lo humano, especialmente lo pulsional, lo percibe como peligroso y oscuro. Para salvarse, tiene que evitar todo riesgo...

Ya os dais cuenta, hermanos, de que este legalismo encierra al hombre en la angustia de la norma. Hasta la conciencia de la propia libertad es fuente de ansiedad. No os extrañe que algunos hombres, por honradez, por fidelidad a lo mejor de sí mismos, hayan tenido que romper con este sistema normativo y construirse su propia moral. Y que otros, hasta por salud psíquica, tengan que quebrantar la Ley. No confundáis la Ley de Dios con la sistematización de los moralistas, aunque a veces haya sido confirmada por la autoridad. Jesús mismo tuvo que luchar contra tanta tradición humana, que se arrogaba la voluntad de Dios. Liberaos de la normativa de la letra y descubrid los valores, los grandes imperativos, el «espíritu» de la Ley. Entonces percibiréis la Ley en su grandeza, como la sabiduría que humaniza, como el orden de la verdad y el bien, la concordancia entre la santidad de Dios y el derecho humano.

Con todo, ¿creéis que os liberará? Haced la prueba. Sentiréis vuestra autonomía racional, la capacidad de guiarnos a vosotros mismos. Pero ¿sabéis el precio que pagáis? Reducís la existencia a ética. Dios es confundido con la propia razón, objetivado. ¿Qué os quedará? Vuestra finitud estéril, sin amor. Una justicia ordenadora. Y, además, ilusoria: porque ¡hace falta optimismo para suponer que existe la racionalidad desinteresada! Erigid el culto de la razón, y os encontraréis con nuevas formas de opresión. ¿No os dais cuenta de que esta suficiencia enmascara la angustia de una libertad que no está reconciliada con su origen y se autoafirma en una especie de frenesí, a veces apasionado, y otras glacial, siempre destructor?

Prefiero la pasión del hombre religioso, que ha roto con el moralismo infantil de las normas y vive la fidelidad a Dios en la entrega incondicional a su

voluntad santa, expresada en la Ley. Toda su vida depende de esta pregunta: ¿Cómo ser, realmente, justo ante Dios? Cree haber encontrado la respuesta: cumpliendo lo mandado por la Ley. Ésta es el gran regalo de Dios: nos orienta en el bien y nos hace agradables a sus ojos, y, así, nos posibilita la Salvación. El punto de apoyo son las buenas obras. El que obra bien es bueno. La sistematización de las buenas obras no viene de la casuística, sino de un proceso de perfección. A mayor generosidad, mayor perfección. No basta cumplir los mandamientos. Es necesario tender a las mayores exigencias de radicalidad. La vocación del hombre es ser santo; y esto exige un esfuerzo renovado de conversión, hasta que la meta esté cada día más cerca.

Fijaos, hermanos, que en este momento, cabalmente, cuando la Ley ya no es instancia infantil y despierta la grandeza del hombre, irrumpe su poder destructor.

Primero: Porque al ser percibida como ideal de perfección suscita constantemente en el hombre un conocimiento del pecado que le produce continua insatisfacción. A más alto ideal, mayor sentimiento de culpabilidad. Si al menos la medida de la rectitud moral del hombre fuese una medida razonable...; pero no, ha de ser la perfección moral de Dios, que ama gratuitamente, que siempre es justo, que permanece fiel. Un mínimo de realismo impone que el ideal sea rebajado a nuestras posibilidades finitas y precarias. ¿No habría que destruir los ideales que alimentan las grandes religiones espirituales, entre las cuales el judaísmo y el cristianismo, para que el hombre pueda establecer cierto equilibrio en su conciencia? Es muy peligrosa una fe que se dispara al Absoluto.

Sí, es muy peligrosa si el hombre busca justifi-

carse mediante la Ley. Pero la fe cristiana no es ningún ideal; no es una moral de perfección. Dios no es una meta que haya que conquistar.

Por el contrario, hemos sido liberados de la Ley, porque se nos ha dado un nuevo fundamento, la gracia salvadora de Jesús. Ha sido desbaratada toda pretensión religioso-moral del hombre, porque Dios se ha complacido en los pequeños, en los que no confían en sus fuerzas.

Segundo: En la medida en que Dios es percibido como personal y absoluto, su Ley adquiere ante la conciencia el peso de la majestad divina. No se trata sólo de cumplir su voluntad objetiva, sino de pertenecer a su voluntad. Ya no puedes disponer de ti. La obligación de sus mandamientos es inviolable. Si me desligo de su Ley, pierdo consistencia; pero si mi proyecto de existencia le pertenece, ¿en qué queda mi libertad? Ser hombre sería someterse. Por eso, la Ley despierta en el hombre la rebeldía. Por supuesto, hay que distinguir niveles. Porque una es la rebeldía del caprichoso, incapaz de someterse a un mínimo de disciplina personal; otra, la del adolescente, que, en trance de adquirir un centro de decisión propia, percibe toda instancia de autoridad como coercitiva; otra, la del hombre adulto, racionalmente autónomo, que ha hecho de sí la medida de todo proyecto, y otra, la rebeldía del espíritu, del yo íntimo, que, normalmente agazapado, es provocado por la presencia del Viviente. Está representado por el «viejo Adán», por la libertad de apropiación, por la finitud, que quiere poseerse a sí misma. Anida en lo escondido, y surge como una fiera en cuanto siente amenazado su campo de dominio.

¿Sabéis cuándo se le nota? Cuando uno ha entregado lo mejor de su vida a ser fiel a Dios, y oye ha-

blar de la justificación por la fe sin obras. Esa reacción inmediata de desazón, o esa resistencia sorda a ser despojado de lo más mío... El amor gratuito de Dios en favor de los pecadores, sin contar con nuestros méritos, es sentido como injusto. Fijaos qué fondo emerge: la incapacidad de abrirse al amor; el yo aferrado a su propia justicia, como un derecho... Se le nota también en la incredulidad: cuando uno es consciente de su culpa, y no se deja perdonar, y quiere pagar a Dios con medida justa. O cuando, al oír hablar del amor, se necesita huir de lo imprevisible; defenderse del vértigo de lo incontrolable, de la libertad de un Dios extraño, apasionado.

Realmente, la Ley no puede ser tomada en serio, es decir, como voluntad santa del Dios vivo, si el yo no renuncia a tener la medida de sí mismo. Es necesario que la Ley solivante la rebeldía del yo; pero el yo ha de encontrarse a sí más allá de sí, en el amor primario y fundante de la Gracia. Es entonces cuando Dios es respetado no como rival poderoso, como Ley, sino como paternidad que suscita vida y respuesta libre. De ahí la importancia de la vida de Jesús, el Hijo. Él nos ha revelado a Dios-Padre. Nadie más libre que Él frente a toda autoridad humana y religiosa, incluso respecto a la Ley (pensad, por ejemplo, en su actitud respecto al sábado y al templo), y nadie ha mostrado mejor que la obediencia al Padre es la fuente de toda libertad.

Está claro: el pecado envenena la raíz misma del ser hombre y, por lo tanto, necesita un principio nuevo de ser, el Espíritu de Dios. La Ley es dada para descubrir el pecado original, la rebeldía del yo. En vez de justificarnos, nos condena.

Tercero: La contradicción extrema puede formularse así: La Ley es buena en sí, pero no posibilita hacer el bien. Manda lo bueno, pero no nos hace

buenos. ¿De qué sirve, entonces? Al parecer, sólo para darnos conciencia de pecado. ¿Cómo, pues, ha de ser considerada como mediación? ¿Mediación de qué? ¿De la Alianza o del pecado, de la justificación o de la condenación?

En verdad, hago lo que no quiero. Mediante la conciencia, tengo criterios básicos de rectitud moral. Mediante la Ley, Dios me garantiza su orden. Pero, de hecho, en mí hay una fuerza que me impele a realizar lo que no quiero. Por más que me empeño, vence en mí la inclinación al mal. ¡Mayor esclavitud!

La Ley me dice: «Amarás a tu Dios con todo tu corazón», y mi conciencia está de acuerdo; pero mi corazón se divide y adora lo no-absoluto, en primer lugar, mi yo. La Ley me dice que de Dios no cabe hacer un ídolo; pero cada día me sorprende manipulando a Dios como algo objetivable. La Ley me dice: «Reconcíliate con tus padres y tu origen»; pero necesito una vida entera para enfrentarme con mi historia y, aun así, ¡cuántas herencias de mi pasado no están integradas! La Ley me dice: «No adulterarás»; pero o no acepto mi sexualidad, o la vivo ansiosamente o la instrumentalizo como poder. La Ley me dice: «No robarás»; pero ¿qué comparto realmente con mi prójimo? La Ley me dice: «No mentarás»; y toda mi vida está llena de máscaras y ambigüedad en la relación con los demás y conmigo mismo.

Y si pongo por referencia de la Ley el amor a los enemigos y las bienaventuranzas del Reino (pobreza de espíritu, misericordia, mansedumbre, fidelidad, etcétera), la evidencia de mi pecado se multiplica.

Este examen de conciencia puede ser vivido a diversos niveles. Como análisis formal, moralista, delata una conciencia muy superficial. Pero puede ser

vivido, también, desde la experiencia trágica de la buena voluntad, que, cuanto más intenta el cumplimiento de la Ley, sea la mosaica sea la evangélica, tanto más descubre su trasfondo de pecado. Incluso cuando has hecho una obra buena, con purificación consciente de la intención, ¡cuántas veces no te has sorprendido más tarde con segundas intenciones semiinconscientes o inconscientes! ¿Qué sabes, efectivamente, de tu obrar?

Atrévete a mirar el amor crucificado de tu Señor y tu respuesta... Allí donde Jesús ha dicho sí al Padre... Allí donde el Padre ha sellado su alianza con misericordia eterna... Porque lo que, en última instancia, demuestra nuestro pecado ni siquiera es la Ley, sino su Amor Absoluto. La Ley todavía, de algún modo, puede ser definida con contenidos precisos, con normas y exigencias. Pero ¿cómo responder al Amor escatológico de Dios revelado en Jesús muerto y resucitado?; ¿cómo seguirle en la hora extrema de su manifestación al mundo? ¡Ha saltado en pedazos todo orden bajo la soberanía del Amor! La Ley ya no protege nuestra frágil finitud. El fuego de Dios nos devora. A merced de su corazón infinito, a merced de sus designios incomprensibles... ¿Qué le he dado a Dios para que pretenda suplantar el orden objetivo de la razón y de la Ley del Antiguo Testamento por la libertad de su Espíritu? ¿Es que una criatura débil como yo puede someterse al poder de su gloria? ¿Se ha propuesto, acaso, que tenga su misma vida, que participe en su amor divino?

Por eso, *todo consiste en creer*. Como un niño. Como a quien, en su pecado, no le queda más que la misericordia. Como un hijo, que cada día se sorprende del amor. Como una esposa, para quien «todo lo suyo es mío, y lo mío, suyo». Como un siervo,

para quien servir es un privilegio. Como un amigo, que confía siempre, se entrega siempre, espera siempre.

VIDA POR EL ESPÍRITU (8,1-39)

Consecuencia del análisis anterior: que en el hombre mismo habita el poder del mal. Sí, la Ley es buena; pero resulta mediación del pecado, porque es reducida a impotencia por la «concupiscencia», ese principio que nos somete al pecado.

El hombre por sí es «carne», fragilidad; pero responsable de dar sentido a su libertad finita. Cuando ésta, al pecar, se repliega sobre sí pretendiendo ser Dios, se introduce en el círculo de la muerte. El corazón del hombre es herido en lo íntimo de su ser, y se desencadenan las fuerzas destructoras del pecado. A ese principio dinámico, indomeñable, por el cual el hombre tiende a apropiarse la existencia en todas sus formas (desde el hedonismo hasta la autojustificación religioso-moral), lo llamo «concupiscencia». Actúa en el hombre condenándole a la contradicción y la esclavitud, como hemos visto.

Frente a él, como nuevo principio dinámico, Dios nos da su Espíritu. Por el Espíritu, la libertad es abierta a la Palabra de Dios y responde en obediencia de fe. Por el Espíritu, la «concupiscencia» es vencida en su raíz de pecado, y el hombre conoce la vida nueva, de Cristo resucitado. Mientras vivimos en este mundo, configurados por la Pascua, todavía sufrimos las consecuencias del pecado, y quedan restos de concupiscencia; pero poseemos las primicias del Espíritu y estamos en la esfera de la acción salvadora de Dios. Seguimos el mismo camino del Mesías Jesús, que venció al pecado porque vivía del Espíritu; pero sufriendo la condición humana de muerte.

Ya sé que este modo de hablar, para las exigencias racionales, resulta mítico. ¿No es el pecado un acto de la libertad? ¿Por qué, entonces, se dice que es un poder que nos tiene? ¿No es la «concupiscencia» el instinto egoísta del hombre? ¿Por qué hablar de un principio dinámico de tipo hipostático? Parece volver el viejo dualismo del doble principio del bien y del mal: el demonio y Dios, la materia y el espíritu.

De ningún modo, hermanos. Reconozco que es un lenguaje con connotaciones míticas, pero su contenido es netamente existencial. No busco una explicación racional causal, por ejemplo, de tipo metafísico, como si el pecado fuese un principio ontológico. El esquema es inverso: es a partir de la experiencia real de nuestra condición de hombres, incapaces de alcanzar rectitud moral ante Dios y la propia conciencia, como llegamos a formulaciones de tipo simbólico. Por eso, sospecho que la resistencia racionalista a este lenguaje presupone una actitud de rechazo al realismo del análisis de hombre que ofrece el Evangelio. El pecado no puede ser reducido a falta ni a responsabilidad consciente. Implica una experiencia totalizante de la condición humana, que desbarata la pretensión del hombre de poder objetivar y controlar el sentido de la existencia. Aquí está la cuestión: ¿Poseemos la palabra última sobre nuestro ser y destino, o pertenece a la Revelación?

Por la fe en Jesús muerto y resucitado hemos fundamentado la condición humana de un modo enteramente nuevo. Hablamos de pecado y condena, de concupiscencia y esclavitud, como lo propio del hombre sin Cristo. Hablamos de salvación, libertad y Espíritu como don de Dios en Cristo. Con esto no prejuzgamos que Dios no pueda y quiera vivificar a los hombres sin la fe explícita en Jesu-

cristo. De hecho, allí donde hay amor, allí está Dios; y es principio universal que Dios salva al que es fiel a su propia conciencia. Pero ¿podemos negar, acaso, nuestra experiencia de hombres redimidos?

Lo que resultaba imposible para el hombre, incluso mediante la Ley y precisamente por la Ley, ahora lo ha realizado Dios. Envio a su propio Hijo en una condición como la nuestra, pecadora, para rescatarnos del pecado, y en su carne mortal dio muerte al pecado. El fruto de su entrega es el Espíritu, que es dado a cuantos creen en Él. ¿Podemos negar, acaso, que lo hemos recibido y que actúa en nosotros, liberándonos del poder de la «concupiscencia»?

Era la promesa anunciada por los profetas para los tiempos mesiánicos, los que nos toca vivir a nosotros, por la misericordia de Dios Padre. La promesa había sido hecha como Alianza Nueva en respuesta de gracia a la infidelidad reiterada de Israel. Ya que la Ley de Moisés era incapaz de convertir y transformar la rebeldía, Dios se manifestaba fiel creando, frente a la Alianza en las tablas del Sinaí, una Alianza en el corazón, perdonando los pecados e infundiendo su Espíritu. Leed Jer 31 Ez 36 y 37. ¿Por qué se escandalizan los judíos y se aferran todavía a la Ley algunos cristianos, si el Evangelio de la Gracia ya había sido anunciado?

Con la muerte de Jesús concluyó la era del pecado y de la muerte. Cristo vive y es nuestra vida por su Espíritu. ¿Cómo podemos ser todavía deudores del pecado y dejarnos llevar por la concupiscencia? Si vivís de ese modo, vais a la muerte. Pero si el Espíritu del que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, Él mismo dará vida a vuestro

cuerpo mortal; primero, por la vida eterna de hijos de Dios, y, luego, por la resurrección final.

Con la muerte de Jesús concluyó el Antiguo Testamento. La Ley mediadora ha sido sustituida por la vida del Espíritu. ¿Cómo podemos todavía ser deudores con la Ley? Por el Espíritu superáis todas las contradicciones de la Ley, viviendo en la libertad de los hijos de Dios.

Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es cristiano. Porque hijos de Dios son todos y sólo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios. Donde hay dominio del pecado, hay muerte y, por lo tanto, no hay Espíritu. Donde vencen la concupiscencia y el egoísmo, no ha llegado todavía la gracia victoriosa de Cristo. Donde domina la Ley, no hay nueva Alianza en el Espíritu; y por lo tanto, hay esclavitud.

Intentaré expresar la riqueza de la vida nueva del Espíritu Santo en el hombre justificado por la fe.

a. Nos libera del temor.

Vivíamos bajo el temor, porque necesitábamos cumplir la Ley. Ahora hemos sido liberados de toda angustia de culpabilidad, porque el amor que Dios nos tiene no depende de nuestras obras. ¡Reconciliados con Él por su gracia, no necesitamos justificarnos! Nos basta confiar, humilde y agradecidamente. Nuestra paz no depende ya de nuestra tranquilidad de conciencia. Paz inquebrantable, más fuerte que todos mis miedos, pues se fundamenta en la fidelidad de Dios, en su Alianza Eterna.

El signo de esta vida nueva es: Cada vez tengo más conciencia de pecado (¡cómo agradecer tal derroche de amor!) y cada vez tengo más paz, una paz que me trasciende y que, sin embargo, es lo más mío.

b. Nos hace hijos adoptivos de Dios.

¡Donación incomprensible de mi Dios! El Hijo único ha sido entregado por el esclavo rebelde. No siendo nadie, pertenezco a la familia de Dios. Apenas puedo creerlo; me sobrepasa; pero es el Espíritu el que me asegura, con certeza interior inexplicable, que es verdad. Creo que Dios es mi Padre, y cada día me parece nacer al gozo de la vida. Es como surtidor misterioso, balbuceo feliz: ¡Abba! ¡Papá! La voz del Espíritu en nuestros corazones.

¿Os dais cuenta? Hemos entrado en la vida del Padre y del Hijo por el Espíritu. El nombre de la intimidad, que pertenece en exclusiva a Jesús, el Hijo, me pertenece por gracia...

Si somos hijos, somos también herederos de Dios;
si herederos, coherederos con Cristo.

Vocación cristiana, vocación de identificación con Jesús, el Hijo.

Si sufrimos con Él,
también con Él seremos glorificados.

c. Nos posibilita agradarle a Dios.

Si hemos conocido semejante amor, nuestra tristeza no viene de nuestra angustia narcisista de culpabilidad, sino de no poder amarle como Él se merece y como Él quiere que nos amemos sus hijos los hombres. Pero el Espíritu viene en nuestra ayuda y nos descubre el secreto: lo que importa y basta es amar. Él mismo es el Amor; y, derramado en nuestros corazones como Nueva Alianza, alumbró la fuente del amor.

Cuando el amor ha dejado de ser precepto, en-

tonces puedo cumplir la Ley, que se resume en amar a Dios y al prójimo.

Cuando no necesito seguridad, orden y perfección en mi conducta, es que estoy aprendiendo la generosidad que no calcula, el heroísmo del amor.

Porque no se agrada a Dios como a un amo exigente, sino como al Padre, cuya voluntad es fuente de ser y libertad. Por eso, cumplir su voluntad por encima de todas las cosas no consiste en someterse como criatura al Ser Superior, sino en vivir como hijo que recibe el Espíritu.

d. Despliega en nosotros la vida sobrenatural.

Lo primero que notamos es que vivimos «de dentro afuera». Andar en verdad, reconciliación con mi ser, autonomía; pero no ha sido conquista propia, sino proceso de liberación. Nos basta creer en la gratuidad del amor de Dios para que todo se renueve.

Poco a poco, la existencia entera se estructura según el dinamismo misterioso de la fe. Es un «aire», no esquemas. Te parece vivir sin objetivos precisos; pero hay una luz certera que te guía. Hasta en los momentos de oscuridad, el horizonte permanece abierto.

No puede ser sistematizada esta vida. No es objetivable; pero de ningún modo se diluye en un «dolce far niente», en una afectividad difusa, en una permisividad sin criterios. Por el contrario, la obediencia a Dios va traducéndose en discernimiento, cada día, cada momento.

Cuando la acción del Espíritu va purificando niveles más profundos, la vida y la acción brotan de manantial secreto. Da lo mismo hacer oración que dedicarse al prójimo. Da lo mismo salud para traba-

jar por el Reino que enfermedad. Más bien, una fuerza interior atrae a preferir pobreza a riqueza, desprecio a honores, sufrimiento a gratificación... En lo hondo muy hondo, paz y Presencia.

e. Realiza la unidad perdida de la humanidad y del cosmos.

Poseemos el Espíritu como primicia y gemimos en lo íntimo a la espera de la Plenitud. La historia universal se revela como un largo parto. A pesar de todas las apariencias, sabemos que llegará el gran día de la libertad. Dios se ha comprometido y nos ha dado la garantía en la resurrección de Jesús. Por eso, nuestra esperanza en el futuro no se alimenta de vanos sueños de utopía, sino de confianza inquebrantable en el Dios creador y consumidor, vencedor de la muerte.

Ciertamente, ese Día pertenece a la iniciativa de Dios; pero está actuando ya en el mundo, a modo de semilla diminuta que crece, como fermento en la masa. Podemos percibir los signos del Espíritu de manera multiforme: en la lucha por la emancipación de las personas y de los pueblos, en la consolidación dolorosa del respeto a los derechos humanos, en la solidaridad con los más pobres, y también en la bondad anónima de la gente que sufre, en el perdón de las ofensas... en todo lo que contribuye a un mundo más justo y fraterno.

Con frecuencia tenemos la tentación de la desesperanza, ya que la historia humana sigue siendo cruelmente ambigua. ¿Es más feliz el hombre civilizado que el primitivo? ¿Merece la pena tanto esfuerzo por mejorar la condición humana?

El Espíritu nos posibilita una visión de las fuerzas ocultas de la historia y del cosmos. A pesar de la muerte, la misericordia de Dios soporta en sus hom-

bros el peso de nuestra dulce tierra tan enferma. Su amor la envuelve, suave y tenaz. Su presencia paciente sigue dando calor de vida.

f. Nos hace caminar en la desapropiación.

Porque la Plenitud no consiste en la ensoñación nostálgica del paraíso, sino en responsabilidad sufriente y esperanzada. Una de las sorpresas más hermosas del Espíritu es la siguiente: que en la medida en que el proceso de liberación alcanza metas más elevadas, la verdadera vida es experimentada en el hecho mismo de esperar desnudamente, sin programa ni objetivos. El Espíritu nos madura como espíritu siempre abierto.

Consecuencia: la vida cristiana, camino de desapropiación. No se confunda con la ascética de autodomínio, sin más. La desapropiación aparece como dinámica de transformación interior. La libertad tiene que morir al propio proyecto para hacerse obediencia. El deseo religioso ha de dar paso al amor de fe. La tarea apostólica ha de fundamentarse en la misión, no en la eficacia.

Pertenece al Espíritu despojarnos de todo para abrirnos al Único.

g. Nos enseña a orar según Dios.

Acude en auxilio de nuestra debilidad, porque nuestra oración es torpe, interesada, ciega.

El Espíritu en persona ora en nosotros, no sabemos cómo, pero con los gemidos inefables de la vida que Dios mismo ha suscitado en lo profundo de nuestro ser.

No sabemos pedir; pero Él ora según la voluntad del Padre.

No sabemos estar en silencio o relacionarnos con

Dios; pero Él va educando nuestro corazón y nuestros labios, como verdadero maestro interior.

El mismo Espíritu nos introduce en la Palabra y los sacramentos, especialmente la Eucaristía. Y aquí sí que nuestra pobre oración individual ha de dar paso a la respuesta que el Espíritu Santo crea en el corazón de su Esposa, la Iglesia.

Todo el proceso de oración es obra del Espíritu, desde el primer ejercicio de presencia de Dios hasta la unión mística.

h. Nos configura con la pascua de Jesús.

El Espíritu es el Espíritu de Jesús, el Mesías, muerto por salvarnos y resucitado para ser nuestra vida nueva. Lo suyo es identificarnos con Jesús.

Nos da oídos para escuchar y corazón para creer en su Evangelio, aunque sea escándalo para los justos según la Ley y locura para los sabios de este mundo. Nos va haciendo discípulos de Jesús: atrayéndonos a su persona, iluminando el sentido de sus palabras, ayudándonos a asimilar sus criterios, preferencias, estilo de vida... El Espíritu nos vincula a Jesús por la fe, más allá del modelo de identificación y de nuestras expectativas. Suscita en nosotros la experiencia de la fe como vocación y destino; nos concentra en el seguimiento de Jesús, radical y desnudo; nos da, sobre todo, el amor de Jesús.

Y cuando se ama a Jesús, ya no cabe otra ley de vida que la de perderla.

El Espíritu es la fuerza y sabiduría del Padre que, con providencia misericordiosa, va realizando en nosotros el misterio de la Pascua. Cuando más experimentamos nuestra fragilidad, Él saca fuerzas de nuestra nada. En los momentos más desolados,

voluntad de amor fiel. Cuando menos lo esperas, esa alegría intacta, que no tiene nada que ver con el optimismo vital, ni con ninguna satisfacción humana; precisamente surge de lo más profundo de tu dolor. ¿No notas, a veces, como un surtidor recién estrenado de amor, cuando más impotente te sientes para amar y más atenazado por las rebeldías de tu corazón? Tampoco este amor es sentimiento. Es Espíritu Santo, el de Jesús, entregando su vida en la cruz por sus enemigos.

i. Nos consagra en alabanza de su Gracia.

El que vive del Espíritu sabe que todo es gracia, que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman. ¡Lo ha experimentado tantas veces en la vida! Lo que, en un primer golpe, resultó desconcertante, con el tiempo fue apareciendo con un sentido nuevo, providencial. Por eso, la vida entera del creyente depende de esta confianza.

¿Qué queda, al final de la vida, sino esta conciencia del amor primero de Dios, su gracia de elección? Los momentos claves de nuestra historia han dependido de esta experiencia de la gratuidad: cuando pudimos aceptar nuestro pasado y a nosotros mismos, cuando descubrimos la justificación por la fe, cuando Jesús se nos hizo centro personal, cuando el amor al hombre dejó de ser un deber, etc., etc. Hubo también momentos en que sentimos la necesidad de descubrir nuestra libertad autónoma, la integración de lo humano, la responsabilidad histórica. Hoy miramos hacia atrás, y también esto fue gracia, aunque nos alejase momentáneamente de Dios. El Espíritu actuaba pedagógicamente desde lo humano, con suave condescendencia. Preparaba nuestro sí libre a Dios para la entrega incondicional.

Hay una hora que el Espíritu se reserva, y que el

hombre experimenta como acción absoluta de la Gracia: cuando morimos a nosotros mismos y el Padre reproduce en nosotros los rasgos de su Hijo. Llámale noche del espíritu, desapropiación de muerte, transformación de amor... El hombre no puede hacer otra cosa que consentir. La gloria de Dios ha irrumpido en su ser: majestad y liberación, peso insoportable y dulzura incomprensible.

Es entonces cuando descubre para qué fue creado y destinado: para ser alabanza de su Gloria; y cuál es el abismo de nuestra condición, y cuál la sin-medida del Amor redentor, que nos justificó.

¿Comprendéis, hermanos, de dónde nace nuestra confianza cierta de ser un día glorificados? ¿Qué tiene que ver lo que ahora experimentamos como fragilidad, sufrimiento y poder del mal, en comparación con la gloria que un día se revelará reflejada en nosotros?

¿Quién nos separará del amor de Dios?

Si Dios sentencia a favor nuestro,

¿quién podrá condenarnos?

Quien no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, cargando con nuestros delitos,

¿puede dejar de regalarnos todo?

Si Dios nos justifica,

¿quién nos acusará?

¿Acaso Cristo Jesús,

el que murió y resucitó,

el que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros?

¿Quién nos separará del amor de Cristo?

¿Acaso las pruebas de la vida,

tribulaciones y angustia,

persecución e injusticia,

hambre, desnudez, soledad,

violencia y tortura,

la muerte misma?

Pero ¿si éste es nuestro destino:

poder compartir su pasión,

día y noche,

como ovejas de matanza!

Todo lo superamos por Él,

vencedor de la muerte,

el que nos amó,

el que vive en nosotros.

Ni la muerte ni la vida,

ni el pasado, ni el presente, ni el futuro,

ni las contradicciones de la existencia,

ni el poder del mal,

ni nuestros fondos de pecado,

ni la ambigüedad de la historia,

ni la mentira mejor soñada,

nada ni nadie

podrá separarnos del amor de Dios

manifestado en el Mesías Jesús,

nuestro Señor.

Segunda parte:

Plan de salvación en la historia

TRAGEDIA DE ISRAEL (9,1 - 10,21)

Cuanto acabo de exponer plantea una serie de problemas, ya que establece una ruptura entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: ¿Se puede hablar de Cumplimiento? ¿Qué sentido ha tenido la historia de Israel si acaba por no tener ningún sentido su fundamento primero, la Ley? ¿Por qué el viraje de la Salvación hacia los paganos, no como plenitud de Israel, sino como ruptura de la Alianza entre Dios y su pueblo? ¿Dios ha dejado, en consecuencia, de ser fiel a su elección? En otros términos: ¿Qué rela-

ción existe entre la Sinagoga y la Iglesia, entre el judaísmo y el cristianismo?

El problema no es meramente teórico. La Iglesia no puede olvidar sus raíces. Israel tiene que replantear su lectura de la historia de la Salvación. Pero si la Iglesia se identifica en el entretiem po con el Reino, apropiándose con exclusividad el título de «verdadero Israel», en oposición al antiguo Israel, caerá en la misma tentación del judaísmo: olvidará la gratuidad y se constituirá en un nuevo sistema de la Ley. Y como el futuro de la Iglesia, evidentemente, está entre los paganos, terminará por perseguir a mi pueblo. Pero si la Iglesia mantiene un diálogo sincero con Israel, Dios prepara una humanidad reconciliada.

Este tema me preocupa; tanto más, hermanos cristianos de Roma, cuanto yo he sido, en buena parte, el causante de cierta ruptura. Se me dio la misión de evangelizar a los paganos y, aunque todos los días sufro la persecución de judíos y judeo-cristianos, llevo sobre mí la tragedia de los míos, que veo cada vez más alejados del Plan de Dios. Sin embargo, sé que Dios mantiene su palabra de elección.

Voy a expresar os mi pensamiento al respecto. Más de uno se extrañará y terminará por decir que, a pesar de proclamar la salvación universal por gracia, sigo siendo el judío irreductible, consciente de su superioridad sobre los demás hombres. He explicado más arriba de qué superioridad se trata; ciertamente, no de la justificación. La elección nunca crea conciencia de superioridad, sino de don y misión.

¿Sabéis qué me propongo en última instancia? Que se cumpla el requisito básico de la comunidad cristiana: la unidad. No vaya a ocurrir que ahora los

pagano-cristianos os pongáis por encima de los judeo-cristianos, o que los judeo-cristianos reivindicéis derechos y privilegios que no os pertenecen. Unos y otros sois el nuevo Pueblo de Dios, en que Cristo es la cabeza, que unifica a todos, judíos y paganos, conciudadanos y extranjeros, hombres y mujeres. El proyecto de Dios es el de una humanidad reconciliada y libre.

Pongo a Cristo por testigo de que no miento: Siento una gran pena y un dolor íntimo e incesante por el bien de mis hermanos de sangre, los judíos. Mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que sería capaz de ser un proscrito y un maldito, separado de Cristo, si fuese necesario.

A vosotros, los cristianos venidos del paganismo, os hablo: No olvidéis que a ellos, los descendientes de Israel, les pertenece la adopción como pueblo elegido, primogénito de Dios; la gloria, por la que Dios habita en medio de su pueblo y se comunica con él; las alianzas sucesivas, desde Abrahán hasta David; el culto que se debe al verdadero Dios; la Ley, expresión de su voluntad santa; las promesas mesiánicas; la historia y el testimonio de la Revelación...; y, por encima de todo, el Mesías, Jesús, en cuanto a linaje carnal, israelita, Él, que como Hijo de Dios está sobre todo, Dios eternamente bendito. ¡Amén!

Y con ellos razono ahora. Me achacan mi Evangelio de la Gracia. Pero ¿no se dan cuenta de que responde a una de las leyes de la historia de la Salvación, ampliamente consignada en la Sagrada Escritura?

En efecto, no todos los descendientes de Israel entran en el Plan de Dios; o, mejor dicho, unos entran de modo que llevan adelante el cumplimiento, y otros quedándose fuera. Como sabéis, ese

«Resto», mediante el cual Dios lleva a cabo su designio salvífico, es elegido por iniciativa gratuita de Dios, no por méritos.

Así fue elegido Isaac, de madre estéril. Sólo él es tenido en cuenta respecto a la Promesa. Leed Gén 18. Meditad, igualmente, en el caso de Jacob. No era el primogénito, ni el preferido de Isaac; pero la Escritura no tiene inconveniente en afirmar: *Quise a Jacob más que a Esaú* (Mal 1, 2-3). Leed Gén 25.

Es el estilo de Dios, que procede por libre elección, independientemente de las obras. A primera vista, parece un Dios injusto. Pero es porque no le conocemos como un Dios personal de amor. Hemos hecho de Dios una idea abstracta o una Super-conciencia neutra. Pero en cuanto comienzas a establecer relación real con Él y descubres tu verdad y experimentas su salvación, las actuaciones de Dios, que antes te parecían arbitrarias, se te iluminarán con nueva perspectiva. Fue la larga experiencia de la fe de Israel y de sus mejores testigos. Así ha sido escrito el Éxodo, como epopeya grandiosa del amor salvador de Dios en favor de los israelitas esclavos y frente a la prepotencia del faraón:

Tendré misericordia de quien yo quiera
y compasión de quien yo quiera (Éx 33,19).

Cuando piensas que Dios es injusto al obrar por gracia, en el fondo crees que tienes algún derecho. ¿Sabes lo que dices?

«No es injusto, me dirás; de acuerdo; pero, entonces, ¿por qué se queja si hace lo que quiere y no depende de nuestro esfuerzo?»

Tu razonamiento enmascara algo peor: Si te atreves a tomarle cuentas a Dios y le argumentas con tu impotencia, es porque supones que tu falta de respuesta no es responsabilidad tuya. ¿Has olvi-

dato tu pecado, tu condición original de rebeldía, tu libertad cerrada, tu yo de apropiación?

Claro que no consiste ni en querer ni en afanarse, sino en que Dios tenga misericordia. Pero, precisamente por ello, Dios elige a quien quiere, y ninguno tiene derecho respecto a la libertad de su amor.

No se trata de especulaciones abstractas sobre Dios y la libertad del hombre, sino de la historia real de la libertad humana en su relación con Dios, sea en el paganismo, sea en Israel, desde el principio de la humanidad hasta Cristo.

Si fueses capaz de reconocer que has sido creado de la nada por amor, que has pecado y sigues negando el señorío de Dios en tu vida, te parecería normal que Dios hiciera lo que quiere, que use de distinta medida con unos y con otros. ¿Quieres mayor prueba de tu ceguera y pecado que la envidia de tu corazón cuando ves que Dios se vuelca en algunos y, quizá, te encomienda a ti una misión sin relieve? ¿No tiene derecho el alfarero sobre la arcilla para hacer del mismo barro un objeto de valor y un objeto ordinario? Es verdad que no somos cosas para Dios, sino personas; pero no disponemos de nuestra finitud, está claro. Sólo Él es el Absoluto.

Pues bien, hagamos ahora la hipótesis de que Dios haya querido manifestar su Reino en forma de misericordia y, al enviar a su Mesías y dar a conocer su inagotable bondad, de modo que a los destinados, en virtud de la justicia de las obras, a la condenación, es decir, a los fuera de la Ley (publicanos, prostitutas, paganos...), a los pecadores, quiera regalarles la riqueza de su Salvación...

No es una hipótesis, hermanos. Lo había anunciado por Oseas:

Lamaré pueblo mío al que no es mi pueblo,
y a la no amada, amada mía.

Pero fijaos bien: A los paganos los llama por gracia; pero al resto de Israel, también por gracia. Este pueblo de la misericordia, la verdadera descendencia de Abrahán, está fundamentado en la gracia. Ya lo he explicado más arriba ampliamente: Todos hemos pecado; la justificación, por lo tanto, viene por la fe, y no por las obras. Leed Is 1,9; 10, 22-23.

La única diferencia entre paganos y judíos es la siguiente: que los primeros ni siquiera podían soñar en conocer la Alianza; y los segundos, al apoyarse en la Ley, se encontraron con el escándalo del Evangelio. La verdad es que no ha sido la primera vez que en la historia de Israel el modo de actuar de Dios ha resultado piedra de tropiezo. Basta pensar en el enfrentamiento entre los profetas, especialmente Jeremías, y el Pueblo, desconcertado con la Palabra de Dios.

En resumen: que donde hay ventaja hay desventaja, y viceversa. Los paganos tienen la ventaja de la conciencia espontánea de recibir la Salvación gratuitamente; pero la desventaja de su inconsistencia moral. Los judíos tienen la ventaja de la Revelación; pero la desventaja de creerse con derechos.

De verdad, hermanos, que llevo en mi corazón la tragedia de mi pueblo. Algunos pertenecen al Resto; pero la mayoría, por desgracia, ha quedado fuera. Ellos, que me llaman traidor, ¡si supieran que mi anhelo más profundo y lo que pido a Dios es que alcancen esta salvación del Mesías Jesús!

Declaro en su honor que se entregan generosamente a las cosas de Dios; pero es un fervor religioso mal entendido. Se han olvidado de que todo es gracia y que la justificación es don. ¡Qué empeño

en apoyarse en la Ley y conquistar la salvación por esfuerzo! Teóricamente, saben que todo viene de Dios; pero se rebelan, de hecho, contra su Dios, que ha manifestado en Cristo la soberanía de su misericordia.

Con todo, si hubiesen meditado y practicado mejor la Ley, se darían cuenta de que su fin era preparar la gracia salvadora de Cristo.

La Ley es buena y, cumplida, justifica; nos hace ser y obrar según Dios. Al fin y al cabo, el que ama es de Dios. Pero la cuestión es que no podemos cumplirla; y por eso no realiza su función de mediación. De aquí nace la contradicción del Antiguo Testamento y el grito de sus entrañas:

¿Quién subirá al cielo?

¿Quién bajará al abismo?

Pero la respuesta ya fue apuntada en la Ley misma:

A tu alcance está la Palabra,
en tus labios y en el corazón (Dt 9,4; 30, 12-14).

¡Eso es la fe! La Palabra escuchada, que transforma el corazón. Porque si tus labios profesan que Jesús es Señor y crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvas. La fe purifica el corazón y lo justifica. El testimonio de vida lleva a cabo la existencia nueva del hombre salvado.

La fe consiste en acoger el señorío de Cristo resucitado. A ese nivel no hay distinción entre judío y pagano, porque uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan.

Alguno tal vez me objete: ¿Cómo van a creer los judíos en el Señor Jesús, si no han oído hablar de él? ¿Cómo van a oír, si nadie lo anuncia y no hay enviados para ello?

No sé si lo dirá por mí, que me dedico a los paganos. En defensa propia he de decir que comencé a predicar en las sinagogas, y que no fui escuchado.

¿Es verdad que no han oído el Evangelio? Por el contrario; comenzó por ellos, en Jerusalén. Pedro fue enviado particularmente a ellos. Las comunidades palestinas siguen siendo numerosas y tienen muchos predicadores. Creo que, más bien, a los judíos se aplica aquel versículo del salmo: «A toda la tierra alcanzó su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje».

El hecho es otro, hermanos, y lo digo con profundo dolor: Algunos han respondido al Mensaje; pero, globalmente, el conjunto de Israel, como pueblo, se ha cerrado en banda.

Es terrible constatarlo; pero se están cumpliendo las palabras que anunciaban la tragedia de mi pueblo:

Señor, ¿quién ha dado fe a nuestro mensaje? (Is 53,1).

Otras veces, cuando Israel pecaba, quedaba un Resto representativo. Pero, con el Mesías Jesús, Dios ha ofrecido la Palabra última. Israel se ha definido en contra, y esta vez la alternativa no es el Resto, sino los paganos.

Yo os daré envidia con un pueblo ilusorio, os irritaré con una nación fatua (Dt 32,21).

FIDELIDAD DE DIOS (11,1-36)

¿Es que Dios ha desechado a su pueblo?

¡De ningún modo! Una vez más apelo a que entendáis la acción de Dios como drama histórico. Dios es el que elige por gracia; pero, por lo mismo, inicia una historia de libertad. El futuro de la

Alianza dependerá de la respuesta del hombre. En efecto, Dios ha tomado en serio la respuesta de Israel; y, al ser rechazado su Mesías, ha elegido, evidentemente por gracia, a los paganos. Sin embargo, Dios no condiciona su elección y fidelidad a la respuesta del hombre. La gloria de su amor se manifiesta en el poder de llevar a cabo su plan de salvación a través de la infidelidad y el pecado del hombre. El medio que ha usado en la historia, tal como lo testimonia la Escritura, es el de la elección de un Resto, mediante el cual renueva la Alianza anterior y la conduce hacia horizontes insospechados.

Así que el rechazo que ahora constatamos de Israel no significa rechazo definitivo, sino nuevo comienzo a partir de un Resto.

El Resto está constituido por el grupo originario: María, la madre del Señor, Pedro, los Doce, los discípulos-testigos, que formaron el núcleo de la Iglesia madre de Jerusalén. Resto soy también yo, israelita descendiente de Abrahán, de la tribu de Benjamín.

¿Queréis pruebas escriturísticas de lo que digo? Aquel pasaje del libro de los Reyes en que Dios responde a la queja de Elías, referente a la idolatría de Israel: «Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal» (1 Re 19). O ¡tantos pasajes en que se constata la obcecación de Israel: Dt 19,3; 29,4; Is 29,10; Sal 68, 23-24! Siempre es lo mismo: el pecado del hombre y la fidelidad de Dios. Algún acontecimiento o circunstancia pone a prueba la fe de Israel; éste cae; pero Dios continúa llamando a su pueblo y manteniendo sus promesas.

La historia de Dios con el hombre no cabe ser idealizada. Demasiadas veces Dios resulta piedra de tropiezo. No es fácil convivir con este Dios de amor

apasionado y total. El hombre prefiere un Dios a su medida. A veces la caída es para levantarse; otras, para quedar en la cuneta. ¡Cuántas veces, durante estos años, me he hecho esta pregunta: «¿Han caído mis hermanos, quizá, para no levantarse?»!

¡De ningún modo! Si por haber caído ellos la Salvación ha pasado a los paganos, es para dar envidia a Israel. Así es nuestro Dios, amor fiel y terrible.

Más aún: Si su caída ha supuesto riqueza para el mundo, ¿qué no será cuando pertenezcan a la Iglesia como pueblo? Porque si la Iglesia está plantada en lo que es el Resto y posee tales riquezas, ¿os imagináis su futuro cuando mi pueblo se incorpore a ella?

La imagen adecuada para explicar esta dialéctica de la Iglesia de los paganos y el pueblo judío podría ser la del injerto. El tronco originario es Israel. Algunas ramas han sido desgajadas. En vez de ellas, han sido injertados los paganos. Para vosotros, los paganos, esto no es motivo de orgullo, sino de agradecimiento. Para los desgajados, los judíos, motivo de celos, a ver si se convierten.

La participación en la savia es la misma, seas rama original (judeo-cristiano) o injerto (pagano-cristiano): la fe. Si es por fe, en todos es por gracia. En consecuencia, ¡cuida de no apropiarte el don! Puede ocurrirte lo que a las ramas desgajadas. Os lo digo especialmente a los pagano-cristianos, que ahora, como sois la mayoría y el futuro de la Iglesia se centra en vosotros, comenzáis a afirmar derechos inexistentes.

Temo por el futuro de una Iglesia que margine progresivamente a los judíos. He de recordaros que ellos siguen siendo el olivo originario. Cuando un

día reconozcan al Mesías Jesús, será el signo que anticipa la Parusía.

En este drama se esconde el designio misterioso de Dios: La obcecación de una parte de Israel durará hasta que entre el conjunto de los pueblos. Entonces será la hora definitiva de Israel. Lo anunció Isaías 59,20.

Comprended en este sentido ciertas expresiones que he usado en otras cartas contra mis hermanos de sangre. Considerando el Evangelio, son enemigos, pero para ventaja de los paganos. Considerando la elección, siguen siendo los predilectos, pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables.

¡Qué abismo de riqueza de amor y de sabiduría el de Dios nuestro Padre! Los paganos, incapaces del bien, han obtenido misericordia mediante el rechazo de Israel al Evangelio. Igualmente: Al conocer la misericordia que Dios ha tenido con los paganos, los judíos son invitados a acogerse, por encima de su pecado, a la fidelidad misericordiosa de Dios.

Así será la Alianza que haré con ellos, en el perdón de los pecados (Is 27,9).

¿Sabéis la conclusión que saco? La expreso estrepecado: Que Dios nos encerró a todos en el pecado para tener misericordia de todos. Entendedme: Dios no juega a bueno; no es un plan premeditado. Es algo infinitamente más maravilloso: Que cada vez que nosotros hemos estropeado su plan, desde la primera creación hasta la Alianza con Israel, el amor de Dios ha sacado bien de nuestro mal, y allí donde nosotros pusimos abundancia de pecado, Él derrochó sobreabundancia de perdón.

¡Él lo puede hacer, hermanos! ¡Y nosotros lo hemos visto en Cristo Jesús! La primera creación

fue desbordada por la gloria que se nos ha dado a contemplar en la Cruz.

¡Qué insondables sus decisiones
y qué irrastreables sus caminos!

¿Quién conoce la soberanía de su Gracia?

¿Quién fue su consejero?

¿Quién puede responder dignamente a su Amor?

Él es origen, camino y meta.

¡A Él la gloria por los siglos!

Amén.

Tercera parte:

La moral cristiana

PRINCIPIOS (12,1-21)

Si en algo tenéis la misericordia de Dios Padre y vuestra fe en la salvación de Jesucristo, hacedme caso, hermanos míos muy queridos. Habéis sido llamados a una vida digna de semejante Don. Es en nuestra conducta individual y de Iglesia como la Revelación se hace signo eficaz en el mundo. De esto quiero hablaros ahora, en especial de algunas consecuencias prácticas que se derivan del Evangelio de la Gracia.

Comienzo por explicaros la dinámica fundamental de la moral cristiana. Si no se tiene una experiencia vital de lo expuesto más arriba, os parecerá extraño lo que sigue. Se puede tener fe; pero sin vivir del Espíritu. Y se nota, pues algunos siguen bajo las costumbres del paganismo, como si la fe en Jesucristo y la conducta no tuvieran nada que ver. Otros se guían por la ética racional, sin acceder a la sensibilidad propia de la moral cristiana, la del Amor infundido en nuestros corazones. Otros intentan cumplir la Ley, dejando al margen, es verdad, los as-

pectos caducos del Antiguo Testamento; pero centrandó el saber moral en la tradición judaica de los diez mandamientos y de la sabiduría de los rabinos.

El desafío de la moral cristiana, que acaba de nacer, es doble: por una parte, implica una novedad radical, ya que no se define desde contenidos objetivos de lo bueno y lo malo, sino desde el corazón nuevo que Dios crea por la acción de su Espíritu; por otra, ha de traducirse en opciones prácticas, para lo cual se sirve tanto de la racionalidad humana como de la revelación de la Ley. De aquí, la situación en que están nuestras comunidades cristianas, su pluralismo moral. En general, nos inspiramos en la tradición judaica, con el peligro de confundir lo que es Revelación y lo que no pasa de modelo socio-cultural. Con todo, procuramos mantener la dinámica propia de la moral cristiana, que es libertad actuada por el amor. No es fácil, pues exige creatividad y discernimiento constantes. Pero es así como el cristianismo, también a nivel moral, aparece como signo del Reino: viene de arriba, por iniciativa de Dios; asume todo lo humano, pero no se identifica con lo que asume. Por ello, la moral cristiana no puede ser sistematizada. Es dinámica, y no depende de ningún orden objetivo fijado de una vez por todas; y, consecuentemente, puede y debe informar todo modelo histórico de sabiduría moral. Es juicio profético y crítico sobre esa misma sabiduría; y, sin embargo, nunca podremos traducir adecuadamente el Evangelio en la vida de los hombres.

He de repetirlo de nuevo: la vida cristiana no se fundamenta en la Ley, sino en la Gracia salvadora. Lo que le agrada a Dios no es una obediencia formal a sus mandatos, sino el verdadero culto espiritual, que consagra la persona entera, cuerpo y actitud, opciones y corazón. Si has creído en el Amor

Absoluto, sabes a Quién perteneces. Tu existencia entera será obediencia. Tú mismo eres templo del Dios vivo, y ya no cabe separar prácticas religiosas y trabajo, oración y entrega al prójimo. Lo que importa es amar. El amor te santifica y te transforma en sacrificio.

No reduzcáis mis palabras a literatura piadosa. Está en marcha la revolución jamás soñada: la de la libertad última. El hombre vive en la presencia inmediata de Dios porque actúa con su Espíritu. Han caído las barreras infranqueables que ordenaban el mundo separando lo sagrado y lo profano, a justos y pecadores...

Esta experiencia atañe al nivel más íntimo de la persona humana, el que escapa a todo examen de conciencia y que pertenece sólo a Dios. La moral depende del corazón. Por más fiel y generosamente que cumplas la Ley, por más honrada que quiera ser tu actitud, por más crecimiento de virtudes (autodominio, justicia, prudencia...) que notes, la transformación del corazón es obra de la gracia de Dios. A la inversa, si tu seriedad moral no te lleva a una conciencia cada vez más lúcida de tu incapacidad para amar, será señal de la peor de las mentiras: vivir en orden para no enfrentarte con tu verdad profunda. Más vale, hermanos, desnudarnos ante el juicio del Amor en la Cruz y, entregados en obediencia de fe a su misericordia, dejarnos transformar por el Espíritu Santo.

En adelante no podréis tener la última palabra sobre el valor moral de vuestra conducta, gracias a Dios, porque habréis sido liberados de toda necesidad de autojustificarse. La moral ya no será sabiduría que se aprende, ni siquiera autenticidad controlable, ni examen de conciencia. En el acto mismo en que creéis y amáis, la luz del corazón os guía con

criterio certero. Como por instinto, por afinidad de ser. Sólo el que ama conecta vitalmente con la vida de Dios y conoce el bien.

Por supuesto, existen instrumentos para discernir objetivamente lo bueno de lo malo, por ejemplo, la razón humana y, más explícitamente, la Ley del Antiguo Testamento. Pero una conducta que ha de ser guiada por instancias externas no produce libertad. Más: una conducta cuyo criterio último sea un orden objetivo, no reconoce la dignidad absoluta de la persona humana. Más: una conducta que objetiva el amor, no ama realmente. Más: una conducta que puede ser controlada objetivamente se apropia el juicio de Dios y la soberanía de su amor.

¿Propugno el subjetivismo moral? Quien hace esta pregunta es que no ha entendido nada. Lo que reivindicó es la dignidad de la persona humana en su vocación de hijo de Dios y la originalidad de la moral cristiana, que es una moral del discernimiento.

El discernimiento no es una técnica para acertar, sino una vida actuada por el Espíritu. Lo propio del Espíritu es iluminar el trasfondo del hombre, siempre atemático. No necesita dar conceptos ni establecer normas objetivas, pues es amor. Y el que ama no necesita la Ley, ya que es ley para sí mismo. Y el que ama no necesita un saber objetivo, porque es incapaz de hacer el mal. Por el contrario, el que ama no se reserva; y, ¿creéis que medirá su entrega por lo lícito o ilícito, por pecado mortal o venial, por mandamientos y consejos? El amor mismo se le ha hecho fuente de libertad, y su destino es entregar la vida.

Por eso, la distinción entre una moral objetiva y una moral subjetiva es propia de una conciencia pre-cristiana, que todavía se debate entre la hetero-

nomía y la autonomía. El amor hace la síntesis entre el bien objetivo y la dignidad de la conciencia subjetiva, porque los desborda.

Me diréis: «Esa moral es utópica, para privilegiados excepcionales». Mi respuesta es sencilla: Esta moral no ha sido dada a los sabios ni virtuosos, ni a los ascetas ni a los héroes del compromiso social, sino a los pequeños, a quienes son capaces de acoger el Amor desde su pobreza. Lo cual no quita que, mientras vivimos en este mundo, no debamos mantener una actitud de humildad. Podría ser muy peligroso fomentar una conducta sin criterios objetivos para los «perfectos». De ahí a las mayores aberraciones morales hay poco trecho. Pero, hermanos míos, bajo razón de peligro, por favor, no vayáis a caer en una moral de la Ley, la del sistema ordenador.

Dicho esto, veamos las líneas operativas en que se despliega este discernimiento espiritual del amor.

Primero: Mesura en todo.

Cuando se ha descubierto la fuerza liberadora de la fe, puede dispararse el deseo y la peor de las ambiciones, la espiritual. Si la fe es auténtica, tendrá la humildad de no ser pretenciosa. ¿Cómo podría serlo si es conciencia fundante de la Gracia? De aquí nace lo que podríamos llamar «la medida cristiana».

Consiste en aceptar gozosamente el Plan de Dios en la propia vida. En primer lugar, a nivel del desarrollo efectivo de la vida teologal en nosotros. No es fácil, porque la fe se atreve a esperar todo. Sin embargo, la misma fe se contenta con las migajas de la Misericordia. El que viva este «espíritu de infancia» habrá encontrado uno de los grandes secretos de la moral cristiana: pequeño y atrevido, ardiente y sobrio, ingenuo y realista...

En segundo lugar, a nivel de comunidad, sirviendo alegremente al todo, sin sentimientos de superioridad ni de inferioridad, en la concordia del amor. Hay diversidad de carismas, pero ninguno es el todo. Hay muchos miembros, pero una sola es la cabeza, Cristo. Ésta es la imagen adecuada para expresar nuestra vocación en el Plan de Dios, la del cuerpo. Sentirse al servicio de los otros, siendo diferente cada uno; pero no separado, sino unido, y de tal manera que lo ajeno es mío y lo mío es de todos. Tal es la unidad, circularidad y riqueza multi-forme de la Gracia en la Iglesia. Os remito a las orientaciones que di en la Primera Carta a los Corintios.

Segundo: Primado de lo interpersonal.

El amor fraterno es nuestro principal mandamiento. Pero, por lo mismo, la realidad más amenazada.

Aborreced lo que puede dividiros. Buscad siempre lo que une. Como buenos hermanos, sed cariñosos los unos con los otros, rivalizando en la mutua estima.

En la actividad, no os echéis atrás. En el espíritu, manteneos fervientes. Siempre al servicio del Señor.

Sed íntegros en la adversidad y asiduos en la oración. Solidarios en las necesidades ajenas. Solícitos en la hospitalidad.

Y en todo, alegres; que nuestra esperanza es más fuerte que nuestra debilidad, y el amor crece cuando es puesto a prueba.

Tercero: Fortaleza en la paciencia.

Una existencia guiada por el amor nos entrega indefensos a la voracidad de la violencia. Porque el amor solivianta el poder del pecado en el mundo.

Benedicid a los que os persiguen; bendecid, sí; no maldigáis. Para ello, devolved bien por mal. Alegraos con los que están alegres; con los que lloran, llorad. Que os atraiga la sencillez. No mostréis suficiencia. No busquéis grandezas. En cuanto a vosotros toca, estad en paz con todo el mundo. Que nadie pueda achacaros nada, en cuanto sea posible.

Si a pesar de todo os persiguen, no toméis venganza. Dios se ha reservado el juicio último. Por el contrario, como dice Proverbios 25, «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: así se avergonzará de sí mismo».

Ya sé que no es «razonable» este amor. No se atiene a criterios objetivos de justicia, de orden social. Pero pertenece al discernimiento cristiano; es el amor que nos enseñó y practicó Jesús.

Os habréis dado cuenta de que, al explicitar algunas líneas operativas de la moral cristiana, he dejado la perspectiva doctrinal y me he limitado a repetir las exhortaciones típicas de la enseñanza catequética. Más que especulativamente, la moral se aprende en confrontación con la vida.

De todos modos, hermanos, aunque no he estado personalmente en Roma, algunos temas me preocupan. Por lo que he oído, y porque son constantes en las comunidades cristianas.

APLICACIONES (13,1 - 15,13)

Respecto a la autoridad civil, nuestra posición es delicada. Por una parte, no aceptamos la sacralidad de la autoridad. No tenemos otro Señor que Jesucristo. Por otra, aceptamos el orden social y la necesidad de una autoridad para el bien común. Más, percibimos como creyentes que el orden justo es vo-

luntad de Dios. Por eso nos sometemos a la autoridad constituida; no por miedo, sino en conciencia.

Por la misma razón pagáis impuestos: no buscando sólo la mera legalidad, a fin de evitar las consecuencias penales, sino como un medio práctico de llevar a cabo la justicia social, que ciertamente es un valor moral.

También la ética civil es parte de la moral cristiana. Cumplid con vuestros deberes, dando a cada uno lo suyo: respeto a la autoridad; colaboración en las tareas sociales, etc.

Cuidad escrupulosamente lo que se refiere a la justicia conmutativa: deudas, salarios, responsabilidad en el trabajo...

Pero, como cristianos, vuestra moral no se reduce a cumplir el deber. Habéis sido llamados al amor.

De hecho, la Ley («No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no envidiarás»; Ex 20, 13-17) se resume en amar al prójimo como a uno mismo (Lev 18,19). El amor no causa daño; al contrario, promueve el bien en todos los órdenes: interpersonal, familiar, laboral, social, político.

Con eso de que nuestra fe nos hace esperar la Parusía, algunos se permiten el libertinaje. Por el contrario, hermanos, cuanto más cerca sentimos la Salvación, tanto más es necesario ser fieles a la tierra y a la humanidad en que vivimos. En medio de este mundo en tinieblas, debemos ser como el día por nuestra conducta. ¡Nada de comilonas ni borracheras, nada de orgías ni desenfrenos, nada de riñas ni porfías, nada de codicias ni ambiciones!

¡Revestíos del Señor Jesucristo, que os ha liberado de la esclavitud de los bajos deseos!

Especialmente a nivel de relaciones comunitarias,

la caridad ha de ser norma permanente. La piedra de toque es la delicadeza con los débiles.

Me refiero, en primer lugar, a los que no tienen libertad de discernimiento y dependen de su estrechez de conciencia. No se atreven a comer ciertos manjares en determinados días, o necesitan la seguridad de la norma hasta el detalle o se angustian cuando las circunstancias no les permiten cumplir ciertas prácticas religiosas. Pues bien, tú que te crees adulto en la fe, no juzgues a tu hermano más débil. Lo que importa es que, tanto el débil de conciencia como tú, lo que hagáis lo hagáis por el Señor. No eres señor de tu hermano.

Objetivamente, tienes razón: nada es impuro por sí, sino para los ojos del corazón y la conciencia. Pero si tu conducta va a escandalizar a tu hermano, piensa qué te guía: si la libertad del amor o la autoafirmación. ¿Tienes derecho a herir a tu hermano, por quien murió Cristo? No destruyas la obra de Dios por una cuestión de comida.

La madurez cristiana consiste en este discernimiento: liberado de la Ley, tu conciencia se ha ensanchado; pero liberado por el amor, te importa más tu hermano que tu libertad de acción.

La verdadera libertad reside a niveles más profundos que el de la libertad de opciones. El señorío de Dios no está en comida ni en ayuno, en esta forma de vida o en otra, sino en el amor, paz y gozo del Espíritu Santo. Eres libre no por poder hacer sin escrúpulos lo que a otro le culpabiliza, sino porque te da lo mismo hacer esto o aquello, ya que lo único que cuenta es la voluntad de Dios.

Esta libertad tiene como fuente el amor de pertenencia a Jesucristo. Resulta extraña para el humanismo racional; pero nos identifica como cristianos.

Ninguno de nosotros vive para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor. En vida o en muerte somos del Señor. Para eso murió y resucitó Cristo, para ser Señor de vivos y muertos.

En virtud del espíritu del Señor Jesús hemos conquistado la libertad de conciencia, y en su virtud, también, morimos a nosotros mismos por complacer al hermano.

Esta dinámica del amor presupone una sabiduría diferente y superior a la que rige las relaciones sociales. Por eso, debe ser aplicada especialmente en la comunidad cristiana. No anula los criterios de justicia y el análisis de las condiciones objetivas del grupo y de la convivencia; pero va más allá. ¿Por qué? Porque la vida depende de la gratuidad del amor. Lo sabemos porque se nos ha dado en Jesucristo como fuente de nuestra libertad y fundamento último de toda relación humana.

Cabe el peligro de un cierto fundamentalismo: que, bajo razón de paz y gratuidad, la comunidad cristiana se estanque en el autoritarismo e inmovilismo. Sin embargo, toda vida humana, a nivel individual y social, depende nuclearmente de la capacidad que tengan algunos de entregar gratuitamente su vida por los otros.

Nosotros los fuertes debemos cargar con las flaquezas de los débiles, y no buscar lo que nos agrada. Busquemos complacer a los demás promoviendo su bien. Como hizo Jesús, que no se buscó a sí mismo, antes bien, siendo inocente, soportó los ultrajes y la injusticia (cf Sal 69,10).

La Escritura entera nos presenta estos modelos de amor y paciencia en medio del sufrimiento. Recurrid a ella en la oración, para que la Palabra os

anime y fortaleza, especialmente en los momentos en que acechan el cansancio y la desesperación.

Recurrid, sobre todo, al Dios fiel, fuente de todo consuelo. Él os dará permanecer en comunión en medio de las diferencias. Así daréis gloria a Dios Padre por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Me he detenido, hermanos, en este tema de la caridad en favor de los de conciencia timorata por varias razones. Primero, porque ahí se aquilata la verdadera libertad cristiana, que siempre es constructiva y tiene por modelo el amor de Jesús, que entregó su vida libremente por reconciliarnos a todos.

Segundo, porque el Señor Jesús me dio el encargo de anunciar la libertad cristiana y soy muy consciente de las consecuencias que esto ha traído para el movimiento cristiano. He sido puesto como cuña entre la Sinagoga y la Iglesia, entre Jerusalén y Roma. Por ello, necesito levantar mi voz, en nombre del Evangelio que se me ha encomendado, y gritar que el designio de Dios es de unidad, no de división. El viraje de Israel a la Iglesia de los paganos no debe ser esgrimido como motivo de enfrentamiento, sino como plan misericordioso de Dios de una humanidad nueva, plenamente reconciliada, fundada en la igualdad de la Gracia.

A punto de embarcarme para Jerusalén y presintiendo mi futuro de cárcel, tal vez de muerte, quiero que conozcáis, hermanos, el sentido último de mi vocación y mi Evangelio: la unidad de la Iglesia. Sabed que es mi voluntad última como apóstol de Jesús, mi testamento.

Que el Dios de la Gracia
os colme de gozo y de paz
por la fe,

a fin de que abundéis en esperanza
bajo la acción de su Espíritu Santo.

Conclusión

(15,14-33)

Quizá a más de uno le extrañe mi atrevimiento al escribiros así. Estoy convencido de que, efectivamente, también vosotros tenéis conocimiento de la Revelación y podéis formular las exhortaciones morales pertinentes. Por favor, no lo juzguéis como actitud de superioridad por mi parte. No he pretendido más que recordaros algunos temas centrales de la predicación cristiana en función de la gracia que me ha sido otorgada, de ser ministro de Cristo Jesús para los paganos. Es mi deber ejercer el sagrado oficio del Evangelio para que la oblación de los paganos, santificada por el Espíritu Santo, sea agradable a Dios Padre.

Espero no necesitéis pruebas de mi misión apostólica. Tengo motivos de auténtico orgullo cristiano en lo referente al servicio de Dios. Me he entregado en cuerpo y alma, de palabra y de obra, a conseguir la obediencia de fe de los paganos al Mensaje cristiano. Desde Jerusalén hasta el Ilírico, en todas direcciones, he proclamado el Evangelio, acompañándolo con signos milagrosos, obra del Espíritu Santo. Mi punto de honra ha sido anunciar el Evangelio donde no era conocido el nombre de Cristo. No he querido construir sobre cimientos ajenos. He sembrado el primero. La cosecha la dejo para otros. Así he concebido siempre mi misión.

Ésta era la razón por la que nunca llegué a Roma. Ahora me propongo nuevo campo de acción. Pienso dirigirme a España, y espero veros al pasar. Me gustaría disfrutar un tiempo de vuestra compañía.

Ahora voy a Jerusalén, llevando la colecta de las comunidades de Macedonia y Acaya a los pobres de aquella Iglesia. Si los paganos han participado de los bienes espirituales de la Iglesia-madre, justo es que ésta participe de los bienes temporales de aquellos. Terminado este asunto y entregada oficialmente la colecta, quisiera partir para España, pasando por vosotros. Creo que podré hacer este viaje con la bendición de Cristo.

Os confieso mis temores. No sé si podré librarme de los judíos; no sé si será bien aceptada mi colecta por los judeo-cristianos de allá. Os lo pido por nuestro Señor Jesucristo y su Espíritu, rogad por mí a Dios Padre. Que, Dios mediante, pueda llegar con alegría a Roma y descansar un poco entre vosotros.

¡El Dios de la paz esté con todos vosotros! Amén.

Saludos

(16,1-16)

Os recomiendo a Febe, diaconisa de la comunidad de Cencres. Recíbidla como a una hermana en Cristo. Asistidla en todas sus necesidades, que ella ha ayudado a muchos y a mí mismo.

Saludad a Prisca y Áquila, colaboradores míos en el Evangelio. En Éfeso, en un motín, expusieron sus vidas para salvarme. Todas las comunidades de los paganos les deben mucho.

Saludad también a la comunidad que se reúne en su casa. Saludad a mi querido Epéneto, primer fruto de la provincia de Asia para Cristo. Saludad a María, que se ha afanado mucho por vosotros. Saludad a Andrónico y Junia, parientes míos, conocidos

misioneros, que llegaron a la fe antes que yo y que compartieron conmigo la cárcel.

Saludad a Ampliato, con mucho cariño en el Señor. Saludad a mi colaborador Urbano y a mi entrañable Estaquis. Saludad a Apeles, que ha dado buenas pruebas de su calidad cristiana. Y a todos los de la casa de Aristóbulo, y a mi pariente Herodiano, y a los de la casa de Narciso.

Saludad a Trifena y a Trifosa, infatigables en el servicio del Señor. Y a Pérside. Y a Rufo y a su madre, que es también mía. Y a Asincrito y Flegón, a Hermes, a Petrobas, a Hermas y a los hermanos que están con ellos. Y a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpia y a todos los consagrados por la fe que están con ellos.

Saludaos los unos a los otros con el beso santo.

Todas las comunidades de Cristo os saludan, hermanos de Roma.

Posdata

(16,17-23)

Permitidme un último desahogo. Guardaos de los que suscitan divisiones y escándalos, y especialmente de los que os apartan de la doctrina recibida, la misma que yo os he expuesto en continuidad con los que os fundaron en la fe. No os dejéis llevar de doctrinas halagadoras de sabiduría humana o de religiosidad engañosa. Esos tales no sirven a nuestro Señor, el Mesías Jesús. Siguen encerrados en sus viejos sistemas, seduciendo y esclavizando a la gente sencilla, que tiene dificultad para el discernimiento evangélico.

La calidad de vuestra fe es conocida por doquier,

y me alegro en el alma. Pero es necesario no dormirse en los laureles y mantenerse vigilantes. Confío en el Dios de la luz y de la paz y le pido que os libre de los manejos de la mentira.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros.

Os saluda Timoteo, mi colaborador. Y mis parientes Lucio, Jasón y Sosípatro.

Os saluda Tercio, mi amanuense.

Os saluda Gayo, huésped mío y de toda la comunidad de Corinto, y Erasto, cuestor de la ciudad, y el hermano Cuarto.

Doxología final

(16, 25-27)

¡A Aquel que es y será vuestra Roca,
el que os salva por mi Evangelio;
a Aquel que yo anuncio
al predicar al Mesías Jesús,
al Dios eterno,
que tenía oculto desde antes de la creación
el Misterio revelado ahora,
profetizado en el Antiguo Testamento,
manifestado a todos los pueblos;
a Aquel que, por voluntad eterna de amor,
llama a todos los hombres a la obediencia de la fe,
a Dios Padre, luz que irradia sobre el mundo;
a Él la gloria por Jesucristo, su Hijo,
muerto por nuestros pecados,
resucitado para ser nuestra vida,
en el Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos! Amén.

VII

Carta a Filemón

Aquí tenemos un caso de asunto privado, en el que, sin embargo, la Iglesia ha visto un significado más amplio. ¿Por qué ha sido introducido este escrito tan breve en el «cuerpo canónico» de las Cartas de san Pablo? Ciertamente, porque la autenticidad paulina es innegable. Pero ¿no será, también, porque se trata de un ejemplo nítido de lo que ocurre cuando el Evangelio ilumina una institución humana? Pablo había hablado en otras ocasiones de las relaciones entre esclavos y amos, estableciendo una especie de dualidad entre igualdad ante Dios y desigualdad a nivel social. ¿Dualismo moral? Es en esta carta donde mejor percibimos la dinámica revolucionaria del Evangelio. Es verdad que Pablo no promulga la abolición jurídica de la esclavitud; pero, a partir de esta Carta, todo habrá cambiado en la conciencia de los hombres.

Reflexión urgente para una Iglesia, a la que, desde hace siglos, le cuesta recuperar su misión profética de transformación social. Reflexión necesaria para una Iglesia que, por complejo de culpabilidad, tiene el peligro de olvidar su dinámica propia de liberación.

Con todo, quizá lo más sorprendente y actual no sea la problemática de la Carta, sino Pablo mismo: la riqueza de su personalidad, sus matices afectivos,

su corazón de apóstol. ¿No nos ocurre lo mismo con cada uno de sus escritos?

Querido Filemón, amigo y colaborador:

A ti, a la hermana Apia, a Arquipo, compañero de armas, y a la comunidad que se reúne en tu casa, Pablo, preso por causa de Jesucristo, y Timoteo os deseamos gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesús.

Al encomendarte en mis oraciones, siempre doy gracias a Dios. He recibido noticias de tu amor y fidelidad al Señor Jesús y a los que creen en su nombre. Pido ahora a Dios que tú fe crezca y sea cada día más operativa, de modo que tus hermanos conozcan el bien que puede realizarse por causa de Cristo. Tu caridad será un motivo grande de alegría y consuelo para todos.

Por eso, aunque por razón de mi ministerio tengo plena libertad para mandarte lo que convenga, prefiero rogártelo apelando a tu caridad. Sí, yo, Pablo, envejecido y encarcelado por el Mesías Jesús, te ruego en favor de este hijo mío, Onésimo, a quien engendré a la fe en la cárcel.

Antes te era inútil. Ahora puede sernos útil a ti y a mí. Te lo mando de vuelta, y es como si me desprendiese de un hijo de mis entrañas.

Me habría gustado quedarme con él, para que me sirviera en tu lugar, mientras estoy preso por el Evangelio. Pero no he querido tomar ninguna decisión sin contar contigo. No quisiera que tu acto de generosidad fuese forzado, sino espontáneo.

Es verdad que Onésimo huyó de ti. Tal vez para que ahora lo recobres definitivamente. Pero ¡qué distinto!; no como esclavo, sino como hermano querido. Para mí lo es. ¡Cuánto más lo será para ti, no

sólo en cuanto cristiano, sino también en cuanto persona humana!

Si me sientes en comunión contigo, recíbelo como si fuera yo. Si te ha perjudicado o te debe algo, ponlo a mi cuenta. Firmo yo, Pablo, de mi puño y letra... ¿Olvidas que tú te me debes? El cristiano pertenece al Señor Jesús y a su Evangelio. ¡Vamos, hermano, hazme este servicio por el Señor! ¡Da este consuelo a mi corazón!

Te escribo seguro de tu respuesta, sabiendo que harás aún más de lo que te pido.

Aprovecho para añadir dos palabras. Prepárame alojamiento. Espero, gracias a vuestras oraciones, no tardar en veros de nuevo.

Recuerdos de Epafras, mi compañero de cárcel por causa de Cristo, y también de Marcos, Aristarco, Dimas y Lucas, mis colaboradores.

La gracia del Señor Jesucristo esté con vosotros.

Índice

	<i>Págs.</i>
Prólogo.....	5
I. PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES	11
La fe de los Tesalonicenses (1,5-10).....	12
La evangelización: misión y respuesta (2,1-16).....	13
Continuidad de la misión (2,17 - 3,13).....	15
Principios de conducta cristiana (4,1-12)	16
Aclaración de dudas (4,13 - 5,11).....	18
Construir la comunidad (5,12-22).....	20
Saludos finales (5,23-28)	21
II. PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS	23
Sobre los partidos en la comunidad (1,10 - 4,21).....	25
En caso de escándalo (5,1-13)	36
Los «trapos sucios» (6,1-11).....	38
Vocación cristiana y sexualidad (6,12 - 7,40)....	39
Libertad, amor y discernimiento (8,1 - 11,1)....	47
Problemas de las celebraciones (11,2 - 14,40) ...	54
Sobre la Resurrección (15)	62
III. SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS	71
A. Alegato apostólico (2 Cor 10 - 13).....	72
B. Ministerio y comunidad (2 Cor 1 - 8).....	79
Introducción (1,1-11)	79

	<i>Págs.</i>
Relaciones con la comunidad (1,12 - 2,16)	80
Ministerio de la Nueva Alianza (2,17 - 3,18)....	83
Ministerio y existencia pascual (4,1 - 5,10)	86
Ministerio de la reconciliación (5,11 - 6,13)	89
Desahogo (6,3 - 7,16).....	91
Sobre la colecta (8,1-15)	94
Conclusión (8,16-24)	95
C. Billeto sobre la colecta para Jerusalén (2 Cor 9)	96
 IV. CARTA A LOS FILIPENSES	 99
Introducción.....	99
Noticias personales (1,12-26)	101
Recomendación: constancia (1,27-30)	102
Recomendación: concordia (2,1-18)	103
Noticias de Timoteo y Epafrodito (2,19 - 3,1a)..	104
Fidelidad al Evangelio (3, 1b - 4,1).....	107
Recomendación: alegría y paz (4,2-9)	109
Agradecimiento final (4,10-23)	111
 V. CARTA A LOS GÁLATAS	 113
Introducción.....	113
Revelación (1,11 - 2,21).....	117
Justificación (3,1 - 4,7)	124
Liberación (4,8 - 5,25).....	131
Consecuencias (5,26 - 6,10)	141
Conclusión	142
 VI. CARTA A LOS ROMANOS	 143
Introducción	143
Primera Parte: Acción salvífica de Dios.....	145
Tesis nuclear (1,16-18).....	145
La humanidad sin salida (1,19 - 3,20).....	146
Mundo pagano	147

	<i>Págs.</i>
Ante el juicio de Dios.....	151
Mundo judío.....	153
Objeciones	156
Justificación por gracia (3,21 - 4,25).....	160
Salvación: Adán y Cristo (5,1 - 21)	166
Pertenencia a Cristo (6,1-23).....	172
Liberación de la Ley (7,1-25)	177
Vida por el Espíritu (8,1-39).....	186
 Segunda Parte: Plan de salvación en la historia	 197
Tragedia de Israel (9,1 - 10,21)	197
Fidelidad de Dios (11,1-36)	204
 Tercera Parte: La moral cristiana	 208
Principios (12,1-21).....	208
Aplicaciones (13,1 - 15,13).....	214
Conclusión	219
Saludos.....	220
Posdata.....	221
Doxología final.....	222
 VII. CARTA A FILEMÓN	 223
Introducción.....	223
Relectura.....	224